

# **PARIENTES DE SANGRE**

Víctor Celorio

## Parientes de Sangre

---

**Editado por:**

Ediciones Unicornio Azul

**Impreso por:**

InstaBook Maker (tm)

**Reservados todos los derechos**

Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.

Los InstaBooks se distribuyen e imprimen a través de:

INSTABOOK

Para más información escribe a:

Corporación InstaBook

[www.instabook.net](http://www.instabook.net)

1

El candidato presidencial levantó las manos para detener los aplausos.

La multitud que se apiñaba en cada espacio disponible en el campo abierto dentro de la urbanización rugió aún más fuerte, con los rostros llenos de pasión. El candidato vio esos rostros mirándolo con tensa expectación. Tenían una enorme necesidad de alguien como él, y él podía sentir esa necesidad como ondas de respuestas eléctricas. Sabía muy bien su necesidad de incluso un pequeño atisbo de esperanza, una esperanza que sólo él podía proporcionarles, porque después de todo, él era uno de ellos. También había crecido pobre y había visto sufrir a sus padres no porque no tuvieran dinero, sino porque no tenían esperanza.

Hizo una pausa hasta que el ruido disminuyó.

Miró hacia el cielo despejado y transparente.

Era un día espléndido, luminoso y soleado, y pensó que era el tipo de día para el que se había preparado

toda su vida. Todo empezaba a suceder. Después de algunos problemas en los primeros días de su campaña, finalmente encontró los temas correctos y el tono adecuado para promoverlos. Durante el último mes había trabajado cada día mejor con sus audiencias, derribando cada ola de electricidad que emanaba de la gente; cada una lo energiza, lo vigoriza. Lo hicieron cada vez más fuerte.

Él estaba brindándoles esa esperanza que tanto necesitan y, lo que es más importante, él cumpliría esa esperanza. Estos encuentros con su pueblo sirvieron para reafirmar su propósito. Se juró a sí mismo, una vez más, que cumpliría sin importar qué o quién se interpusiera en su camino.

“El cambio es inevitable, amigos míos, y ocurrirá antes de lo que piensan. “ dijo, elevando su voz de tenor por encima de los vítores restantes. “¡Sí! Tú y yo lo veremos pasar, porque el futuro de esta gran nación nuestra está en nuestras manos y nada, repito, ¡nada! nos impedirá construir un México mejor. ¡Viva México!””, gritó al finalizar su discurso.

“¡Viva Mexico!”La multitud rugió.

Bajó de la plataforma con un ágil salto e inmediatamente fue rodeado por olas de carne

humana. Fanáticos, guardaespaldas, hombres de negocios, miembros del partido, organizadores sindicales, ancianas, niños, reinas de belleza, cientos de personas empujando, gritándole, queriendo tocarlo, agarrarlo, entregarle peticiones escritas en la mano... Era difícil caminar. Paso a paso avanzó entre la multitud. Al candidato le tomó cinco minutos completos solo avanzar unos metros camino a su camioneta, pero le encantó.

Disfrutaba enormemente de esa sensación de agradar a aquella gente, a aquella pobre gente que empezaba a confiar en él y en su capacidad para elevarlos a otro nivel. Le encantaba estar rodeado de ellos como lo estaba ahora, porque se sentía como un regreso seguro a sus orígenes.

Fue entonces cuando sucedió.

Nunca vio la pistola apuntándole a la cabeza. Nunca escuchó el disparo y nunca sintió la bala entrar en su cráneo justo debajo de su oreja derecha, ingresando al cerebro a 300 pies por segundo y destrozando instantáneamente todo a su paso.

Estaba vivo... y luego ya no.

Una semana después, un oficial de la patrulla fronteriza lo encontró perdido en el desierto. La primera vez que lo vio pensó que era un espejismo.

Literalmente.

Su cuerpo semidesnudo era como un reflejo loco sobre las arenas casi blancas del desierto de Arizona.

Era mediodía en la larga extensión de tierra que es la parte del país a lo largo de la frontera con México, entre Yuma y el pueblo de Lukeville. Al principio Ana pensó que se había equivocado, pero su formación y sus dos años como integrante femenina de la patrulla fronteriza la hicieron detener el auto al ver el movimiento a lo lejos, entre el mezquite y el chaparral.

Sacó sus binoculares y los enfocó hacia la figura que se movía bajo el resplandor cegador.

Sus pasos vacilantes y sus tropiezos le hicieron darse cuenta de que estaba enfermo. Entonces vio las

armas.

Estaba armado. Fuertemente.

Al acercarse pudo identificar las armas: en una mano portaba una escopeta y con la otra arrastraba una M<sup>16</sup> por el mejillón. También tenía una pistola en la cintura. Su cuerpo estaba cubierto de polvo del desierto. Su rostro estaba medio oculto por un pañuelo atado alrededor de su frente. Dio un paso, luego otro paso, luego otro, dolorosamente, lentamente, como si cada uno fuera producto de un esfuerzo individual. Cayó de rodillas, se levantó al cabo de unos momentos y empezó de nuevo.

Para Ana era doloroso simplemente mirarlo.

Ana pidió refuerzos por radio.

Y esperó.

Varias veces tuvo que contener el impulso de correr hacia el hombre.

Esperó hasta que estuvo más cerca de la carretera. Sacó su propia arma, se cubrió detrás de la patrulla y tomó posición de tiro.

“Suelte sus armas y levante las manos! De inmediato!”gritó.

Al principio él no pareció escucharla. Continuó su lento y vacilante acercamiento a la carretera.

"Alto ahí!" gritó de nuevo.

Él la ignoró.

Ella disparó una bala por encima de su cabeza.

Él se detuvo.

“Suelten sus armas o dispararé!” ella dijo.

Levantó la cabeza. Su rostro estaba gravemente golpeado y desfigurado. Su ojo izquierdo estaba completamente cerrado. Intentó localizar a Ana, pero el resplandor del sol no se lo permitió.

"Americano?" murmuró lo suficientemente alto.

"Sí. ~Suelten sus armas ahora mismo! ella ordeno.

Dejó caer.

Enteramente.

Su cuerpo cayó como si toda la fuerza hubiera abandonado su alma.

Esperó un rato. No se oía ningún sonido en el desierto. Todo estaba tan tranquilo como el calor opresivo. Estaba a kilómetros de cualquier pueblo.



Lukeville era el más cercano, a setenta millas al este.

Él no se movió.

Esperó un poco más.

Ella pensó que probablemente estaba muerto.

Estaba sudando.

Luego se sintió tonta al mantenerse detrás de su auto, apuntando con su arma al cuerpo inmóvil que yacía en la arena.

Ella salió y se acercó a él con cuidado.

Apuntando con el arma a su cabeza, le quitó los brazos al hombre y luego le ató las manos a la espalda.

Sintiéndose mejor y más segura, regresó a su automóvil y volvió a pedir ayuda por radio.

No hubo respuesta.

3

La radio no funcionó.

El auto no funcionó.

Su reloj se había detenido.

Le tomó algún tiempo comprender lo que estaba sucediendo.

Había encontrado una Zona de Silencio.

Estaba en una de esas áreas del desierto que había oído mencionar con miedo a los lugareños. Debido a un fenómeno magnético en esas zonas, la electricidad parecía morir. Nada eléctrico o magnético funcionaba.

La vida misma pareció desaparecer. Por eso el silencio parecía tan profundo, tan inquietante. La Zona de Silencio más grande y conocida en el mundo estaba en algún lugar profundo y remoto en el desierto de Mapimí del estado de Durango del lado mexicano, al otro lado de la frontera. Era un fenómeno bien conocido e investigado, aunque la comunidad científica no tenía respuestas aún. Se decía que el Triángulo de las Bermudas era otra Zona de Silencio. Nadie estaba seguro de eso. Pero entre los habitantes de Lukeville había la certeza de que existían muchas más Zonas de Silencio.

Aquí estaba la prueba.

Lo curioso era que esas zonas se movían por el desierto. Un día aquí.

Mañana allá.

Asustando a las personas que entraban en una.

Pero ellos eran gente simplona y ella no. Ella era orgullosamente una oficial entrenada de la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos. No se asustaría por un fenómeno magnético, o lo que fuera. Era valiente y estaba armada. Era joven y fuerte y no prestaba atención a los rumores que había oído sobre la Zona de Silencio.

De ninguna manera.

El silencio era tan profundo que resultaba casi pesado.

Nada se movía. No había viento, ni pájaros, ni polvo. Incluso la respiración parecía diferente aquí.

Su prisionero gimió muy fuerte y ella saltó. "¡Jesús!" gritó y sacó su arma.

Había olvidado que tenía un prisionero. Un prisionero herido que ahora se estaba asando bajo el sol despiadado del desierto de Arizona.

Ana guardó su arma y comenzó a arrastrar el cuerpo hacia la sombra de la patrulla. El cuerpo era pesado y moverlo unos metros fue para ella más difícil que mover las pesas en el gimnasio.

Después de ponerlo bajo la sombra del coche, sacó

su cantimplora de la patrulla. Tomó un gran bocado y luego roció un poco su pañuelo. Dejó caer un poco de humedad en los labios del hombre que yacía en el polvo. Tuvo un efecto inmediato. El hombre gimió, gritó algo en español y su cuerpo tembló. Esperó unos segundos y luego dejó caer unas gotas sobre sus labios.

Abrió los ojos.

"Más." dijo en inglés. "Dame más"

"No tan rapido. Puede matarte. Tenemos que esperar." No dijo una palabra más.

Él pareció quedarse dormido.

O inconsciente.

No podía decirlo, pero en este punto realmente no le importaba.

Tenía otras cosas en mente.

Como el sol que brillaba sobre sus cabezas.

Era sólo mediodía. Les esperaban al menos siete horas más de sol. En este desierto podrías deshidratarte después de tan solo dos horas bajo el sol. Entonces tu mente empezaría a jugarte una mala pasada. Muchas personas habían muerto cerca de la

carretera, prácticamente a unos metros de la seguridad, porque sus mentes se habían rendido bajo la presión del calor y la luz cegadora.

Tenía que protegerse contra esa posibilidad.

Sacó una manta que guardaba en el baúl de su patrulla como seguro contra las gélidas noches del desierto. La mayoría de la gente no se da cuenta de que, en el desierto, por más intenso que sea el calor durante el día, el frío lo es más durante la noche. Abrió las puertas del carro y ató la manta sobre ellas, para crear una larga sombra bajo la cual ella y su prisionero estarían a salvo.

Luego analizó su situación.

Estaba a setenta millas de Lukeville, en un camino polvoriento utilizado por la Patrulla Fronteriza para controlar a los inmigrantes ilegales que intentaban ingresar al país desde México. El camino no tenía otro propósito.

Aunque la frontera tenía dos mil millas de largo, en realidad había muy pocos lugares donde la gente pudiera cruzar con facilidad y seguridad.

Definitivamente este no era uno de ellos.

Éste era quizás uno de los puntos más peligrosos

para cruzar la frontera. Del lado mexicano se llamaba Gran Desierto de Sonora . El terreno era duro y cruel, el calor intenso, el desierto despiadado, la distancia a cualquier pueblo tan grande, que muy, muy pocas personas habían intentado cruzar en cualquier dirección en ese punto.

La mayoría de los que lo habían intentado habían muerto.

Por supuesto, la gente de Lukeville agregó también las Zonas de Silencio como otra razón por la que la gente nunca se aventuraba en esa parte de la frontera. Porque para salir de un desierto se necesitaba una brújula, y dentro de las Zonas de Silencio las brújulas no servían.

Y había algo mas.

Se creía ampliamente que dentro de las Zonas de Silencio la gente se volvía loca.

Decían que las mismas fuerzas desconocidas que acababan con la electricidad causaban cosas extrañas en la mente de los seres humanos y también en la de los animales.

Los animales lo sabían y todo tipo de seres vivos evitaban la Zona de Silencio. Todas las formas de vida huyeron de allí. Por eso el silencio extremo. Ana no

había conocido el verdadero silencio hasta ahora. Fue aterrador. Nada se movía. Nada lloró ni se quebró; no había susurros del viento; no había rumores a la distancia. Nada. Incluso comenzó a aspirar aire dentro de sus pulmones con fuerza sólo para oírse respirar.

Su prisionero no se movía. Ella se inclinó sobre su rostro. Estaba respirando bien, profundamente. Ella todavía no sabía si estaba inconsciente o dormido.

Dormir parecía una buena idea. Era la mejor manera de conservar la energía y los fluidos corporales bajo el calor. El día anterior el termómetro había alcanzado los 57 grados centígrados. El récord era de 61 grados. Sería mejor si ella no se moviera en absoluto.

Sabía que su compañero en la estación de Lukeville iniciaría una búsqueda completa si no recibía noticias suyas cada 6 horas. Era un procedimiento estándar.

Luego enviarían el helicóptero desde Tucson para acelerar la búsqueda. Desde el aire tardarían unas horas en encontrarla. Entonces ella calculó de 20 a 24 horas en el desierto. Como máximo.

Lo podía resistir sin problema.

Simplemente dormiría esas horas libres.

Comprobó su provisión de agua. El agua estaba caliente, pero el tanque de diecinueve galones estaba lleno. Se aseguró de que los nudos que sujetaban la manta encima de las puertas fueran fuertes y de que el techo improvisado estuviera en dirección al sol para que con el paso de las horas el prisionero permaneciera bajo la sombra. Luego intentó dormir.

Primero intentó recostarse en el asiento trasero de su patrulla, pero incluso con todas las ventanas abiertas el calor era tan intenso que no podía respirar.

Entonces ella se acostó junto a su prisionero. En el piso.

Cerró los ojos y trató de tener pensamientos agradables. Pero no pudo.

Cayó en un estado mental semiconsciente donde no estaba dormida, pero tampoco estaba despierta. Tenía pensamientos racionales como "Tengo que beber agua", pero su mente rápidamente los convertía en imágenes de violentas olas de agua ardiente corriendo para ahogarla.

Pensaría en su familia, y en lugar del amor y la amabilidad habituales que recibía de su madre y su padre, algo que echaba terriblemente de menos desde que la habían enviado a este puesto abandonado en



medio de la nada, estarían gritándole cosas horribles.

Era consciente de que estaba teniendo pesadillas, pero no podía sacárselas de la cabeza. No tenía miedo porque sabía que eran sólo eso, pesadillas. Algunas de las imágenes incluso le parecían divertidas, como la que convirtió al reverendo Pearson, el anciano ministro de la iglesia de Lukeville, en un punk con cabello morado y deseos lujuriosos por todas sus feligresas.

Otras imágenes eran horribles.

Como el de un hombre con un diente de oro que usaba su cuchillo para sacarle los ojos a alguien.

Ella escuchó los gritos.

Entonces escuchó a alguien hablar. Y ese sonido fue lo que finalmente la despertó.

El sonido era la voz del hombre que yacía a su lado.

"Creo que estás teniendo pesadillas". dijo él muy cortésmente. Ella se levantó inmediatamente y sacó su arma.

Él la miraba con el único ojo que podía abrir. El otro estaba cerrado por la hinchazón y los moretones negros que se extendían por su mejilla.

Intentó sonreír con sus labios secos y rotos. "Soy inofensivo". él dijo.

Comprobó que sus esposas todavía estaban en su lugar y luego miró a su alrededor. El sol todavía estaba alto en el inmenso cielo. No podía haber estado dormida más de una hora.

"Podría beber un poco de agua?" él dijo. "No."

"Que quieres decir no?"

"Me refiero precisamente a eso. Te daré unas gotas de agua hasta que tu cuerpo pueda soportar el shock. Entonces te daré un poco más. *Entonces* podrás tomar un trago o dos. Lo entiendes?"

"Pero..."

"Me entiendes? No voy a pelear ni discutir contigo. Te estoy diciendo la forma en que se hará. Es para tu propio beneficio. Me entiendes?"

"Sí, lo hago... pero no tienes que gritar. Eso es lo que estaba tratando de decirte. Estás gritando".

Así era ella.

Por alguna razón, pensó que él no podía oírla o que no la entendería a menos que ella gritara.

Ella no respondió.

Sacó su cantimplora del carro, volvió a verter un poco de agua en el pañuelo y lo puso sobre los labios de su prisionero, quien masticó la tela con ansiedad.

Lo hizo de nuevo varias veces, añadiendo solo un poco más de agua cada vez. Luego, cuando estuvo segura de que él lo soportaría, le permitió tragar de su cantimplora.

"Es suficiente por ahora." ella dijo.

"Bien. Gracias." dijo, y sonrió.

A pesar de los moretones, pudo ver que tenía una bonita sonrisa.

Se levantó y sacó sus binoculares. Ella escaneó el horizonte con ellos.

"¿Qué estamos esperando?" preguntó.

"Nada."

"¿Tuviste problemas con tu auto?"

"Sí. No. Si. Bueno, no sé; algo anda mal".

"¿Funciona tu radio?"

A ella no le gustaba que él hiciera preguntas, así que no respondió.

"Si tu radio tampoco funciona, estamos dentro de

una Zona de Silencio. Sabes lo que es eso?"

Ella no respondió.

“Una Zona de Silencio es un lugar en el desierto...”

“Sé lo que es una Zona de Silencio. Así que cierra la boca”.

"Bueno. Pero estás gritando de nuevo”.

Ella no respondió.

No vio ningún movimiento en el desierto. A su alrededor no había más que arenas tranquilas, chaparrales, algunos cactus saguaros, el sol cegador, el calor opresivo y el silencio. Ese silencio extraordinario que parecía crecer a cada minuto.

Volvió a ponerse a la sombra.

“Mi nombre es Paul”, dijo él. Ella no respondió.

"Gracias por salvar mi vida"

“No lo hice, y aún no lo he hecho. Espera hasta que salgamos de aquí, entonces podrás agradecerme”.

"Estás realmente preocupada?"

"Preocupada de que?"

“Acerca de que tus amigos no nos encontraran a

tiempo?"

"Estás bromeando? Estarán aquí muy pronto".

"Ah sí?"

"Sí."

"Entonces, por qué estás tan nerviosa?"

Él estaba en lo correcto. Por qué estaba tan nerviosa e irritable? Ella seguía alzando la voz y siendo muy agresiva con su prisionero.

"No soy. "

"Sí lo estás."

"No"

"Bien. Entonces, por qué estoy esposado?"

"Porque eres un prisionero".

"Por qué?"

"Por qué? Bueno, sólo porque te encontré vagando cerca de la frontera cargado con armas, muy golpeado. Parece como si hubieras estado en una guerra".

"Tal vez sí. Pero no tienes ningún motivo para arrestarme".

"No te he arrestado".

"Si lo hiciste."

"Entonces demándame."

"Quizás lo haga."

“Mira, necesito una identificación tuya y quiero que me digas qué haces en el desierto con todas esas armas. Luego hablaremos de tus esposas”.

"Está bien", dijo él.

Luego no dijo nada. Ella tampoco.

Cuando se giró vio que estaba dormido otra vez.

Ella lo observó de cerca. Era difícil determinar su edad debido a sus heridas y las quemaduras solares que hacían que la piel de su musculoso pecho se hinchara, pero ella pudo ver que era un hombre de alrededor de los treinta, treinta y cinco. Las heridas que tenía no parecían muy graves, aunque había recibido una fuerte paliza. De quien? Por qué?

Empezó a sentir cada vez más curiosidad por el hombre que yacía junto a ella.

Quien era él?

Lo examinó más de cerca y se lo describió en la forma que les enseñaban y usaban los oficiales de la patrulla fronteriza para escribir sus informes. Era un

hombre caucásico, hispánico, cabello negro, ojos negros, alrededor de 6 pies de altura y 80 kilos. Sufría una severa exposición al sol. La piel alrededor de su pecho y cuello presenta laceraciones y lo que parecían quemaduras de cigarrillo. Tiene la cara amoratada e hinchada, especialmente el ojo izquierdo. Presenta además un corte profundo de unos 5 centímetros de largo en el brazo derecho; la herida no sangra. Parece una herida de bala.

Podría seguir y seguir, pero, por supuesto, pensó, estas descripciones nunca cuentan toda la historia. Intentan ser muy objetivos, sí, pero la objetividad nunca es suficiente cuando se trata de seres humanos.

Cómo podría explicar la repentina atracción que sentía por este hombre?

Ella no podía.

Por lo que ella podía ver, era un hombre apuesto, sí: sus rasgos estaban bien proporcionados y equilibrados, pero y qué? Había millones de hombres como él. Por qué se sentía atraída por él?

Miró hacia el desierto.

Porque se sentía sola.

Desde que John decidió dejar este mundo, algo de

ella había muerto con él. Había estado parcialmente muerta por...? Cuatro años? Dios, sí. Casi exactos. Ella sonrió y sacudió su cabeza; increíble. John había muerto cuatro años antes: ella había sido oficial de la Patrulla Fronteriza durante tres años y había estado viviendo en el puesto de avanzada de Lukeville durante los últimos dos años, dos meses y una semana.

Fue sorprendente lo rápido que pasó el tiempo. Ella se levantó.

Estiró su cuerpo delgado y nervudo y caminó alrededor del vagón.

Se detuvo junto al espejo lateral y vio su rostro. Ella se quitó las gafas de sol.

Nada mal para una mujer madura, pensó. El mes próximo cumpliría treinta años.

Examinó su rostro con atención. Había algunas pequeñas líneas alrededor de sus ojos, pero eran causadas más por el clima del desierto que por su edad.

Nada importante, en realidad. Los daños del tiempo habían sido amables con ella hasta el momento.

Se quitó el sombrero, lo colocó en el asiento



delantero del carro y luego dejó caer su cabello. Tenía una larga melena de cabello rubio ceniza puro que caía como una cascada por su espalda. Con el cabello suelto, sus facciones se volvieron más llamativas por el contraste entre su piel, que era color canela, y sus ojos esmeralda. Era una combinación poderosa que siempre había atraído la atención masculina, sí, y la femenina también. A veces para bien, a veces para mal.

Mayormente para mal.

Había nacido en California, la segunda hija de Lolita Chávez y James McIntyre. Su madre procedía de España, su padre de Boston y de antepasados irlandeses. Ambos eran actores. Muy talentosos, muy cálidos, una pareja muy hermosa de verdad. Se habían ido por separado a California a probar suerte en Hollywood y, como les encantaba contar la historia, no triunfaron en el cine, pero sí juntos.

Constantemente.

Incluso ahora, después de tantos años de estar “legalmente casados”, en comparación con los años que habían vivido juntos sin estar casados (tiempo que su madre llamaba su “matrimonio ilegal”), sus padres siempre estaban besándose, abrazándose, buscándose.

en el otro la confirmación de estar vivos. Eran juguetones y tenían un delicioso sentido del humor. Fueron geniales como padres. Ana había bromeado más de una vez diciendo que no le habían dado motivos para quejarse con su analista.

Ana sonrió al pensar en sus padres. Ella los amaba mucho. Estaban tan vivos y era muy divertido estar con ellos... le dolía no estar más cerca de California para poder verlos más a menudo.

Quizás pediría un traslado. Tal vez. El próximo año.

Sacó su cepillo de su bolso y comenzó a cepillar su larga melena plateada. Se sentía bien tenerlo así de suelto. Estaba en contra de las reglas tenerlo tan largo, pero en el desierto, a quién le importaba? En realidad. Estaba a casi doscientas millas de cualquier ciudad importante. Sus supervisores venían con moderación de tiempo en tiempo para inspeccionar el puesto de avanzada, y como ella mantenía su cabello recogido en un moño debajo del sombrero de ala ancha de su uniforme, nadie se daba cuenta de qué tan largo era realmente su cabello. Llegaba a su cintura y seguía creciendo.

Mientras se cepillaba el cabello, Ana recordó todas las veces que le habían preguntado por qué ella,

siendo tan llamativamente hermosa, no había seguido una carrera como modelo o actriz.

No pudo responder lo que temía responder incluso a sí misma.

No podía gritar la verdad. Todavía era demasiado doloroso. Después de tantos años.

“No te muevas”, dijo el hombre detrás de ella. Ella se quedó helada.

En un segundo se dio cuenta de que había cometido un terrible error: se descuidó.

Vio su sombra en el suelo frente a ella. La sombra se acercó. Apretó los músculos, esperando el golpe, y cerró los ojos. Luego hubo un ligero empujón en su trasero y eso fue todo.

Sorprendida, miró hacia atrás. El hombre estaba pisoteando el suelo.

Ella se dio la vuelta. Su mano buscó su arma en el funda.

“Tenías un escorpión en tu...” dijo él, y se detuvo cuando ella le apuntó con el arma.

Parecía dudosa. Con la punta de su bota él le mostró los restos del insecto en el suelo; había sido uno grande.

Ella volvió a colocar el arma en su funda.

“Sin duda eres una mujer hermosa”, dijo de repente, apoyándose en el carro. Él sonrió. Incluso con los moretones su sonrisa era muy atractiva, pensó. Hizo que su rostro se iluminara, y los moretones de alguna manera lo hacían lucir aún más viril. Ella casi le devolvió la sonrisa, pero se detuvo, irritada.

“Por qué me espiabas?”

"Yo no estaba espiando. Me desperté y te estaba buscando. Eso es todo.

"Mira, quiero dejar muy claro..."

"Paul.

"Qué?

"Mi nombre es Paul. Paul Chadwick.

“Está bien, señor Chadwick, está hablando con un funcionario del gobierno de los Estados Unidos. Tendrás mucho tiempo para hablar y dar muchas explicaciones una vez que regresemos a la ciudad. Mientras tanto, siéntate y no me des problemas porque puedo dispararte y te dispararé. Me entiendes?”

"Si seguro."dijo, sonriendo de nuevo. Esa sonrisa... se sentía ridícula sin motivo alguno. Ese sentimiento

la enojó aún más.

“No creo que esto sea gracioso. Acabo de darte una orden! Vuelve a tu lugar y siéntate. Ahora mismo!

"Okay."

Él se dio la vuelta y volvió a la sombra. Sintió sus ojos clavados en ella a través de las ventanas mientras rodeaba la carreta. Intentó ignorarlo, pero no fue fácil. No estaba acostumbrada a tratar con un hombre así. Hasta ahora su experiencia había sido capturar a mexicanos mansos y humildes que intentaban colarse al país ilegalmente. Cada vez que detenía a uno de ellos, le obedecían cada susurro incluso si no hablaban inglés; le bastaba levantar las cejas o hacer una señal con la mirada y los ilegales corrían a complacerla.

Este hombre era... bueno, obviamente no era un ilegal.

Terminó de cepillarse el cabello, lo envolvió en un moño y se puso su sombrero estándar. Se puso las gafas oscuras y fue a ver a su prisionero. Estaba tumbado de lado bajo la sombra, dormido de nuevo, pero cuando ella se acercó él se incorporó con una agilidad sorprendente. Ella se detuvo. Él la miró y durante unos segundos ella pudo ver una mezcla muy poderosa de emociones en sus ojos: era miedo y

decisión combinados. Era como si estuviera enfrentando su muerte segura, pero estuviera dispuesto a seguir adelante de todos modos. Fue muy extraño.

Duró unos segundos. Luego pareció reconocerla, recordar dónde estaba y se relajó. Respiró profundamente, sacudió la cabeza y se acostó sin decir una palabra.

"Es hora de beber un poco más de agua" dijo ella.

"Trágalo en pequeñas cantidades". le puso la cantimplora en los labios.

Él hizo lo que se dijo.

Repitieron la operación y ella pudo ver cuánto bien le estaba haciendo esa pequeña cantidad de agua. Se estaba recuperando muy rápido.

"Levanta la cara". ella dijo.

Él hizo. Le vació la cantimplora en la cara y en la cabeza.

"Oh gracias"

"Gracias", dijo.

"A mí? Para qué?"

"Ya sabes... el escorpión?"

"Oh sí. Bueno, ahora me debes tu vida. Para siempre. Recuérdalo."

Ella sonrió.

"Cuánto tiempo estuviste perdido en el desierto?" ella preguntó.

"Qué día es hoy?"

"Miércoles"

"Tres días."

"Tres días! No puede ser".

"No. Tienes razón. Fueron cuatro días. Me perdí el domingo por la mañana."

"Cómo sobreviviste?"

"Caminando sólo de noche".

"Tenías agua?"

"No. Ciertos cactus contienen mucha agua, ya lo sabes.

"Sí, pero no mucha gente sabe cuáles. Eres un cazador?"

Él sonrió irónicamente antes de responder.

"Sí. De alguna manera..."



"De dónde vienes?"

"El Gran Desierto ."

"Qué quieres decir?"

"Comencé en el Gran Desierto de Sonora".

"En México?"

"Sí."

"Cómo te perdiste en el desierto?"

"No estaba perdido. Llegué a casa."

"Donde naciste?"

"Nací en México, pero una tía me crió en Texas".

"Dónde vive?"

"Orlando, Florida. Puedes comprobarlo".

"Oh? Qué haces ahí?"

"Yo soy... yo solía ser impresor".

"Por qué estabas en México?"

"Es una larga historia."

"Te vas a ir algún lado?"

Él sonrió.

"Supongo que no, señora".

Ella esperó. No dijo una palabra.

"Te hice una pregunta."

"Sí señora, pero prefiero no contestar por ahora si no le importa". él dijo. Ella no sabía si sus respuestas educadas y su comportamiento tenían como objetivo burlarse de ella. La vio directamente con el único ojo que pudo abrir. Parecía sincero. Ella lo dejó pasar.

"Sí me importa. Soy un oficial..."

"...del Gobierno de los Estados Unidos. Lo sé. Ya me lo dijiste antes. Y estaré encantado de responder a sus preguntas si me dice de qué me acusa".

"Entrada ilegal, por ejemplo. Posesión ilegal de armas, resistencia a un oficial..."

"No me he resistido!"

"Querías saber de qué podía acusarte. Sólo te lo estoy diciendo".

"Gracias. Eres muy amable."

"Entonces?"

"Quiero a mi abogado".

"Oh, entonces ahora necesitas un abogado". ella rió. Ana salió del sol y se sentó a su lado a la sombra.

“Mira, realmente no me importa por qué estuviste en México. Esas son las preguntas estándar que se supone que debemos hacerle a cualquiera que cruce la frontera, pero solo estaba conversando. Si no quieres hablar, está bien. Nos aburriremos hasta que nos rescaten. Luego responderás nuestras preguntas en la estación”.

Ella se acostó y cerró los ojos. Esperaba que él no intentara hacer nada con los brazos inmovilizados detrás de la espalda. Sintió que él la miraba durante mucho tiempo.

"Cómo te llamas?"

"Ana."

"Ese es un nombre mexicano".

"No. Es un nombre español ”.

"Eres española?"

"No. Soy estadounidense, vale?"

"Ya sabes lo que quiero decir. Tus antepasados son españoles?"

“Mi madre vino de España, pero yo tengo sangre de Irlanda y Alemania y quién sabe dónde más y la familia de mi padre ha estado aquí durante los últimos

cien años. Entonces soy estadounidense. Bien?"

Él guardó silencio.

"Y tú?" preguntó Ana.

"No sé."

"No sabes qué?"

"No sé de dónde vino mi familia".

“Dijiste que naciste en México...”

“Sí, pero no conocí a mis padres. Y mi tía Christina no era realmente mi tía; ella me acogió por la bondad de su corazón cuando me encontró vagando por las calles de Nuevo Laredo. Más tarde se casó con un hombre llamado Chadwick y de ahí surgió mi nombre. Me adoptaron legalmente como su hijo. Él murió cuando yo tenía 5 años y luego mi tía murió cuando yo tenía 15. Así que tuve una familia por un período de tiempo muy breve”.

Ella pensó en silencio por un momento.

“Ya sé por qué fuiste a México...”

“Oh, en serio? Cuéntame sobre eso.”

“Fuiste a buscar a tus parientes consanguíneos”.

Pensó durante un rato antes de responder.

"Sí, esa fue una de las razones".

"Pero la parte que no entiendo es sobre las armas".

"Es una historia larga y complicada".

"Prometo no quedarme dormida".

Él sonrió. A ella le gustó eso. Ella misma sonrió. Se sentía bien hablando con este hombre. No sabía por qué, pero no quería cuestionar el sentimiento. Hacía mucho tiempo que no se sentía así y quería disfrutar el momento mientras durara.

“Pero entonces estaría hablando con Ana o con el funcionario del gobierno de Estados Unidos?”

“Con Ana”.

"Promesa?"

"Prometo."

“Prometes no repetir nunca una palabra?"

"Prometo."

"Pensé que no podías hacer eso como oficial".

"No precisamente. Pero sé que si hiciste algo horrible en México, te acusarán y lo sabremos pronto”.

“Puedes quitarme las esposas?"

"No. Permanecerán en su lugar hasta que te llevemos a la cárcel del condado. Esa es la ley. Y también mi protección".

"Contra quién?"

"Bueno, no sé de qué eres capaz, así que..."

"Pensé que nos íbamos a hacer amigos".

"Somos. Recuerdas? Te acabo de prometer..."

"Se sienten incómodas".

"Lo siento."

"Puedes aflojarlas un poco?"

"No. Y deja de presionar".

Ella lo vio enojarse. Apretó los dientes y apretó las mandíbulas. Él cerró los ojos y ella vio el esfuerzo que hacía por calmarse. Tenía un temperamento tremendamente rápido. Uno que le costaba controlar. Pero una vez que controló su temperamento, parecía, de alguna manera, aún más peligroso. Él proyectaba una enorme fuerza interior que a ella le resultaba fascinante.

Respiró hondo y miró al horizonte. Ella hizo lo mismo. Durante mucho tiempo ninguno de los dos dijo una palabra.

El sol había comenzado a descender. Por su posición en el cielo, Ana calculó que eran alrededor de las tres. Eso significaba que tenían al menos 4 o 5 horas más de luz. Entonces el sol descendería. Como la arena sólo refleja el calor, la temperatura bajaría muy rápido, y una hora más tarde se verían obligados a encender un fuego para calentarse.

“Fui a México a matar a un hombre”. dijo Paul en voz baja.

Durante el verano de dos años antes, Paul había comprado su tercera imprenta y estaba muy orgulloso de sí mismo y de su equipo. Su imprenta recibía cada día más pedidos y muchos de ellos procedían de clientes habituales. Esto era particularmente importante para Paul, ya que significaba que sus clientes estaban satisfechos con su trabajo y regresaban por más. Esto, en un negocio tan competitivo como el de la impresión offset, era un cumplido para el taller y sus trabajadores que Paul tomaba como algo personal. Cada vez que elogiaban la calidad o una obra, Paul sentía como si lo estuvieran elogiando a él. Cuando, por el contrario, había problemas, sentía que eran culpa suya porque no había tomado medidas para evitarlos.

Estaba tan totalmente dedicado a su negocio que comía y dormía allí casi a diario. Sólo salía todos los días al mediodía para recorrer su apartamento, darse una ducha, leer su correo personal y contestar los mensajes que le dejaban en el contestador.



Ese día en particular quería salir y celebrar la llegada de su nueva incorporación a la imprenta. Era una máquina usada, cierto, pero era una Heilderberg de dos cabezales capaz de imprimir 10.000 hojas de papel por hora en dos colores. Eso significaba que su tiempo de producción se reduciría a la mitad, sus costes se reducirían y el margen de error disminuiría aún más. Después de pagar por esa máquina, sintió que finalmente comenzaría a ver los beneficios económicos que le correspondían por sus cuatro años de incansables esfuerzos y trabajo para hacer que el negocio crecer. Hasta ahora, había invertido cada centavo que había ganado desde que comenzó con su pequeña, vieja y reconstruida prensa de tamaño legal. Con esa maquinita y su computadora se había propuesto competir con grandes imprentas de Orlando.

Y lo estaba logrando.

Lo que había ofrecido a sus clientes era algo que las plantas grandes no podían ni querían molestarse en ofrecer a los clientes pequeños; el mismo servicio que naturalmente esperaba una gran empresa. Paul había visto en la computadora las posibilidades que le permitirían recortar costos aquí y allá para poder ofrecer los mismos precios bajos en pedidos de tiradas

cortas que en tiradas grandes; y cuando el software gráfico llegó al mercado, él fue el primero en aprovecharlo. Así pudo reducir el tiempo de entrega a la mitad y luego a un tercio. Su pequeña empresa empezó a crecer y ahora tenía 17 personas trabajando para él. Había seguido comprando maquinaria de impresión con sus ganancias, para poder conseguir más clientes, y así sucesivamente...

No había sido fácil.

No le importaba recordar cuántas veces tuvo que quedarse despierto toda la noche tratando de encontrar maneras de pagar todas sus cuentas a tiempo; o el estado permanente de angustia que le produjo saber que no podía permitirse ningún error. Un solo pedido impreso erróneamente podría dejarlo sin negocio porque no tenía un colchón económico al que apoyarse. Vivía el día a día, pero había logrado sobrevivir hasta ahora. Sobrevivir y prosperar.

Pensó que le faltaba un año más para poder recibir realmente un salario decente de su propia empresa, pero había creado un negocio de la nada y cada vez que pensaba en ello se sentía genial. Nada mal para un huérfano, se decía por las noches mientras recorría la tienda asegurándose de que todo estuviera en orden; comprobó que todos los pedidos estuvieran embalados

y listos para ser entregados al día siguiente; que todas las máquinas estaban limpiadas y engrasadas; y todas las computadoras apagadas.

Últimamente, además de su nueva máquina, también tenía otro motivo para estar feliz.

Había conocido a Eugenia. Su hermana.

Una semana antes, había regresado a su apartamento para darse su habitual ducha rápida al mediodía y había encontrado una carta colocada debajo de su puerta.

Una nota era una mejor descripción. El documento tenía sólo cuatro líneas.

Sr. Paul Chadwick :

Tengo razones para creer que eres mi hermano. Me gustaría reunirme con usted cuando le resulte conveniente y hablar.

Por favor, llámame. Me alojaré en el Holiday Inn junto al aeropuerto. Suite 707.

Eugenia Terrazas.

...eres mi hermano. Esa fue la única frase que saltó del papel a sus ojos.

Tenía una hermana.

Así.

Había llamado inmediatamente.

La voz que respondió era joven y dulce.

“Sí, bueno”.

“Buenas tardes. Quisiera hablar con Eugenia Terrazas, por favor.”

“ Sí, dígame. Ella habla.”

"Habla Paul Chadwick." él dijo. Había aprendido a hablar español mientras crecía en Texas. Sus amigos habían sido mexicanos—americanos o chicanos y había seguido practicándolo con la comunidad cubana de Orlando. Apenas tenía acento.

Hubo un momento de silencio y luego.

"Ay dios mío. No puedo creer que esté hablando contigo".

"Disculpe, pero quién es usted?"

"No leíste mi carta?"

"Sí, pero..."

"Mira, no digas nada. Necesitamos encontrarnos cara a cara. Qué estás haciendo ahora? Que tal ahora? Quieres que te recoja? Dónde estás? No, no, no me digas. En tu apartamento, por supuesto. Enviaré al chófer ahora mismo. Qué te gusta comer? Bueno, realmente no importa. Lo importante es que finalmente nos encontremos. Ay dios mío. No puedo

creerlo."

Ella había dicho todo eso sin respirar. Paul se rió del bombardeo. Pronto descubriría que Eugenia siempre fue así: tenía ese entusiasmo irresistible que lograba convertir en planes que reordenaban la vida de todos los demás.

"Terminaré en veinte minutos". dijo y colgó.

Paul no pudo decir una palabra.

Llegó en quince minutos.

Fue el chófer quien llamó a su puerta.

"Señor Paul Chadwick?"

"Sí."

"La señora Terrazas lo está esperando". él dijo. Paul creyó detectar un ligero tono de reproche, como si debería haber estado esperando su llegada abajo.

"Bajaré en un momento. Gracias." él dijo. Llamó a la planta y habló con Sharon, su secretaria, y le explicó que no volvería durante el resto del día.

"Estás enfermo o algo así?" ella dijo. ella sonó preocupada.

"No. Por qué?"

"Estás seguro?"

"Por supuesto."

"Es una verdadera tarde libre?"

"Sí."

"Oh caramba. Sabes, he estado trabajando contigo durante los últimos dos años y nunca te había visto haciendo algo como esto. No estás metido en ningún problema, verdad?"

"Sharon..."

"Bien bien. Sólo necesitaba saberlo. Que lo pases genial, jefe".

"Gracias. Nos vemos mañana."

Colgó el teléfono y de repente se puso muy nervioso. Le sudaban las palmas a pesar del aire acondicionado.

Se aseguró de tener sus llaves, su billetera y luego bajó las escaleras.

Cuando salió del edificio, el chofer saltó del auto, abrió la puerta trasera y apareció una visión exquisita vestida de blanco.

Ella era más joven de lo que esperaba.

Ella sonrió y al instante él lo supo. Ella era su hermana. No importaba cuándo ni cómo ni lo que fuera. Su rostro y su sonrisa no mentían. Eran tan parecidos que resultaba asombroso. Podrían haber pasado por gemelos si él fuera unos años más joven. Ella era una hermosa versión femenina de él mismo: sus rasgos eran mucho más delicados y su feminidad abrumadora, pero no había ningún error en el hecho de que ambos provenían de la misma fuente.

"Estoy sin palabras."dijo ella.

"Yo también."

"Recibo un beso?" dijo Eugenia.

"Por supuesto", dijo, y la besó en la mejilla de manera educada, pero ella lo abrazó exuberantemente y lo besó repetidamente. Ella sollozó.

"Sabes, cuando me enteré de ti por primera vez hace muchos años me negué a creerlo. Pero ya no más. Un hermano! Tengo un hermano!"dijo llorando y abrazándose fuerte a él. Ella lo abrazó y su llanto jugó con sus emociones y él no sabía lo que sentía. Todo estaba sucediendo tan rápido que no encontraba las palabras para expresar su sorpresa y su asombro total, pero tener a esta esbelta mujer en sus brazos, llorando en su hombro le hizo sentir algo en su garganta y en



sus ojos.

"Será mejor que salgamos de aquí". dijo notando las miradas que recibían de la gente que pasaba.

"Oh sí. Sí, claro. Vamos." -dijo y entró en la limusina, y una vez dentro se sentó cerca de él y no le soltó la mano.

"Pancho, solo conduce por favor".

"Sí, señora".

Cerró la mampara de cristal.

"Estoy seguro de que tienes toneladas de preguntas". ella dijo.

"Sí."

"Puedo responder a muchas de ellas, pero a muchas otras no porque simplemente no conozco la historia completa. Sin embargo, haré lo mejor que pueda, entonces, por dónde empezamos?"

"Puedes empezar hablándome de ti".

"Mi nombre es Eugenia Terrazas, pero eso ya lo sabes. Eugenia Terrazas de Sarabia. Mi padre —y el tuyo— es Octavio Terrazas Garza. El nombre de nuestra madre era Beatriz Eugenia Terrazas. Estoy casada con Sebastián Sarabia Gómez. Me sigues?"

"Sí. Adelante."

"Supe de ti por primera vez cuando tenía diez años. Escuché a mi abuela hablar de nuestra madre y luego te mencionó a ti, su nieto perdido. Dijo que se sentía culpable por no saber su destino. Estaban hablando en la mesa junto a la piscina. Ese es el lugar donde mi abuela pasaba la mayor parte del tiempo durante los largos días calurosos en Cuernavaca. Has estado alguna vez en Cuernavaca?"

"No."

"Por supuesto que no. Has ido a México?"

"Una vez. Al otro lado de la frontera de Texas. Fui a Nuevo Laredo con mis amigos de la secundaria. Nos emborrachamos".

"Si bien. No nos gusta que los gringos hagan eso. De todos modos, mi padre se enfureció y le gritó a mi abuela que se callara y se ocupara de sus propios asuntos, y le prohibió volver a mencionar el nombre de esa mujer".

"Esa mujer?"

"Sí. Beatriz Eugenia. Nuestra madre."

"Oh."

“Le pregunté a mi abuela sobre esto, pero ella no me dijo nada y solo lloraba”.

“Le preguntaste a tu padre?”

"Estás bromeando? Nadie le pregunta nada. Nunca! Entonces no tenía a quién recurrir y el tiempo pasó muy pronto y crecí, pero nunca olvidé esa conversación. Luego, cuando tenía dieciocho años, mi abuela enfermó gravemente. Sólo éramos nosotras dos, sabes? Mi padre siempre estuvo demasiado ocupado con sus negocios y sus putas para darme cualquier atención. Bueno, eso tampoco es exactamente cierto. Él siempre estuvo cuidándome y se aseguró de que tuviera todo lo que siempre deseaba. Desde que estaba en el jardín de infancia tuve chófer y guardaespaldas, te lo puedes creer? Era como si tuviera miedo de que alguien intentara hacerme daño”.

Hizo una pausa.

“Cuando mi viejita agonizaba, una tarde la obligué a decirme la verdad. No lo haría hasta que le dije que Dios no perdonaría sus pecados si moría sin decírmelo. Entonces ella me dijo. Me habló de Beatriz Eugenia, de ti, de mí y de...”

“Detente por un momento. Cuándo fue esto?”

“Cuando tenía dieciocho años. Hace diez años”.

Hace diez años. Significaba que Eugenia era dos años menor que él. Entonces tenía veinte años. En ese entonces todavía estaba en el ejército, terminando su gira de dos años.

"Desde entonces te he estado buscando".

“Qué pasó con nuestra madre?”

“Eso es lo que estaba a punto de decirte. Nadie lo sabe. Nada más nacer, cuando tenía seis meses, tuvieron una pelea terrible. La abuela no me dijo exactamente cuál fue la pelea, pero Beatriz Eugenia se escapó de la casa. Ella te llevó con ella. Y nadie volvió a verla. O a ti, en todo caso.

“Por qué pelearon?”

"No sé. Ese es el punto."

"Cómo me encontraste ahora?"

“No fue fácil. Hace unos cuatro años recibí una carta de una persona anónima, diciendo que sabían quién era mi hermano y quién se lo había llevado cuando era niño. La carta mencionaba el nombre de una mujer. Contraté a un investigador privado para comprobar las cosas. Una cosa llevó a la otra y después de todos estos años aquí estoy”.

“Sabes quién escribió la carta?”

“No. Lo curioso es que él o ella no mencionó tu nombre real; simplemente escribieron el nombre de esa mujer, eso es todo”.

—Cristina Chadwick?

"No. SI! El nombre era Cristina, pero el apellido era Peralta”

Paul asintió. Peralta había sido el apellido de su tía Cristina antes de casarse con el hombre que lo había adoptado legalmente y a quien Paul no conoció realmente hasta que murió dos años después, cuando tenía 6 años.

“Con ese nombre peinamos primero todo México. Fueron dos años y medio. Luego recibimos una pista sobre una mujer llamada Cristina Peralta que había emigrado a Texas hace muchos años. Casi no seguí esa pista porque las fechas no coincidían y porque en ese momento estaba totalmente desanimada y comenzaba a sospechar que el investigador privado me había estado tomando el pelo cobrándome todo ese dinero para nada. Pero me dijo que lo haría gratis hasta encontrarte. Luego esperaba cobrar. Eso es lo que él dijo. Y él hizo. Encontró el rastro de esa mujer en Texas. Descubrió que estaba muerta. Descubrió que

había tenido un bebé con ella que no había sido registrado hasta que se casó con un hombre llamado John Chadwick, que murió muy pronto, pero que dejó un hijo llamado Paul Chadwick. Después de eso fue relativamente fácil encontrarte. Mi hermano mayor."

Ella sonrió y lloró al mismo tiempo y lo besó de nuevo en la mejilla.

"Oh, nunca he sido tan feliz en toda mi vida" dijo.

"Entonces no tienes dudas sobre mí?"

"NO! Y tú? Mírate al espejo, por el amor de Dios. Cuando padre se entere..."

"Mira, realmente no quiero saber más por ahora. Déjame asimilar lo que me has dicho hasta ahora. Okay?"

"Lo que digas. Después de todo, eres mi hermano mayor". Ambos rieron.

"Hace unas horas yo era un huérfano que no tenía familia y no sabía nada al respecto. Ahora tengo una hermana, un padre, una madre que desapareció hace mucho tiempo... Jesús! Siento que acabo de ganar la Lotería de la Familia Perdida".

"Yo también"

“Bueno, eso significa que tenemos que celebrar esto.

"Seguro. Qué propones?

“Bueno, para empezar, qué tal si cenamos en el mejor restaurante de Orlando?”

“Vamos!” Ella se rió y aplaudió tan emocionada como una niña pequeña.

Esa noche había sido un enorme viaje emocional, lleno de altibajos, pero sobre todo altibajos. Cenaron juntos. Luego tomaron unas copas y todo el tiempo hablaron incesantemente el uno del otro. Fue una noche muy extraña para Paul porque por momentos se había sentido tan cerca de Eugenia como nunca se había sentido de ninguna otra mujer en su vida. Esto, justo después de horas de conocerla. Muy pronto descubrieron que compartían el mismo retorcido sentido del humor y que tenían muchos de los mismos gustos en comida y bebida. Esa noche se rieron y contaron historias del otro y de sus estudios y él le contó de sus negocios y sus amores y ella le contó de la vida en México, y de lo que le gustaba y no le gustaba de estar casada con Sebastián Sarabia. el político que era socio de “su” padre.

Cuando Pancho detuvo la limusina frente a su

apartamento, ya amanecía en el horizonte y Paul estaba perdidamente enamorado de su hermana Eugenia. Y ella de él.

Todo eso había sucedido una semana antes.

Esta noche se suponía que ella regresaría de Nueva York para encontrarse con él nuevamente.

Ella no llegó.



6

Al principio la esperó en vano. Cuando ella no apareció, esperaba una llamada telefónica, y cuando eso no sucedió, pensó que ella le enviaría un mensaje, pero pasaron los días y no llegó nada de ella por correo.

Reanudó su apretada agenda y antes de darse cuenta habían pasado dos semanas enteras sin saber una palabra de Eugenia.

Se sintió estúpido: en la emoción de conocerla se le había olvidado una cosa básica: pedirle su número de teléfono. No tenía forma de llegar a ella. No sabía su dirección, ni nada más excepto algunas vagas referencias que había hecho sobre su vida en las afueras de la ciudad de México.

Hizo planes: volaría a la Ciudad de México a fin de mes y la buscaría. Si ella hubiera podido encontrarlo, él también lo haría.

Uno de sus clientes era un buró de crédito. Se puso en contacto con Peter Hamdkol, presidente de la

firma, y le pidió que averiguara todo lo que pudiera sobre una mujer llamada Eugenia Terrazas, de nacionalidad mexicana, que había estado en el país durante la primera semana del mes.

Le devolvió la llamada a las 24 horas.

“La mujer por la que me preguntaste no existe.

“Qué quieres decir con que ella no existe?

“Bajo ese nombre, quiero decir. No hay constancia de ninguna Eugenia Terrazas por ningún lado.

“No puede ser. Vi su bolso por un momento y tenía una colección completa de tarjetas de crédito americanas.

“Bueno, eso podría ser, pero no con ese nombre específico. Si pudieras darme su apellido de soltera o su fecha de nacimiento tal vez podría ayudarte un poco más.

"Bien gracias.

"Seguro.

Paul lo pensó un rato y esa noche condujo hasta el hotel en el que ella se había alojado. Le dio 100 dólares a la recepcionista nocturna del Holiday Inn y obtuvo dos cosas: el comprobante de reserva y la

dirección que ella había proporcionado cuando se registró. El comprobante de reserva incluso venía con un número de teléfono de México. Y el nombre que había usado era María Eugenia Terrazas de Sarabia. Eso explicaba por qué Peter no había podido encontrar nada.

Eso fue fácil, se dijo Paul y regresó a su departamento a esperar que saliera el sol.

A las nueve volvió a llamar a Pedro y le dio el nuevo nombre. Luego llamó a México.

La mujer que respondió fue brusca.

“La señora no está.” ella dijo. Y no, no sabía a qué hora volvería. Le gustaría dejar un mensaje?

Paul dudó y decidió no dejar su nombre. Sus instintos le decían que algo andaba mal y que sería mejor si hablara con ella primero. Dijo que volvería a llamar y colgó.

Antes del mediodía, Peter lo llamó.

“Bueno, el nombre que me diste está apareciendo como loco en todas partes. Tenías razón; Tiene una colección de tarjetas de crédito, pero no es que las necesite. Esta señora parece ser codiciada por todos los bancos del país. Debe estar muy cargada de plata.

Su American Express es Black. Sabes lo que significa?

"No precisamente.

“Con esa tarjeta podría comprarse un 747 si quisiera. No tiene límite. Y lo dicen en serio. Tiene calificación triple A. La mejor.

“Gracias Pedro.

“No le menciones esto a nadie.

"Por supuesto que no.

“Y felicidades. Te conseguiste un gran ganador. Si tiene más hermanas, que piensen en mí, por favor”, dijo entre risas.

Si supieras, amigo, pensó Paul.

Se apegaría a sus planes. Había un vuelo directo a la Ciudad de México todos los días. El vuelo en sí duraba sólo tres horas. Podría irse el próximo viernes, tener un fin de semana largo y regresar el lunes.

Fácil.

O eso pensó.

El vuelo fue genial. Se sintió confiado y relajado hasta después de pasar por la aduana.

Salió del aeropuerto Benito Juárez en la Ciudad de México y los ruidos, olores y el movimiento frenético a su alrededor se sintieron abrumadores. Estaba de regreso en su tierra natal. Regresó para iniciar una búsqueda que podría resultar infructuosa. Fue una sensación extraña. Por un momento se sintió perdido. Donde empezar?

En un segundo se vio rodeado de taxistas que ofrecían sus servicios. Eligió a un joven y abordó el taxi blanco y verde.

Se sentó atrás.

"A donde?

“Hotel Camino Real. Lo conoces?

"Por supuesto.

Quería absorber la ciudad. Lo había visto desde arriba mientras el avión se preparaba para aterrizar y

parecía enorme. No esperaba que fuera tan grande.

El tráfico era muy denso. Vio la mezcla de edificios verdaderamente antiguos con otros más nuevos y se sorprendió de la cantidad de gente caminando por las calles. Vio mucha pobreza y no le gustó que en el semáforo el taxi estuviera rodeado de chicos ofreciéndose a limpiar el parabrisas. El conductor tuvo que rechazarlo una y otra vez cada vez que detenía el coche. Era una rutina tediosa. También fue triste. Paul estaba molesto porque tantos jóvenes tenían que hacer eso en lugar de estar en la escuela. Rápidamente se dio cuenta de que podría haber sido uno de ellos. Que no lo fuera fue más una cuestión de suerte que cualquier otra cosa.

“Es tu primera vez en México?”

"Sí.

"Tu español es muy bueno.

“Gracias. Cómo te llamas?”

“Basilio Sánchez, para servirle.

“Muchas ganas, Basilio. Yo soy Paul.

“Mucho gusto señor Paul. Mira, si no te importa te llevaré por el centro. Tardarás un poco más, pero no te cobraré más y podrás ver algunos de los lugares

importantes de la ciudad. Está bien?

"Seguro.

Hizo lo que le dijo y lo llevó por el Zócalo, la enorme plaza que estaba rodeada por el Palacio Nacional y la antigua Catedral construida por los españoles después de haber derrotado a los aztecas.

“De ese lado de la Catedral puedes caminar hasta las ruinas de los aztecas”. dijo Basilio.

Luego le mostró el Palacio de Las Bellas Artes y condujo por la Avenida Reforma hacia el Parque Chapultepec. Paul estaba sorprendido de lo bueno que era su conductor. Al menos diez veces sintió que iban a estrellarse, pero no pasó nada. El conductor movía su coche con gracia por los espacios reducidos sin siquiera un rasguño y sin perder la calma.

Tardaron una hora en llegar al hotel.

“Basilio, tienes un número de teléfono donde pueda localizarte? Puede que necesite que me lleves.

“Sí señor. Toma, déjame darte mi tarjeta.

Basilio le entregó una tarjeta impresa. Tenía en el reverso la imagen de la Virgen de Guadalupe. En el frente estaba el nombre de Basilio y un número de teléfono. Y su título. Guía Turística, decía. Paul le dio

una propina de 50 dólares.

El portero llevó sus maletas a la recepción del hotel. Era un edificio muy grande. No alto; sólo tenía unos pocos pisos, pero cubría una enorme manzana de la ciudad. Los pasillos interiores eran extremadamente largos. Se sentía como si hubiera caminado media ciudad sólo para llegar a su habitación. Pero una vez dentro de la habitación sintió que valía la pena. La habitación era muy cómoda y lujosa, y la puerta de cristal de la parte trasera daba a un pequeño jardín con una piscina y una mesa de jardín.

Agradable.

Se dio una ducha, luego se sentó a la mesa y colocó el teléfono encima.

Era hora de llamar a Eugenia.

Ella respondió al primer timbre, como si estuviera esperando su llamada.

"Sí, bueno ". ella dijo.

"Hola Eugenia."

Dudó un poco y luego se recuperó muy rápido.

"Hola. Quién habla?"

"Paul Chadwick. Estoy aquí en México. Me



gustaría verte .”

Hubo una pausa.

“Patricia!, cómo estás? Escucha, estoy ocupada ahora mismo. Puedo volver a llamarte? No? Por qué no? Bueno, a qué hora vuelves a casa? No, eso es demasiado tarde. Escucha, qué tal si tomamos un café? Sí, entonces puedes contarme todo al respecto. Qué tal alrededor de las cinco? Sí? Bueno. En la Cafetería del Lago ? Okay.”

Ella esperó. Entendió que esa era su señal. “Cafetería del Lago. Alrededor de las cinco”dijo Paul.

“Sí, sí. All Right. No te preocupes por eso. Te veo allí. Puede que llegue un poco tarde, pero espérame. Y podrías por favor calmarte? Para de llorar. No quiero que hagas un espectáculo. Pase lo que pase, espérame, vale?

"Bueno." dijo Paul. Ella colgó.

Ella es increíble, pensó.

Había logrado transmitirle información, concertar una cita con él y advertirle, todo al mismo tiempo.

El miro su reloj. Era muy temprano.

Tenía unas cuatro horas para llegar a la Cafetería

del Lago.

En recepción encontró un mapa de la ciudad y la chica del mostrador de información le indicó dónde encontrar la Cafetería del Lago . Estaba relativamente cerca del hotel. Estaba en medio del Parque Chapultepec, junto al Lago Mayor, el lago grande.

Decidió caminar.

Y se arrepintió por completo.

No esperaba que Chapultepec fuera tan grande. Parecía más un bosque que un parque. Se dedicaron miles de acres a la naturaleza en lo que ya consideraba la ciudad más grande del mundo. Y sintió que los había recorrido todos cuando varios kilómetros y varias horas después finalmente llegó al lugar de encuentro.

Era un restaurante muy bonito construido al lado del lago. Tenía una terraza que daba al lago y eligió una mesa allí. Apenas eran más de las cinco, así que el sol todavía estaba afuera y el suave viento que barría la terraza se sentía genial.

Se entretuvo alimentando con migas de pan a los patos del lago mientras observaba a las hermosas mujeres que llegaban al restaurante, escoltadas por hombres de aspecto serio, con bigotes y teléfonos

móviles en la mano. Los teléfonos celulares eran muy populares; Parecía que todos tenían uno y se mostraban como si fueran un símbolo de estatus.

A las seis decidió comer.

Ella había dicho que estaría allí, aunque fuera un poco tarde.

Comió una Carne Tampiqueña, con tortillas y guacamole y una Carta Blanca fría.

A las siete menos cinco vio a Pancho parado en la puerta buscándolo. Saludó discretamente y el chófer asintió. Pancho se fue.

Regresó cinco minutos después.

“La señora lo está esperando.” él dijo. Ella estaba esperando en el auto. Paul pagó la cuenta y salió. Estaba sentada en la parte trasera de un humilde automóvil japonés. Nada lujoso esta vez. Ella misma vestía vaqueros y una blusa de seda azul. Parecía una estudiante universitaria. Exceptuando las joyas en las orejas, brazos, dedos...esa era la única pista sobre su verdadero estatus.

"Hola."

“Oh, Paul, no deberías estar aquí. Cuándo llegaste? Cómo me encontraste? Tienes idea de lo peligroso que

es esto? Lamento no haberte visto en Orlando, pero tuve que regresar inmediatamente porque mi padre enfermó. Deberías haber esperado mi llamada.

“No estaba seguro de que volverías a llamarme. Estaba preocupado. Y además tenía que asegurarme de que existieras en realidad. Verás, por un momento pensé que te había imaginado.

“Tonterías, hermanito. Cómo pudo perder a mi hermano después de tantos años buscándolo? Ven aquí”, lo detuvo y le dio un gran beso en la mejilla.

“Lo siento si me estoy quejando. Me alegro mucho que estés aquí, es que fue una sorpresa enorme. Cómo me encontraste tan rápido? ella dijo.

“En realidad, fue muy fácil...” dijo y le contó sobre el recepcionista nocturno del hotel, pero tuvo cuidado de no mencionar lo que Peter había encontrado.

Pancho había arrancado el auto y circulaba por Chapultepec. Nunca salió del jardín y varias veces pareció asegurarse de que nadie los siguiera.

“Por qué todas estas precauciones? Por qué dijiste que era peligroso verte?

“Es por mi marido. Es un hombre muy celoso. Y él es un hombre muy importante también. Soy muy

conocida en México y no sería lindo que se viera a la esposa de un Secretario de Gobernación charlando con un hombre muy guapo, no? Incluso si él es su hermano perdido hace mucho tiempo”.

“Secretario de Gobernación? Eso es como el Departamento de Estado, no lo es?

"Ministro del Interior. Puesto muy poderoso. En México se le considera el segundo hombre después del presidente”.

“No me dijiste nada de esto en Orlando.

“Bueno, fue nombrado hace apenas dos semanas. Como puedes imaginar, he estado un poco ocupada. Ésa es otra razón por la que no te llamé.

Paul pensó en todo esto por un momento.

“Él no sabe de mí?

"Por supuesto que no.

"Por qué no?

Eugenia quedó realmente desconcertada por un momento.

“Bueno, en realidad no hay ninguna razón. Es sólo que tengo que preparar la situación, ya sabes. Como si te acabo de encontrar. Necesito tiempo.

"Tiempo para qué?

“Bueno, para decírselo a papá, por ejemplo. Después de todo, eres su hijo.

“A él no le importó si terminaba como uno de esos chicos limpiando parabrisas en las esquinas, así que por qué le importaría ahora? Para mí no es más que un extraño.

“Porque... Mira, sé que están pasando muchas cosas por tu cabeza en este momento. Ni siquiera intentaré entenderlos. Pero no conoces este país. No sabes cómo se hacen las cosas aquí, estás de acuerdo?

"Si seguro

"Bueno. Muchas cosas pueden parecerte extrañas, pero no lo son. Vas a tener que confiar en mí, vale?

“Entonces, qué debo hacer? Sentarme todo el día esperando que me llames? Lo siento, pero no puedo. Estoy demasiado ocupado para hacer eso. Vine aquí para saber de ti. Como estabas. Estaba preocupado por tí. Yo también vine con la esperanza de saber un poquito más de mi familia, de mis raíces, pero bueno, puedo vivir sin saberlo.

"Qué propones?

“Voy a estar aquí hasta el lunes...

“Son sólo tres días.

"Así es. Me gustaría conocer a tu familia, si es posible. Si no, tomaré mi avión de regreso y me mantendré en contacto contigo.

“Va a ser difícil.

“Eugenia, *darling*, la verdad es que no entiendo nada de esto. Pero creo que eres encantadora y estoy muy feliz de ser tu hermano. Te amo.

"Yo también te amo.

“Ahora, si por favor le dices a tu conductor que me deje en un taxi...

"Dónde te estás quedando?

“En el Camino Real. Habitación 1224.

"Bueno. Pancho, vamos al Camino Real, por favor”.

“Sí, señora.

“Él te llevará allí, no te preocupes. Y escucha, lamento todo esto. Supongo que me estoy preocupando demasiado. Pero una cosa es segura; Realmente tienes el carácter de Terrazas en ti. Cuando te enojas, tus ojos brillan llenos de fuego y pasión. Me gusta eso.

Pancho manejaba muy rápido ahora que eran más de las 10 de la noche y la ciudad se retiraba a dormir. Había muchos menos autos en las calles cuando salieron del Parque Chapultepec.

En menos de diez minutos estaban en su hotel.

"Te llamaré a primera hora de la mañana". ella dijo.

"Si no estoy aquí, deja un mensaje. Te encontraré seguro.

"Yo sé eso.

"Buenas noches, hermanita.



Entró a su habitación de hotel y después de una ducha se sintió ansioso por salir de allí e ir a todas las discotecas que pudo encontrar abiertas. No iba a desperdiciar su primera noche en la Ciudad de México. De ninguna manera.

“Naciste aquí, tonto”, se dijo frente al espejo. “Eso debería significar algo”

Salió de su habitación, se dirigió a la recepción y les preguntó sobre los clubes nocturnos. Le hablaron de los bares dentro del hotel, pero él los desestimó.

"No quiero estar con un grupo de gringos como yo". le dijo al empleado. “Quiero ir donde van los mexicanos, sabes?”

“Bueno, entonces quizás quieras comenzar con la Zona Rosa.

“Zona Rosa, qué es eso? Suena interesante.

El empleado sacó un mapa y le mostró un área marcada en rosa en el papel.

“Esta es la Zona Rosa. Está cerca del hotel y tiene multitud de bares, discotecas, discotecas, restaurantes, lo que sea.

"Como llego hasta ahí?

“Quieres caminar?

“Hoy no quiero caminar más, gracias.

“Entonces toma un taxi. La Zona Rosa está a sólo cinco minutos.

"Gracias compañero.

"Seguro.

Él hizo precisamente eso. Tomó un taxi afuera del hotel, le dijo al conductor que lo dejara en la Zona Rosa y cinco minutos después el conductor se detuvo en un semáforo en Avenida Reforma y Florencia. Por la noche la ciudad parecía hermosa y bien cuidada. Sólo durante el día la ciudad mostraba sus neurosis y su frenética ansiedad.

"La Zona Rosa comienza aquí". El conductor dijo: “Va hasta Insurgentes y hasta la Avenida Chapultepec. Tienes algún lugar específico en mente?

"No. Escucha, podrías conducir un rato?

“No hay problema, mientras pagues.

"Excelente.

El conductor lo condujo varias veces por la Zona Rosa, señalándole los mejores lugares. La tercera vez que pasaron por la misma discoteca, Paul se sintió seguro de encontrar el camino.

Dejó el taxi y empezó a caminar. Evitó los lugares concurridos, donde las colas de gente esperaban para entrar, y en su lugar eligió los bares y discotecas más discretos, donde podía ver a los mexicanos en acción.

Y los vio e hizo lo mismo.

En un pequeño bar conoció a Lorena.

Ambos intercambiaron miradas hacia Barra Libre y muy pronto iniciaron una conversación. Ella era ejecutiva de cuentas en un banco, dijo. Tenía 25 años y era muy linda. Charlaron un rato. Luego bailaron. Luego lo llevó a su mesa. Estaba con un grupo de niños y niñas de aproximadamente su edad. Lo invitaron a unirse al grupo. Así. Y se festejaron.

Bailaron en la discoteca hasta las 3. Entonces de alguna manera todos decidieron continuar la fiesta en el departamento de Sergio y se fueron en tres autos diferentes. Paul estaba en el último. Él y Lorena se sentaron atrás y continuaron con las fuertes fajes que habían comenzado dentro de la discoteca. A nadie

pareció importarle. Las otras parejas también se estaban besando. Cuando llegaron al apartamento de Sergio, las cosas estaban tan calientes que Paul tuvo que preguntarse si esto sería una batalla de todos contra todos, pero no pasó nada. Las niñas parecieron refrescarse una vez dentro del departamento, y los niños parecían felices cantando viejas canciones revolucionarias mientras bebían más y más tequila.

Paul se cansó de esto y le dijo a Lorena que se iba. Sin decir palabra ella fue a recoger su abrigo, dio las buenas noches a todos y se fue con él.

El taxi los dejó en el hotel justo cuando salía el sol. Lorena se quedó con él todo el día. No abandonaron la habitación ni un minuto.

Hizo el amor de forma ardiente y duro, con cierto tipo de desesperación que en sí misma se sumaba a la pasión y la lujuria que se habían inspirado el uno al otro. Se dormían y se despertaban y volvían a hacer el amor, casi sin hablar, en una especie de estupor de borrachera prolongado producido por el deseo que parecía crecer con cada encuentro, en lugar de disminuir con el cumplimiento del mismo. Fue una entrega completa. Ella no se guardó nada, y él tampoco. Y el amor y la ternura que ella le inspiraba eran reales. Él esperaba que ella se quedara todo el fin

de semana, pero el sábado por la noche ella dijo que tenía que regresar a casa y se había ido, aunque prometió que regresaría al día siguiente temprano en la mañana para buscarlo.

Ella no lo hizo.

Las mujeres mexicanas, decidió Paul mucho más tarde, eran algo especial.

La que sí llamó fue Eugenia.

Llamó temprano el domingo, justo cuando él salía de la ducha.

"Adivina qué?" dijo

"Me rindo. Dime."

"Papá quiere conocerte"

"Le dijiste?"

"Seguro. No es eso lo que querías?"

"Sí, pero no esperaba que lo hicieras."

"Bueno, querido, tienes una cita esta noche a las siete para ir a encontrarte con tu padre. Espero que todo vaya bien."

"No vas a estar ahí?"

"Por supuesto que no. Esto es entre tú y él. Pero te

veré mañana para desayunar. A qué hora sale tu avión?

"Una y media."

"Oh, entonces tenemos mucho tiempo. Te recogeré temprano y podremos pasar toda la mañana juntos. Te gustaría eso?"

"Seguro."

"Bueno. Ahora algunas recomendaciones. No discutas con él. No importa lo que diga, no importa cómo lo diga, no discutas con él, vale?"

"Okay."

"Mira, Paul, estás tratando con un hombre muy importante. No sabes lo importante que es tu padre en México. Y tiene un temperamento acorde con su poder, así que no lo hagas enojar, de acuerdo? Supongo que esta noche va a ser pesada para él: cuando le dije que te había encontrado, te juro que pensé que me iba a abofetear, algo que nunca ha hecho. Luego se calmó y preguntó por tí y cómo te encontré y cosas así. Luego dijo que quería conocerte. Pero estoy preocupada, vale? Estoy preocupada por él y por ti. Dos gallos dentro del ruedo nunca son una buena noticia. Así que ten cuidado, vale?"

"Todo saldrá bien. No te preocupes."

“Está bien, entonces sólo tengo que preguntarte algo: te divertiste anoche?”

“Anoche dormí como un bebé. Pero el viernes fue una buena noche. Me divertí mucho. Conocí a una chica y todo eso”.

"En realidad? Tendrás que contarme todo al respecto. Mañana. A las 9, vale?"

“Espera, olvidaste decirme a qué hora es la reunión de esta noche y adónde tengo que ir”.

"Oh, es cierto. Papá te quiere en su casa a las siete, así que Pancho, el chofer, te recogerá en tu hotel a las seis. Tienes todo el día para divertirte y prepararte mentalmente para esta noche. Así que sal y coquetea con las chicas; les encantan los gringos.

"Sí, señor. Quiero decir, señora.

"Nos vemos mañana. “Por cariño.

Pasó el día junto a la piscina, deambulando, leyendo periódicos y pensando en los recuerdos de su primera infancia. Intentó recordar algo sobre sus padres, pero él tenía apenas dos años cuando se separaron; no recordaba en absoluto a su padre, y su madre era un rostro vago que se había desvanecido en su memoria. Se preguntó qué había pasado tantos años

atrás entre sus padres, por qué se habían separado y por qué Eugenia y él habían sido separados de una manera tan inusual, como si hubieran sido cachorros. Por qué? Por qué? Tenía la cabeza llena de preguntas. Qué pasa con su madre? Estaba muerta? Estaba viva? Qué? Podría alcanzarla? Debería intentar encontrarla? Por qué lo habían dado en adopción? Fue dado en adopción? Su tía Cristina nunca quiso que él la considerara su madre, aunque con el tiempo se convirtió en su hijo legal, pero ella se había negado a que él la llamara madre hasta el día de su muerte. Por qué? Y por qué no había tenido papeles hasta que fue adoptado por el señor Chadwick?

Al menos ahora iba a encontrar las respuestas a algunas de sus preguntas.

A las cuatro y media estaba listo, vestido con su mejor traje. Realmente estaba demasiado nervioso para esperar dentro de su habitación, así que dejó un mensaje en la recepción y subió al bar del vestíbulo para tomar un cóctel Margarita.

A las seis en punto, el recepcionista llamó su nombre por el sistema de buscapersonas.

Cuando contestó el teléfono, el empleado sólo dijo cuatro palabras; "Tu fiesta está aquí".



En lugar de Pancho, el chofer de Eugenia, Paul fue recibido por un chofer uniformado y por otro hombre, también uniformado. Ambos estaban armados. Paul vio las armas bajo los brazos, mal escondidas. Lo condujeron hasta un Mercedes Benz estacionado en la entrada principal del hotel y lo condujeron por la ciudad hacia Las Lomas, el barrio más exclusivo y caro de todo el país. Paul ya tenía una buena idea de la ciudad después de leer el mapa con su ojo de impresor, y también después de haber hablado con Lorena y los botones, y los camareros, y lo que sea... estaba descubriendo que era bueno para sacar información de gente.

Eso fue útil.

Las Lomas estaba atravesada por calles con nombres de montañas. En uno de ellos el coche giró a la derecha y luego a la izquierda y allí, al final de un callejón sin salida, se alzó la entrada a la casa. Muy grande. Parecía más grande que la entrada del hotel, pensó Paul. Cubría aproximadamente una cuadra en el frente.

Una vez dentro de la puerta, después de que los guardias que observaban desde una pequeña cabaña construida con ladrillos rojos y vidrio la abrieran, había un jardín inundado exquisitamente de luces de

colores. El camino subía entre rosas hasta la puerta principal.

En la puerta había otro hombre esperando. También estaba armado. Abrió la puerta y muy cortésmente pidió permiso para darle palmaditas en busca de armas. Lo hizo muy rápido y eficientemente y luego lo condujo a una gran sala que tenía la chimenea encendida. Había un camarero con uniforme blanco y una servilleta en el brazo. El fuego rugía cuando Paul se sentó y el camarero preguntó qué le gustaría beber.

“Tequila, por favor.

Se sentó y luego se levantó, nervioso, sin poder pensar con claridad.

El salón era largo y estrecho y tenía muchos cuadros y fotografías en las paredes. Como la luz era tenue, la mayor parte proveniente de la chimenea, Paul tuvo que acercarse para verlos claramente, y en todos vio al mismo hombre en diferentes actitudes y diferentes años, con muchas personas diferentes y en muchos lugares. pero siempre, en todas las fotografías, mostraba una sonrisa magnífica que lo hacía destacar entre los demás.

Era la primera vez que Paul veía cómo era su padre. Y luego apareció en carne y hueso. Irrumpió en el

salón.

Don Octavio Terrazas Garza era un hombre bajo, pero su energía lo hacía parecer de dos metros de altura. También era mayor, alrededor de los setenta años, pero su tez bronceada y sus modales enérgicos lo hacían parecer mucho más joven. Había perdido la mayor parte del cabello en la parte superior de la cabeza. Sus ojos eran enormes agujeros negros que buscaban, miraban, sondeaban...

Entró y el camarero se quedó helado, esperando sus órdenes. "Déjanos solos." dijo. El camarero se fue inmediatamente.

"Buenas noches." Dijo Paul, dándose cuenta hasta entonces de que no sabía cómo hablar con su propio padre. Fue muy incómodo.

"Buenas." dijo el anciano.

Habían intercambiado esas primeras palabras a media habitación de distancia, como si tuvieran miedo de acercarse.

El anciano extendió la mano en silencio. Paul se acercó. Fue un apretón de manos firme. De cerca la sonrisa era aún más encantadora, los ojos inteligentes más duros. Paul medía cerca de seis pies y era mucho más alto. Don Octavio levantó el rostro para mirarlo

de cerca mientras él le tomaba la mano, y luego el brazo. Parecía estar buscando algo en el rostro de Paul.

Lo soltó abruptamente y caminó hacia la barra. Se sentaron en lados opuestos.

"Qué estás bebiendo?"

"Tequila.

Don Octavio sirvió dos tequilas y chocaron sus vasos.

"Salud". dijo don Octavio. Tragó su bebida con un rápido movimiento de su brazo.

"Salud". respondió Paul. Decidió tomárselo con calma con el tequila.

"Entonces tú eres José Ramón.

"José Ramón?"

"Ese era tu nombre hasta el día que tu madre te robó.

"Ya veo. Mi nombre ahora es Paul. Paul Chadwick.

"Eso no suena muy español en absoluto. Te avergüenzas de tu sangre española? dijo don Octavio, agresivamente.

"De nada. La gente que me adoptó me puso ese nombre". Dijo Paul, recordando la advertencia de Eugenia. Sin embargo, no pudo detener su lengua y añadió.

"Y me gusta.

Don Octavio tomó otro trago muy rápido y volvió a llenar su vaso. Paul vio al anciano de cerca; sus rasgos eran duros, como si estuvieran hechos de piedra. Su nariz era larga, aguileña y huesuda. Sus labios eran finos, casi inexistentes. Sus ojos eran enormes, redondos, siempre en movimiento; mostraban la inteligencia detrás de ellos, pero también eran fríos e indiferentes, como si la inteligencia que les daba vida fuera también su única preocupación. Sus manos eran ásperas y, aunque bien cuidadas, seguían siendo las manos de un trabajador.

"A qué te dedicas?

"Soy dueño de una imprenta en Orlando, Florida". Paul nunca se había sentido más orgulloso de su negocio que en ese momento. Si el viejo pensaba que le iba a pedir algo, sería mejor que empezara a pensar diferente.

"¿Qué tipo de cosas imprimes?"

"Todo. Impresión principalmente comercial.

"Comercial?

"Si, tu sabes. Facturas, entradas a restaurantes, folletos, ese tipo de cosas.

"Oh. Ganas dinero?

"No me puedo quejar. Hemos crecido un 100% cada año. El año pasado vendimos medio millón. El año que viene deberíamos tener ventas de al menos un millón de dólares.

"Y de ahí cuánto es para ti?

"Te refieres a ganancias? Tenemos una ganancia del veinte por ciento, después de impuestos.

"Veinte por ciento? Eso no es mucho, verdad?

Paul no supo qué responder a eso. Hasta ahora había pensado que el veinte por ciento era muy bueno.

"Mira, realmente no vine a hablar de negocios contigo.

"Oh, no? Entonces, a qué viniste?

"Vine a conocerte y a hacerte algunas preguntas.

"Así que tú puedes hacer las preguntas. Y yo no puedo. Es así?

"No claro que no. No quise decir eso.

“Qué quisiste decir entonces?”

“Si quieres hablar de negocios, hablemos de negocios. Lo siento si fui grosero, vale?”

"Bueno.

Se quedaron en silencio por un momento. Paul sintió que habían empezado con el pie izquierdo. A él no le gustó eso, así que intentó arreglar las cosas.

"A qué te dedicas tú?" preguntó.

“Pensé que no querías hablar de negocios”, fue la respuesta inmediata.

"Yo dije que lo sentía.

Silencio de nuevo.

Ambos miraron sus gafas. Don Octavio volvió a llenar el suyo y fingió intentar llenar el de Paul, que todavía estaba lleno.

“No te gusta mi tequila? No es lo suficientemente bueno para ti?”

"Es excelente. Pero ya he bebido demasiado”. él dijo.

"Ah sí? No lo demuestras.

"Lo sé. Tengo esa habilidad.

“Está en tus genes. Los Terrazas nunca se emborrachan. Nunca verás a un Terrazas perder la cabeza por una copa. Proviene de nuestra sangre española.

"En realidad? De dónde son las Terrazas?

“Nuestro primer antepasado vino de Galicia con Hernán Cortés. Sabes quién fue Cortés?

"Sí. Derrotó a los aztecas.

"Bien. Agustín Terrazas Gómez de Valderrama fue uno de sus soldados. Era uno de los hombres de mayor confianza de Cortés. Después de ser nombrado Marqués de Oaxaca, Cortés dio una encomienda a Agustín Terrazas Gómez de Valderrama. Su encomienda se extendía desde Toluca hasta Michoacán. Se trata de ciudades situadas a 300 kilómetros de distancia en el occidente de México. Alguna vez has estado allí?

"No. Esta es mi primera vez en México.

“Bueno, entonces tienes mucho que aprender.

"Estoy de acuerdo con eso.

“Tu sangre es buena. No sé por qué te avergüenzas..



Don Octavio hablaba como si Paul hubiera decidido cambiarse el nombre por su cuenta. Paul sintió la necesidad de responder, pero lo dejó pasar.

"Qué es eso?" dijo señalando un marco dorado en la pared, que se exhibía espectacularmente.

"Ese es el escudo de armas de nuestra familia. Viene de España. Se ganó luchando contra los infieles durante los ocho siglos que controlaron España.

"Interesante.

Don Octavio asintió.

"Y todas esas fotos? Parecen ser de gente importantes.

"Presidentes de México. El primero que conocí fue Miguel Alemán. Ese es él. Vino a inaugurar mi fábrica de caucho. Eso fue durante la guerra.

"Qué guerra?

"La Grande. La segunda Guerra Mundial. En ese momento México adquirió una enorme importancia estratégica. Pudimos producir caucho. Aunque no sin problemas. Fuimos sabotados dos veces por los agentes alemanes. Volaron las instalaciones. Pero con la ayuda del gobierno pudimos reanudar la producción muy rápidamente. Los americanos también estaban

detrás de nosotros. Necesitaban todo el caucho que pudieran conseguir.

"Puedo imaginar.

“No, no puedes. Nunca has vivido una guerra como esa. Recuerdo lo confundidos que estábamos en ese momento. Durante un tiempo pareció que Hitler tenía algo bueno entre manos. Cuando él tomó el poder yo era muy joven, más o menos de tu edad - cuántos años tienes?

"Treinta.

“Yo era más joven. Y yo ganaba mucho dinero y era amigo del Presidente de México. Desde entonces, he conocido a todos y cada uno de ellos. Hace unas semanas vino el último a cenar aquí. Le sugerí que nombrara al marido de Eugenia en lugar del que tenía antes en Gobernación. Parece que me escuchó. Es joven y ambicioso. Pero al final son todos iguales. Políticos. Son una raza diferente.

"Estoy de acuerdo."

"Sí? Cuantos conoces?" Paul se giró para mirar al anciano.

“Es esto una competencia? Cuántos necesito saber antes de poder estar de acuerdo con usted?

El anciano lo miró en silencio y luego sonrió. “Vamos a cenar”, ordenó.

“Claro”, dijo Paul, aunque no se sentía seguro en absoluto. Se sentía enojado.

Don Octavio presionó un botón y apareció un camarero. Dio órdenes y dos minutos más tarde estaban sirviendo la cena en una mesita junto a la chimenea.

“Sopa de hongos. La has probado?” Era sopa de champiñones.

“Así no, no.

Comieron en silencio.

Luego se sirvió el segundo plato. Parecía sospechoso.

"Qué es esto?"

"Pruébalos.

Paul comió un poco de la carne que flotaba en una sopa espesa. Estaba delicioso.

“Son criadillas .

"Qué son?"

“Cojones de toro, cocidos con hongos y ajos y chile

de árbol.

"Qué?

"Testículos de toro, huevos, cojones..." dijo don Octavio, riéndose de la expresión de Paul. "Puede que los necesites.

Paul se los comió con gusto. Pensó que la creencia antigua en el poder de comer testículos de animales era sólo una excusa. La verdad es que estaban exquisitos.

Mientras comían, Paul pensaba en cómo abordar el tema de su madre. Quería preguntarle al anciano sobre ella, pero no quería molestarlo. Entonces, después de la cena, Paul le pidió que describiera más fotografías. Don Octavio describió la mayoría de ellas; y habló de cómo cada una de las fotografías había supuesto un aumento de su riqueza y de su poder.

Entonces, de repente, don Octavio dijo buenas noches.

"Estoy cansado ahora. Fue bueno verte. Vuelve mañana"

"Estaba planeando irme mañana"

"Irte? A donde?"

"A casa. De vuelta a Florida".

"Disparates. Prométeme que volverás mañana. Todavía tenemos que hablar de muchas cosas, no crees?"

El anciano miró directamente a los ojos de Paul, esperando ansiosamente su promesa. Paul sintió por primera vez el abrumador encanto que se le aplicaba. No pudo negarse.

"Bueno. Regresare mañana."

"Bien. Enviaré a mi chófer a recogerte". dijo don Octavio, y salió de la habitación.

Paul sintió que había pasado la prueba.

A la mañana siguiente Eugenia apareció a las 8 en punto.

Ella lo llamó desde su auto, se encontraron en la recepción y desayunaron en la Cafetería María Bonita dentro del hotel.

"Entonces, cómo te fue?"

"Bien, supongo. Quiere que vuelva esta noche.

"Vas a ir?"

"Se lo prometí.

"Bien.

"Tengo que preguntarte sobre mamá. Que sabes sobre ella?"

"Nada en realidad. Además del hecho de que ella se fue un día, así como así.

"Sabes por qué?"

"No. Es uno de esos grandes secretos de la familia.

“Por qué te dejó atrás?”

“Yo tampoco lo sé.

A ella realmente parecía no gustarle el tema, así que lo dejó pasar. Tendría que encontrar alguna otra manera de averiguarlo.

“Qué hay de tu marido?”

"Qué hay de él?"

“Le hablaste de mí?”

"No.

“No tienes miedo de que te vean conmigo?”

"No me importa. Puede hacer lo que quiera.

Paul no la presionó.

Después de cambiar sus reservas de avión en la agencia de viajes, se divirtieron durante la primera parte del día. Seguida de sus guardaespaldas – que eran cuatro en un auto diferente- lo llevó al Museo de Antropología, y recorrieron algunas de las salas, pero el museo era tan grande que apenas les dio tiempo a ver las áreas más importantes. Gracias a la visita guiada personal realizada por el Director del museo -quien insistió en hacerlo después de enterarse de que allí se encontraba la esposa del Secretario de

Gobernación-, Paul supo que en la época de la conquista española habían existido más de ciento cincuenta diferentes tribus en México, cada una con sus propias costumbres e idiomas, y aprendió un poco más sobre los mayas y los aztecas. Los aztecas habían sido una cultura imperialista y sus guerreros habían dominado la mayor parte de México hasta Guatemala. Tenían una sociedad teocrática altamente organizada y la habían construido en un lapso históricamente corto mediante control militar. El director del museo estaba orgulloso de la profundidad de sus conocimientos y respondió con gusto a todas las preguntas que tenía Paul.

Para Paul fue como si estuviera encontrando un tesoro en el armario. Había todas esas cosas que él no sabía. En virtud de su nacimiento, también formaban parte de él; Sintió que sus raíces se remontaban a cientos de años en el pasado y era un sentimiento nuevo. Comenzó a comprender a las personas que llenaban libros sobre su ascendencia. Hasta ese momento había estado solo en el mundo. Ahora ya no lo era. Era como si de repente fuera más rico, más sabio, más alto, más fuerte...

Estaba obteniendo valor añadido.

Decidió que eso era lo que significaba tener una



cultura.

Un valor añadido. Limpio.

Eugenia se fue antes del almuerzo. Ella dijo que tenía que ir a asegurarse de que los sirvientes de su casa tuvieran todo listo porque “El señor Presidente” iba a cenar con ellos esta noche.

Lo dijo así, muy casualmente, de la misma manera que había estado diciendo nombres todo el día. Paul empezó a comprender que para su familia sus relaciones políticas eran de suma importancia. Más tarde se enteraría de que esto era cierto para la mayoría de los mexicanos. Prosperan y prosperan gracias a sus amigos en el gobierno. No tanto a través de sus esfuerzos, sino a través de su red de conexiones políticas.

Tener un buen amigo en una buena posición en México significaba más que tener un buen negocio. Porque en México muchas veces sin lo primero no se podía tener lo segundo.

Cuando regresó a su hotel encontró un mensaje de Lorena.

Me gustaría verte antes de que te  
vayas. Llámame al trabajo.

Estaré aquí hasta las 5. Besos.

Primero llamó a Florida para decirle a Sharon que se quedaría unos días más. No, no sabía cuánto tiempo. Dio órdenes sobre lo que debían hacer con la producción y con los pagos en el banco; hizo arreglos para que Sharon llamara al mecánico porque una de las máquinas parecía estar rota y pospuso la decisión de despedir a uno de los nuevos empleados que estaba enfermo y no se había presentado durante tres días. Le dijo a Sharon que esperara. Si ese hombre hubiera estado realmente enfermo, tendría otra oportunidad.

Luego llamó a Lorena.

Quedaron en verse a las seis en una cafetería de la Zona Rosa.

“Pensé que no te volvería a ver”, dijo Lorena cuando llegó. Durante el día ella parecía aún más hermosa de lo que recordaba. Estaba vestida con un traje muy elegante, formal pero a la vez cortado de tal manera que le permitía mostrar su voluptuoso cuerpo. Decidió que las mujeres mexicanas eran mucho más coquetas que las estadounidenses.

“Por qué no me llamaste?”

“Porque no quería verte más.”

"Por qué?

“Porque te vas. Nuestra relación no tiene futuro.

"Entonces qué estás haciendo aquí?

“Tenía que verte una vez más.

Paul besó suavemente sus labios.

“A qué hora sale tu avión?

“Surgió algo y me quedaré unos días más.

Su rostro se iluminó. Ella sonrió.

"Que bueno !" ella lo besó felizmente en la boca.

“Pero todavía me iré en unos días.

"Esta bien. Entonces lloraré.

“No quiero que llores por mí.

“No quiero dejar de verte. Aún no.

“Realmente no quiero lastimarte.

“No lo harás. No te preocupes. Además no sabes que a las mexicanas nos gusta sufrir?

"En realidad?

"No en realidad, no. Pero al ver las telenovelas mexicanas en la televisión uno pensaría que sí.

"Ah, claro.

“El reality de segunda categoría de la televisión. Míralo y aprende qué no hacer y cómo no vivir”.

Ella rió. Tenía una risa contagiosa, llena de vida e inocencia que a él le resultaba muy atractiva. Paul la miró atentamente. Ella seguía sorprendiéndolo. Primero por la forma en que había dejado ir su pasión, luego por su belleza interior y ahora por su inteligencia.

“Mira, Lorena, tal vez puedas ayudarme.

"Con que?

“Necesito encontrar a una persona.

"Como quien?

Él dudó.

"Una mujer. Ella desapareció hace mucho tiempo.

"Cuánto tiempo?

“Más de veinte años.

“No puedo ayudarte, pero sé quién puede hacerlo.

"Quién?

“Mi primo Roberto. Es Judicial.

"Es qué?

"Policia Federal. Y él es genial.

Miró su reloj

"Puede que esté en su oficina ahora mismo. Déjame llamarlo".

Se levantó, fue al teléfono público que había junto a los baños y regresó al cabo de diez minutos.

"Hecho. Nos encontrará aquí en media hora.

"Excelente. Gracias.

“Para eso son los amigos .

Para eso están los amigos. En efecto. La besó de nuevo.

Roberto Hernández no pudo disimular su comportamiento. Parecía un policía y actuaba como policía.

Entró a la cafetería como si buscara pelea. Era grande como un toro, con un torzo del tamaño de un frigorífico. Tenía la corbata suelta en el cuello y estaba sudando. Su enorme cabeza estaba medio ladeada, lista para embestir cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Tenía un bigote a lo Pancho Villa y la mayor parte de sus dientes estaban

empastados de oro, lo que le daba un aspecto más feroz.

“Beto! Me alegro de que hayas venido!” dijo Lorena y se levantó para besarlo. Ella pareció desaparecer bajo el abrazo de ese hombre oso. Paul también se levantó. Tenía aproximadamente la misma altura que Roberto, pero aproximadamente la mitad de volumen.

“Mira, Roberto, este es mi amigo Paul Chadwick.

“Encantado de conocerte”, dijo Paul. El oso le tomó la mano entre sus dos manazas. Paul se sintió como un enano.

Roberto se sentó a la mesa sin decir una palabra. Estaba inspeccionando a Paul cuidadosamente. Sólo abrió la boca cuando llegó la camarera para tomar su pedido.

“Tráeme un café, chula. Y una de esas tartas de queso.

“Sí señor.

Luego volvió a centrar su atención en Paul. Lo miró fijamente.

“Entonces, estás enamorado de Lorena?”

“Roberto! No empieces con tus chistes.

“Quién está bromeando?

“Mira, Roberto, esto es serio.

"Yo también. Me has visto reír?" le preguntó a Paul con un leve guiño en los ojos.

“No, no lo he hecho”. dijo Paul

“Ves?

“Me voy a enojar contigo si no te portas bien." dijo Lorena.

"Bien, bien. Entonces, qué puedo hacer por usted, Sr. Paul Chadwick?

"Paul.

"Eso es lo que dije.

“Está bien, estoy buscando una mujer.

“No lo hacemos todos?

"Una mujer vieja. Ella desapareció hace unos veinticinco años.

“Desapareció de dónde?

"De aquí. Desde la Ciudad de México.

"Cuándo fue esto?

"Hace unos veinticinco años.

"Quién es ella?

“Te refieres a su nombre?

"No. Quiero decir, quién es ella para ti? Por qué quieres encontrar a esa mujer?

Paul dudó por un segundo.

“Porque ella es mi madre.

Paul escuchó a Lorena jadear de sorpresa. El policía abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo y volvió a cerrarla. La palabra madre sí tuvo un efecto especial en ellos.

El policía Roberto sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña grabadora. En su mano parecía aún más pequeña. Juguetó un poco con los botones y luego la colocó sobre la mesa.

"Bueno. Vamos a empezar desde el principio.

Paul le contó lo que sabía sobre su madre. El nombre, la última vez que la habían visto, la forma en que se había escapado con sólo uno de sus dos hijos, la forma en que él había sido adoptado por una pareja en Texas y cualquier otro detalle que le viniera a la mente de lo que Eugenia le había dicho y que pudiera



ayudar.

Mientras contaba su historia, Roberto devoró tres rebanadas de tarta de queso, una coca cola y alrededor de un litro de café.

Lorena no dijo una palabra. Ella quedó hipnotizada por la historia.

Cuando Paul terminó, Roberto detuvo la grabadora y le dio su tarjeta.

“Veré qué puedo hacer. Me llamas en dos días.

"Gracias. Aunque no hemos hablado de tu factura.

"Porque te preocupas?

"Me preocupo porque no sé si puedo pagarlo".

“Mira, Paul, esto es México. Aquí no hacemos las cosas sólo por dinero. Estoy haciendo esto por mi prima. Eres su amigo y sus amigos son los míos. Está claro?

"Sí.

“Ahora, en cambio, si descubro que te estás portando mal con mi prima, te romperé la cara. Comprendido?" Dijo todo esto con una leve sonrisa en su rostro. Se lo dijo en broma, pero la advertencia implícita era real. Miró a Paul.

"Sí." Paul no se inmutó ante la mirada. "Roberto...

"No te preocupes, primita. Me gusta tu amigo. Es mucho mejor que el último maricón que te conocí.

"Gordo, no quiero que vuelvas a asustar a mis amigos, vale? Si insistes en hacerlo no volveré a hablar contigo", dijo Lorena muy seria. Estaba realmente enojada.

Roberto se derritió al instante.

"No te enojés, Lorenita. Sólo estoy bromeando, ya me conoces.

"Yo sí, pero mis amigos no.

"Oh, todo está bien. No lo volveré a hacer. Esta todo bien?

"Lo prometes?

"Lo prometo.

"Okay.

"Ahora me das un beso?

"No hasta que muestres algunos resultados sobre lo que Paul te pidió que hicieras.

"Lorenita, dame un beso.

"No.

“Lorenita...” suplicó el oso. Paul no podía creerlo, pero parecía que el oso estaba a punto de llorar.

Lorena finalmente cedió y besó a Roberto en sus labios fruncidos. Él sonrió. Feliz de nuevo, se levantó y salió del restaurante silbando y tirando su peso como un elefante.

"Creo que está enamorado de ti", dijo Paul.

“Él es un dulce. Pero es tan celoso...: es incluso peor que mi padre.

"Yo lo entiendo.

“Tú también eres del tipo celoso?

"En realidad no, pero con una belleza como tú, todo el mundo se vuelve celoso". dijo, y sonrió.

"Oh, vaya. Qué lindo lo dices. Creo que me estoy enamorando”, se rió.

“Qué tal una cena mañana por la noche? “ ofreció Paul

“Solo cena?

“Sí, pero en mi habitación.

“Déjame pensarlo”, dijo con picardía, “Te llamaré mañana por la mañana, vale?

"Bueno.

Después de eso, Paul regresó a su hotel a esperar al mensajero de su padre.

El chofer llegó tarde. Muy tarde.

Paul se había quedado dormido sentado en la silla de su habitación cuando sonó el teléfono.

“Hay algunas personas esperándote en el vestíbulo. Me pidieron que le dijera que don Octavio está esperando”.

Paul miró su reloj. Eran las cuatro y media de la mañana!

Se lavó la cara y bajó corriendo al vestíbulo.

Fue la misma rutina que el día anterior, excepto que esta vez lo llevaron a otra parte de la casa. Una criada le mostró el camino a una piscina interior.

La habitación se llenó de vapor. Olía mal, como a azufre. Apenas podía ver a un metro de distancia.

“Hay baúles en la silla. Vamos al agua. Te hará bien. Es agua termal”, dijo la voz de don Octavio desde algún lugar dentro del vapor.

Hizo lo que le ordenaron. Se cambió de ropa y se

metió en la piscina. El agua estaba muy caliente. Se movió lentamente hasta que todo su cuerpo estuvo mojado. Luego intentó nadar un poco, pero le resultó difícil.

"Solo relájate, muchacho. Deja que el agua sane tu cuerpo. Esta agua proviene de las entrañas de la tierra. Me lo envían directamente todas las semanas desde el volcán. Simplemente la mantenemos caliente. Te gusta?."

"Se siente bien."

"Tienes que aprender ahora a relajarte y a cuidarte. Estar en un negocio es difícil y la única manera de lograrlo es si tienes poder de permanencia, sabes a qué me refiero? Es como estar con una mujer. Si duras uno o dos minutos dentro de ella, no te respetará. Pero si te quedas ahí el tiempo suficiente, ella te adorará. Los negocios son iguales: no importa si haces una fortuna hoy. Eso no te convierte en un hombre de negocios. Lo que importa es que tienes que hacer que el negocio te dé su miel todos los días, todos los años, una y otra vez, como una mujer que se viene una y otra vez. Entiendes?"

Paul asintió. Cada vez que don Octavio decía entiendes? tenía la tentación de responder que no. Don

Octavio no preguntó si entendía; le ordenaba que entendiera. Entiendes? Sí, señor! Sí, señor! Por eso tenía ganas de decir que no. Sólo por el placer de hacerlo. Sólo para ver la reacción de don Octavio.

“Entonces cuéntame más sobre tu negocio.

"Cómo qué? Que quieres saber?

"Como es de grande? Cuántas personas trabajan para ti? Dime todo al respecto.

Paul lo hizo. Explicó todo el proceso, todas las máquinas que tenía, describió sus innovaciones en el campo y los resultados que estaba obteniendo.

Don Octavio siguió haciendo preguntas. Se interesó hasta el punto de querer conocer hasta el más mínimo detalle.

Luego, abruptamente, cuando don Octavio decidió que ya habían tenido suficiente agua termal; se levantó y sin decir palabra salió del estanque.

Entró en un pequeño cubículo y se dio una ducha fría.

Paul lo siguió. Comenzó a darse cuenta de que los rudos silencios de don Octavio eran una forma de control que utilizaba para mantener a la gente alerta. Paul se dijo a sí mismo que en realidad no le

importaba. Tan pronto como descubriera lo que quería de su madre, saldría de esta casa y nunca volvería. Hasta el momento, no estaba seguro de que le agradara el hombre que se suponía era su padre biológico. Lo encontró pomposo, grosero y egocéntrico. Había preguntado sobre los negocios de Paul con tanto detalle como para evitar que la conversación convergiera en temas más íntimos. Paul se dio cuenta de eso, pero no encontró la manera de preguntar qué quería. No podía simplemente salir y decir “Ah, y por cierto, dime lo que pasó entre tú y mi madre...”.

Así que se vistieron en silencio y luego caminaron hacia una terraza acristalada. Se sentaron a desayunar. La mesa de hierro forjado estaba colocada frente a la ventana más grande. Estaba amaneciendo en la ciudad.

“Mira para allá”, dijo don Octavio. Y explicó lo que estaba señalando.

Sobre el horizonte con las primeras luces Paul vio los volcanes que don Octavio le estaba mostrando.

“Ves el de la izquierda? Ves cómo parece una mujer acostada? Se llama Iztlazíhuatl, que en náhuatl significa Mujer Durmiente. El otro se llama

Popocatepetl. El es el guardia cuidando a la princesa dormida. La historia del indio dice que ambos fueron humanos al mismo tiempo; Eran de origen real: ella una princesa; él un príncipe guerrero. Estaban comprometidos para casarse”. Don Octavio volvió a señalar “Ves qué rojo es el color del sol? Es por la altitud; Estamos a dos mil metros sobre el océano. No es un color extraordinario?

Paul estuvo de acuerdo. El color del sol al amanecer era de un rojo excepcional, profundo y pesado, como...

“Como sangre, no? Los sacerdotes aztecas veían esto cada mañana y cada tarde y pensaban que se debía a que el sol bebía sangre de la tierra. Y luego ocurrió un eclipse de sol. Y la mejor explicación de los sacerdotes fue que al sol se le había acabado la sangre. Necesitaban hacer un sacrificio al Dios Sol para reponer sus baterías. Entonces empezaron a hacer sacrificios. De hecho, los sacrificios les llegaron a gustar tanto que a veces llegaban a tener miles en un solo día.

"En realidad?

"Sí, en serio. En fin, aquí tenemos a nuestra pareja enamorada. “ Señaló hacia los volcanes: “Justo antes



de casarse, lo envían a la Guerra Florida. Sabes qué fue eso?

"No.

“Realmente deberías leer más sobre tu país, sabes?

“Mi país es Estados Unidos.

“Naciste aquí.

"Así es. Y me gustaría saber cómo terminé allá.

Don Octavio guardó silencio por un momento. Usó la comida como excusa. Paul lo vio pensando qué decir. Decidió volver a su historia.

“De todos modos, nuestro príncipe se va a la Guerra Florida . Era una forma aceptada mediante la cual los aztecas libraban guerras contra otros pueblos y capturaban prisioneros. Necesitaban a estos prisioneros para sus sacrificios. El príncipe deja a su amada y ella tiene un mal presentimiento en su corazón.

Ella le ruega que no vaya, que tiene miedo. Él promete volver, pase lo que pase, para cuidarla. La semana siguiente, la princesa recibió malas noticias: en lugar de una Guerra Florida, los aztecas se habían topado con los conquistadores españoles y habían tenido una verdadera guerra. Su novio está muerto.

Incapaz de soportar el dolor, toma una poción para dormir, pero la poción era demasiado fuerte y se queda dormida para siempre. El príncipe regresa, como había prometido, aunque está muy gravemente herido. Él se arrodilla a su lado y desde entonces espera que ella despierte.

La forma del volcán de la izquierda efectivamente tenía la forma de una mujer muy voluptuosa dormida. Paul pudo ver hasta los pliegues de la sábana que cubría su cuerpo; la blanca nieve que cubría la montaña le daba ese efecto de realidad a la ilusión.

"Bonita historia.

"Siempre me gusta traer aquí a mis invitados extranjeros.

"Pero no has respondido a mi pregunta.

"Que era?"

"Cómo terminé en Estados Unidos?"

La sonrisa de don Octavio desapareció de inmediato. "Cómo debería saberlo? Pregúntale a tu madre.

"Esa es mi intención. Pero primero necesito encontrarla.

“Bueno, no la encontrarás aquí. Eso es seguro.”

La respuesta de don Octavio fue muy brusca. Paul midió cuidadosamente sus siguientes palabras.

“Podrías ayudarme con algunas dudas que tengo? Sé que será muy difícil para ti, pero sólo pregunto cosas que creo que tengo derecho a saber.

Don Octavio miró largamente los volcanes antes de responder.

“No tienes derecho a nada. Pero de todos modos, qué quieres saber?

"Qué pasó? Por qué mi madre se escapó?

“Porque ella es una perra loca.

Don Octavio dijo esto con tanto odio en su voz que Paul casi se sobresaltó. Los ojos de Don Octavio se nublaron y apretó las mandíbulas.

"Mira...

"No. Cierra el pico. Querías la verdad, la escucharás. Si no te gusta, ese es tu problema. Tu madre era una perra loca. Desde que la conocí sospeché que estaba un poco loca, pero lo demostró una y otra vez. Hasta que un día ella simplemente se escapó.

“Intentaste encontrarla?”

"No. Para qué? Probablemente se convirtió en una puta. No quise saber.

Paul no hizo la siguiente pregunta natural:

“Y yo? Intentaste encontrarme?”

"Antes de que ella se escapara, la hiciste revisar por un médico?"

“Su enfermedad no era física. Era cosa de ella. Estaba harta de su mente.

“De su mente?”

"Sí. Su mente. Estaba harta de la mente. Loca.

“Cuándo te casaste con ella?”

Don Octavio pensó por un momento.

“Tenía catorce años cuando la conocí. Creí que ella era mayor. Parecía mayor”. dijo don Octavio. Y protestas demasiado, pensó Paul. Catorce años! Ella había sido un bebé. Aunque sorprendido por esta información, intentó no demostrarlo.

"Cuántos años tenías?"

"Treinta. Acababa de concretar la venta de un buen negocio en Veracruz. Nací en Veracruz. Yo crecí allí.

Ahí conocí a Miguel Alemán, lo ayudé en su campaña y vine a México cuando llegó a la presidencia”. don Octavio estaba en una especie de trance. Paul no hizo ningún ruido.

“Fue entonces cuando la conocí. Trabajaba como secretaria de un amigo mío. Ella era exquisita. Era alta y tenía el cuerpo de una mujer diez años mayor. Cada vez que caminaba por la calle, detenía el tráfico. Así de hermosa era. Provenía de una familia destacada que lo había perdido todo cuando su padre, un diplomático, se puso del lado del hombre equivocado durante la Revolución. Luego su padre murió. Su familia estaba en quiebra, por lo que tuvo que trabajar incluso a esa edad. Fue entonces cuando la conocí. Me enamoré de ella la primera vez que la vi. Instantáneamente. Locamente enamorado. Era como si me hubiera quitado el alma. No podía pensar en nada más que en ella. Ni siquiera podía ver a otra mujer. Eso es lo mucho que amé a tu madre desde el primer momento en que la vi.

Fue necesaria mucha paciencia, pero me gané su confianza y luego su amor. La saqué a ella y a su familia de la miseria en la que vivían; le compré ropa, coches, joyas y todo lo que siempre quiso. Me convertí en su esclavo; cualquier cosa para mantenerla

feliz. Pensé que me había ganado su amor. Pero nunca lo supe con seguridad. Eso es lo que ella aprovechó para mantenerme siempre inseguro. Entonces, un día, quedó embarazada y nacieron ustedes dos, primero tú y luego al año tuvo Eugenia. Siete meses después te agarró y se fue”.

"Así como así?

"Así. Te lo dije, su mente estaba enferma.

“Y nunca volviste a saber de ella?

"Ni una palabra.

Los ojos helados de don Octavio se perdieron en el pasado.

Paul pensó que tenía que haber más en la historia. Sintió que había muchas cosas que su padre no le decía, pero no tenía sentido seguir adelante. No obtendría nada que el anciano que no quisiera contar.

Durante un largo rato ambos guardaron silencio.

Entonces entró una criada con un teléfono portátil en la mano.

Don Octavio se volvió para mirarla. Su mirada era tan fría que ella se quedó congelada a dos metros de distancia.

“Lo siento, señor, pero es Juan el que habla. Dice que es muy urgente”. tartamudeó con miedo en su voz. Casi estaba rogando perdón.

Don Octavio atendió la llamada. Esperó a que la criada saliera de la habitación antes de responder.

"Qué está sucediendo?"Dijo y escuchó con atención, pero su expresión cambió dramáticamente. Paul vio la furia creciendo en sus ojos.

"Cuándo fue esto?"

Escuchó.

“Quién hizo eso?” preguntó.

“Ese pobre pendejo otra vez! Quién carajos se cree?

Y luego explotó.

“Ya estuvo bueno. Que se vaya a la chingada. Llévate unos muchachos y pártete su madre al cabrón. Pero hoy mismo, de acuerdo? Quiero que el hijo de puta desaparezca hoy mismo”

Luego colgó.

Paul dejó de respirar.

Llévate unos muchachos y pártete su madre al  
cabrón... Pero hazlo hoy mismo, okay? Quiero  
que el hijo de puta desaparezca hoy mismo,  
entendido?



10

Paul creyó haber escuchado mal.

Debió haberlo hecho, porque don Octavio procedió a terminar tranquilamente su desayuno y luego le ofreció más café, su enojo se fue tan rápido como llegó.

“Este café es de nuestra plantación en Veracruz. Es el mejor café del mundo. Y contamos con un cocinero indio que lo prepara con una fórmula secreta. Nunca me ha permitido saber cómo lo hace, pero sé que usa sal. Inténtalo.

Paul se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo; Tenía la boca muy seca. Repitió las palabras en su mente; Quiero que el hijo de puta desaparezca hoy mismo, entiendes? No, no hubo ningún error. Había oído correctamente.

"Qué opinas? No es genial?

Paul asintió. El café estaba realmente delicioso.

“Le he ofrecido a la cocinera millones de pesos por

la fórmula, pero ella se niega. Le ofrecí convertirla en mi socia para que podamos vender su café en todo el mundo y ganar toneladas de dinero, y sabes lo que dice? Que la fórmula es sagrada y que se la dio un chamán, y que preferiría morir antes que vender esa fórmula. Y ella lo dice en serio.

Don Octavio tomó un poco más de café en las tazas de ambos.

“Ese es el problema de la gente de este país, sabes? Sus supersticiones son más importantes que la ciencia; sus creencias son más importantes que los hechos; sus emociones son más importantes que la lógica. Viven en un mundo diferente. Especialmente los indios. Viven fuera del alcance de la tecnología y de la cultura moderna del hombre. En algunos lugares viven como vivían hace quinientos años. Los Tarahumaras por ejemplo; son una tribu que vive en el estado de Chihuahua. Por decisión presidencial recibieron en concesión la tierra en la que viven. Pero resulta que viven en el Cañón del Cobre. Ellos lo poseen. Alguna vez has oído hablar de él?

"No

“El Cañón del Cobre es más grande que el Cañón del Colorado. Veinte veces más rico. Sólo con la

riqueza de sus bosques, y los metales preciosos de sus minas, los Tarahumaras deberían vivir como reyes porque son muy pocos. Pero sabes que? Como desconfían de la tecnología moderna, viven en cuevas como hace cientos de años. Y debido a sus antiguas creencias, viven separados a kilómetros de distancia unos de otros, por lo que no están organizados socialmente y debido a esto no pueden cosechar suficiente comida para todos y cada dos años tienen hambrunas que los están matando muy rápidamente. Son dueños de una de las tierras más ricas de México y se están muriendo de hambre”.

“Qué hace el gobierno? No hace nada?

"Sí. El gobierno respeta sus creencias y sus tradiciones. Esa ha sido siempre su posición. Respetar sus tradiciones aunque sean estúpidas.

"Nada mas?

"Oh sí. Les envían comida cuando las cosas se ponen desesperadas. Pero sabes que? Los tarahumaras están condenados a morir. Todos ellos. Sabes por qué?

"No

“Por lo mismo que los aztecas, siendo un imperio guerrero y teniendo cientos de miles de hombres entrenados en el arte de la guerra, perdieron contra

quinientos soldados españoles mal equipados... Perdieron porque cualquiera que va en contra de la historia merece morir.

Paul no pudo contenerse.

“Fue esta la razón por la que ordenaste matar a un hombre hace un momento? Porque estaba en contra de la historia?”

Don Octavio lo miró fijamente a los ojos. Sus ojos eran fríos, indiferentes, pero ligeramente curiosos ante la pregunta.

"No. Ordené que lo mataran porque estaba contra mí.

Paul se levantó. De repente la habitación se volvió demasiado pequeña para ellos dos. Tenía que salir de allí.

"Tengo que irme." dijo.

"Por qué?"

"Tengo cosas que hacer.

“Bueno, yo también. Pero te di mi tiempo. Deberías tener la decencia de hacer lo mismo.

“Lo siento, pero he aprendido mucho más de lo que quería.

“Te refieres a tu madre? Paul no respondió.

“Se trata de lo que escuchaste? No eres un niño. Eres un hombre. Tómallo como un hombre. Sería muy decepcionante para mí si no pudieras tomar la vida tal como es”. El anciano dijo esto con una leve advertencia implícita.

"Tengo que ocuparme de mi negocio..." murmuró Paul.

“Acerca de su negocio... Creo que podemos hacer algo por ti. Daré órdenes hoy para que todas mis empresas impriman con tu empresa. Te gustaría eso?

“No vine a hacer negocios contigo.

"Bueno, yo sé. Pero serías un tonto si no aceptaras mi oferta. Estamos hablando de muchas empresas y de una buena cantidad de dinero. Dinero que necesitas, estoy seguro”.

Paul no sabía qué decir. Él sólo quería salir de allá.

Sintió los ojos de su padre mirándolo de cerca. Sintió el peligro detrás de esa mirada.

"Entonces?" Dijo don Octavio.

Paul empezó a sudar. Los ojos de don Octavio estaban fijos en él, duros y fríos como los de una

serpiente, y sabía que si se negaba, este hombre probablemente haría que lo mataran también.

Así.

El asintió.

Don Octavio se levantó de su silla. Era un hombre muy ágil y enérgico para su edad.

"Bien. Te presentaré a mis abogados.

"Ahora?

"Sí. Ahora mismo. Espera aquí."- dijo don Octavio, y se dirigió hacia la puerta.

Cuando llegó allí, se dio la vuelta.

"Sin embargo, hay una cosa".

"Qué?

"Nunca menciones a nadie que eres mi hijo.

Y con eso salió de la habitación.

"Con mucho gusto", murmuró Paul para sí.

El resto del día había estado muy ocupado. Primero vinieron los abogados. Eran tres de ellos.

Aparecieron media hora después de que don Octavio saliera de la habitación, se sentaron con Paul y lo inundaron con preguntas, diciendo que tenían

órdenes estrictas de don Octavio de transferir todos los pedidos de impresión a la empresa de Paul. Hicieron contratos, elaboraron formas de pago y sugirieron posibles soluciones a los problemas previstos “entre sus sugerencias estaba que Paul debería traer su planta de impresión a México en algún momento en el futuro”.

Luego almorzaron.

Pasadas las dos, llegaron también seis contables e hicieron un montón de cifras proyectadas basándose en lo que estaba escrito en los contratos y finalmente dijeron que era un contrato por valor de al menos diez millones de dólares al año. Todos lo felicitaron y le preguntaron cómo había logrado convencer a don Octavio para que le entregara todo su negocio. Paul simplemente levantó las cejas y dijo que no lo sabía. Los contadores sonrieron. Cuando se le preguntó cómo le pagaban normalmente, explicó que normalmente pedía un 50% de anticipo en todos los pedidos de impresión. Dijeron que esto no sería factible por la cantidad de trabajo y la cantidad de empresas involucradas. Les dijo que no tenía dinero para financiar los pedidos. Conversaron largamente entre ellos, y finalmente dieron con una solución, que fue consultada telefónicamente con don Octavio. El

acepto; Paul recibiría inmediatamente un anticipo global de quinientos mil dólares. El dinero se recaudaría de todas las empresas involucradas y cada una aportaría una determinada cantidad de dólares. Serviría como capital de trabajo para Paul. Se renovaría con cada pago completo después de la entrega de cada pedido, y las empresas recibirían un descuento adicional por los intereses que generaría el dinero en el banco. De esa manera no habría ningún problema técnico en la producción y todos ganarían. Las empresas cubrirían sus necesidades de impresión, garantizadas a precios reducidos, y Paul nunca más tendría que preocuparse por el dinero.

Fue una excelente solución. Se felicitaron por ser tan inteligentes y uno de los contadores emitió un cheque. Salió y regresó diez minutos después. El cheque había sido firmado por don Octavio. El cheque fue entregado a Paul y todos parecían satisfechos.

Paul guardó silencio durante todo el proceso.

Se sintió entumecido.

Como si no le estuviera pasando a él.

En circunstancias normales estaría saltando de alegría.

Ahora se sentía sucio.



A las cinco salió de casa con los abogados y los contables. Pidió a dos contables que lo llevaran en un taxi, pero eran un par de tipos felices y lo llevaron hasta su hotel, haciendo bromas y riendo sin parar.

Paul se dio una ducha y luego se acostó en su cama. Durante mucho tiempo permaneció allí con los ojos cerrados.

Tenía un cheque en su cartera por medio millón de dólares. Nunca más tendría que despertarse en medio de la noche sudando frío porque no tenía dinero para pagar el periódico, ni los salarios de sus ayudantes, ni el alquiler de su tienda. Ya no tendría que preocuparse por eso.

Pero ahora casi deseaba haberlo hecho.

Toda su vida había pensado que tener esa cantidad de dinero en el bolsillo lo haría sentir bastante bien. Pero no fue así. No fue porque sintiera que no se lo había ganado limpiamente. Lo sintió como un pago por su discreción. Como una forma de mantenerlo callado. Se había convertido en cómplice de un asesinato.

Su vida había cambiado dramáticamente en unas pocas horas.

Tenía el dinero que siempre había anhelado y tenía un asesinato en la conciencia.

Sólo podía pensar en una cosa.

*...quiero que desaparezca hoy mismo, entiendes?*

No contestó el teléfono.

Siguió sonando el resto de la tarde, pero Paul no se movió.

Pensó en posibles formas de salir de la trampa en la que se encontraba. No podía simplemente devolver el cheque. Había firmado contratos y estaba legalmente obligado. Pensó en llamar a la policía, pero luego... luego qué? No tenía pruebas de nada; no sabía quién sería asesinado, ni cuándo, ni siquiera si... Había sido testigo de una vaga orden dada por teléfono a una persona desconocida. Eso es todo. E incluso si supiera con certeza que alguien, en algún lugar, estaría muerto a causa de esa orden, no tenía forma de impedirlo ni de denunciarlo.

Entonces cesó el timbre del teléfono. El silencio fue peor.

Encendió la televisión, la miró un rato y luego la apagó.

Pensó en tomar el primer avión de regreso a Florida y olvidarse de todo, pero sabía que el frío abismo que había visto en los ojos de su padre significaba la muerte. Si se cruzaba en su camino, sabía que don Octavio no dudaría en ordenarle un golpe a él también. No importaba que fueran padre e hijo biológicos. No tenían ningún sentimiento mutuo ni ningún compromiso moral, por lo que eran tan buenos como extraños.

Se levantó y se vistió para salir. Se iba cuando llegó Lorena.

“Ajá! Aquí está el Sr. Paul Chadwick, todo guapo y listo para partir. Y pensar que estaba preocupada por él”. dijo ella, sonriendo, pero luego lo miró a los ojos y se detuvo.

"Qué ocurre?"

"Nada. Escucha, no soy una muy buena compañía esta noche. Será mejor que te vayas.

"No señor. Me invitaste a cenar y voy a cenar contigo.

"No tengo hambre.

“Entonces yo tampoco.

“Lorena, lo digo en serio. Será mejor que te vayas.

Lo haremos en otro momento.

"A donde vas ahora?"

"No sé. Probablemente intentaré emborracharme.

"Bueno. Entonces vamos." dijo y lo tomó del brazo.

No llegaron muy lejos. Se alojaron en uno de los bares del hotel. Uno donde un trío de guitarristas cantaba música suave y romántica.

Pidió una botella de tequila y empezó a beber rápido.

Nunca se había emborrachado. No importaba cuánto lo hubiera intentado. Ni como estudiante y ni siquiera como soldado, los dos años que lo llevaba siendo. Ahora sabía que no podía, físicamente. Estaba en sus genes. La familia Terrazas no podía emborracharse. Su padre "que no era su padre" se lo había dicho.

Esta noche quería probarlo equivocado. Lorena lo miró en silencio.

Ella no decía una palabra y sólo esporádicamente se apoyaba en su hombro o le daba un beso.

"Eres una buena mujer, Lorena". le dijo muchas horas después, una vez que estuvieron de regreso en

su habitación. Ella lo estaba ayudando a desvestirse. Después de dos botellas de tequila, ya no se sentía borracho; simplemente se sentía enfermo y muy cansado. Estaba tan cansado que no quería moverse. Nunca más en su vida.

“Vas a hacer muy feliz a algún tipo, sabes?”

"Sí, lo sé. Ahora levanta la pierna". dijo ella, quitándole los pantalones.

“Sabes por qué quería emborracharme?”

"Ni idea.

“Porque hoy hice un gran negocio.

"Eso es bueno.

“Un negocio muy grande. Para toda mi vida.

“Eso está muy bien entonces.

“No, eso es malo.

"Sí, por qué?”

“Porque no lo quiero.

Ella lo besó en la boca.

"Pero te quiero."dijo, dando palmadas en la cama a su lado.

Luego se quedó dormido.



12

Cuando despertó estaba solo en su habitación. Sentía la cabeza enorme, como si alguien le estuviera clavando un clavo en la frente.

Lorena ya no estaba.

En el tocador había un mensaje.

Tuve que ir a trabajar. Te veo esta noche. Besos.

Tomó una decisión. Era un negocio más.

Llamó a Florida. Se enteró de cómo estaba todo y, tras algunas dudas, le contó la noticia a Sharon. El había firmado contratos jurídicamente vinculantes. Los pedidos empezarían a llegar muy pronto y la gente de la planta tenía que estar preparada. Se sentía muy afortunado de tener a alguien como Sharon que se ocupara de las cosas mientras él no estaba.



Ella, por supuesto, estaba eufórica con la noticia.

Especialmente cuando él le dijo que iba a conseguir un aumento. El doble de su salario actual.

"Ay dios mío. Oh, Dios mío..." fue lo único que pudo decir por un rato.

"Me alegra que te guste la idea".

"Volverás pronto?"

Aún no.

Primero necesitaba hacer otras cosas.

Como volver a dormir.

A la mañana siguiente llamó a Beto, el detective.

"Quihubo, mano. Qué pasa?" Dijo Beto.

"Tienes noticias para mí?"

"Sí, tengo algunas noticias. Aunque no te van a gustar.

"Dímelas directamente.

"La mujer que buscas parece haber muerto hace muchos años.

"Murió?"

"Bueno, todavía no estamos seguros. No hay

ningún familiar inmediato que pueda darnos información. Las personas que la conocieron, las pocas que hemos encontrado, creen que murió, pero nadie sabe con certeza cuándo ni dónde. Todos coinciden en que la última vez que supieron de ella se mudaba a Chihuahua, uno de los estados del norte. Con su hijo, que supongo significa tú. Parece que iba a intentar salir del país. Esa fue la última vez que alguien supo de ella. Eso fue hace treinta años.

"Treinta años?"

"Sí."

"Nada desde entonces?"

"No. Nada. Ni en el Seguro Social, ni en los expedientes policiales. Si está viva, es una mujer muy sana, porque nunca ha ido al médico, y además es una mujer muy bien educada porque revisé los registros y no tenemos nada sobre ella. Quiero decir, ni siquiera una multa de estacionamiento."

"Interesante."

"Estoy revisando los registros de propiedad, para ver si ella posee algún terreno, y los registros de transporte, para saber si tiene un automóvil."

"Y en el norte?"

“Tengo un compadre trabajando como judicial en Chihuahua. Lo llamaré y le pediré que revise esto. De una forma u otra deberíamos descubrirlo muy pronto. De todos modos, eso es lo que tengo. Quieres que siga buscando?”

“Sí, por supuesto.

"Te llamaré.

“Escucha, te lo agradezco. Y también quería decirte que me envíes tu factura.

"Oh sí? Te sientes tan rico?”

"Sí. Si necesitas gastos o algo para seguir investigando, dímelo.

"Bueno, eso es muy bueno. Sí, necesitaré algo de dinero para los gastos, pero te lo haré saber. Y ya les dije cuál es mi precio; mantienes feliz a Lorena y yo soy feliz. De acuerdo?”

“De acuerdo. Gracias hombre.

“Adiós, chico.

Luego llamó a Eugenia y concertó una cita para verla a cenar la noche siguiente. Después de que ella aceptó, él colgó y llamó a uno de los contadores que lo había llevado a su hotel el día anterior.

Pidió hablar con Felipe, un hombre flaco y divertido que parecía el más amigable de todos.

“Sí, digamos?”

"Hola Felipe. Te acuerdas de mí?"

"Si seguro. El gringo de la imprenta, no?"

"Ese. Escucha, necesito comenzar a planificar la impresión y producción y tengo algunas preguntas. Pensé que tal vez podrías ayudarme.

"Por qué yo?"

“Eres el más inteligente de todos.

“Me alegra que estés de acuerdo. Bueno. Que quieres saber?”

“Bueno, para poder estimar las necesidades de impresión de las empresas para las que trabajaré, necesito tener cierta información, sabes?”

“Información como qué?”

“Qué hacen, por ejemplo? Su tamaño; cuántas personas trabajan para ellos; ese tipo de cosas.

“Bueno, eso es fácil.

El contador comenzó a responder sus preguntas y una hora más tarde Paul había descubierto todo lo que

podía sobre todos los negocios de su padre.

Lo que encontró lo asombró.

Su padre era propietario directo de unas cien empresas diferentes. Diez de ellas eran grandes compañías, con cientos de empleados; otras quince empresas eran de tamaño mediano, con entre una docena y un ciento de empleados, pero la mayor parte de las empresas parecían proceder de docenas de negocios que sólo tenían entre uno, tres o cuatro empleados. Empresas muy pequeñas repartidas por todo México, dedicadas a todo; desde la agricultura hasta la manufactura, pero la mayoría de ellos parecían estar relacionados con los servicios turísticos. Había agencias de viajes y guías turísticas, tiendas de playa, bares, restaurantes de comida rápida, alquiler de motos y barcos... había unas cuarenta y cinco de estas empresas.

Cada una independiente de la otra.

“No es muy caro?”

"Qué?”

“Mantenerlos separados así? No sería mejor tenerlos a todos bajo una sola corporación?”

“Bueno, en realidad sí. Pero a don Octavio le gusta

así, y así se hace. Nos mantiene ocupados, pero no nos quejamos.”

Apuesto a que no, pensó Paul después de colgar el teléfono. Manejar los trámites legales de tantas empresas era suficiente para mantener feliz a cualquier abogado o contador por el resto de su vida. Pero la administración misma de tantas entidades separadas estaba destinada a ser una pesadilla. Cómo podrían evitar que se convirtiera en un laberinto en el que cualquiera sabía cómo entrar pero nadie sabía cómo salir?

A menos, por supuesto, que eso fuera precisamente lo que don Octavio esperaba que sucediera.

Los abogados habían sugerido que debería tener una oficina en México y tenían razón. Necesitaba a alguien que coordinara los pedidos de impresión de las empresas mexicanas, los llevara a Florida y supervisara la entrega. Entonces habló con Lorena.

“Cuánto ganas en el banco?

Ella le dijo. Hizo la conversión a dólares. No fue mucho.

“Cómo te gustaría ganar cuatro veces más?

"Me estás tomando el pelo?" ella dijo.

"No. No lo estoy.

"Haciendo qué?

“Trabajando para mí.

Parecía dudosa.

“Es algo ilegal?

"Por supuesto que no.

Le explicó cuál era su negocio, y sobre su golpe de suerte al conseguir este contrato exclusivo con un hombre rico -no le dijo que era su padre- y sobre su necesidad de tener a alguien coordinando el trabajo desde México.

“Serías el jefe de la oficina aquí.

“Pero no sé nada sobre tu línea de trabajo.

"No importa. Te enseñaré.

Ella todavía no parecía convencida.

"Te necesito", dijo con sinceridad.

Ella suspiró profundamente.

“Después de eso, cómo podría negarme? Estoy dentro.

13

Al día siguiente se dispusieron a buscar una oficina adecuada.

Necesitaban algo con suficiente espacio de almacenamiento, fácil de encontrar, no demasiado caro y con al menos tres líneas telefónicas.

"El único problema real que veo son las líneas telefónicas" dijo ella.

"Pensé que sería lo más fácil.

"Obviamente no sabes de los teléfonos en México.

"No. Cuéntame de eso.

"Bueno, las líneas son muy difíciles de conseguir. A veces se necesitan años para conseguir una sola.

"En realidad?

"En realidad. Y son escandalosamente caras. Tienes que pagar las líneas por adelantado y luego esperar, esperar y esperar hasta que decidan que has esperado lo suficiente y te conecten. Pero incluso entonces no



tienes garantía del servicio. Se estropean muy a menudo.

"Porqué es eso?"

"Porque..."

"Porque qué?"

"Porque esto es México. Descubrirás que en México las cosas no funcionan como se supone que deben funcionar.

"No tiene sentido.

"Lo sé. Bienvenido a México. En este país nada tiene mucho sentido.

"Dios, entonces me alegro de tenerte.

"No estés muy seguro. A veces yo tampoco tengo sentido.

"Suenas un poco amargada.

"En realidad no lo soy. A veces me escucho hablar de México y me detengo a analizar mis sentimientos al respecto y sabes qué? Amo a México profundamente. No quisiera vivir en ningún otro lugar del mundo. No estoy amargada. Suena así, pero no es amargura. Sólo estoy describiendo la situación de mi país de manera muy objetiva. Uno simplemente se

cansa de las leyes que no se aplican, de los políticos corruptos y de los policías corruptos; de teléfonos que no funcionan y de bancos que te engañan. Uf! Será mejor que no me hagas empezar, porque sacaré mi lista y me estarás escuchando todo el día.

"Vamos. Todos los países tienen problemas.

"Oh, estoy segura de eso. Es sólo que en México los problemas parecen tan pequeños en comparación con otros países, que no puedes entender por qué no se solucionan. No son las cosas grandes las que me preocupan, porque los grandes problemas crean grandes soluciones. No, son los pequeños problemas cotidianos los que te desgastan, sabes? En México nada funciona como se supone y es una batalla cotidiana contra las pequeñas cosas; Se pierde una enorme cantidad de tiempo arreglando cosas que no deberían haberse roto en primer lugar.

"Por qué crees que sucede eso?

"Bueno, en esta ciudad es fácil de entender. Somos demasiados en esta ciudad. Estamos demasiado lejos del océano, tan arriba en las montañas que hacer cualquier cosa requiere un esfuerzo extra. Mientras que el resto del país está prácticamente vacío, hemos abarrotado esta ciudad más allá de lo razonable. Y nos

quedamos aquí, en lugar de irnos a las playas. Eso es algo de lo que nuestras culturas tienen la culpa; Tanto los aztecas como los españoles tenían sociedades altamente centralizadas. Entonces, verás, no es nada nuevo.

“Qué quieres decir con no tener grandes problemas? Eso me parece un gran problema.

"Bueno, lo es. Pero la solución es sencilla; No importa cómo se aborde, al final es una cuestión de administración. La verdadera tragedia de México es que nunca se ha administrado correctamente. Para mí ese es un pequeño problema. Por grandes problemas me refiero a problemas como los que se ven en Europa o en Medio Oriente, donde las personas se matan entre sí simplemente porque son diferentes.

“Eso SI es una tontería. Qué pasa con los indios?.

"Bueno, sí. No me gustan, pero no salgo a matarlos. Verás, no es su piel lo que no me gusta, porque son tan morenos como yo. No me gusta su pobreza. Veo su miseria y me asusto. Me recuerdan todo lo que nunca quise ser. No me gusta la forma en que viven. Si quieres insultar a un mexicano llámalo indio. No entiendo la forma de pensar india y no quiero entenderla. Preferiría haber sido europea, gracias.

“Estás bromeando ahora.

"No lo estoy. Les digo que en el fondo no nos gusta nuestra mitad india. Debido a esa mitad nunca hemos podido desarrollar una identidad claramente. No sabemos cómo describirnos a nosotros mismos. Realmente no sabemos quiénes somos. Históricamente hemos sido todo lo que todos los demás querían que fuéramos. Y luego no lo somos. Cuando creemos que tenemos una descripción de nosotros mismos, cambiamos inmediatamente. Es casi como si no quisiéramos saber quiénes somos y quiénes queremos ser”.

Paul recordó todos los sentimientos que había experimentado mientras caminaba por el Museo de Antropología dos días antes, y recordó todo el orgullo que había sentido al conocer su herencia indígena. Luego recordó la vergüenza y la lástima que sentía por las mujeres y niños indios que mendigaban en las calles. De alguna manera entendió el punto de Lorena; no era una discriminación racial; era económica y social. No se sentía avergonzado de su ascendencia india, sino de la pobreza india. Recordó también lo que había dicho don Octavio: que los indios estaban destinados a desaparecer porque nadie podía ir en contra de la historia. Era imposible que la sangre india

desapareciera porque todos en México la tenían de una u otra manera; Entonces, qué quiso decir don Octavio?

“Bueno, con tantos problemas aquí, crees que tal vez deberíamos rentar un lugar fuera de la ciudad de México?

"Si y no.

"Lo que significa?

“Sería bueno tener un local fuera de la ciudad de México, pero entonces tendríamos el problema de la distribución. Cómo me harían llegar el material impreso y cómo lo entregaríamos? Esta ciudad concentra cantidades tan enormes de recursos, ya sean económicos, políticos o físicos, que no es fácil salir de aquí.

"Ya veo. Es un círculo vicioso.

"Exactamente.

“Lo que hacemos, entonces, es alquilar un lugar ahora dentro de la ciudad, y luego comenzamos a planificar con anticipación otra oficina en una ciudad más pequeña, en algún momento en el futuro. Qué tal?

"Suená bien.

“Y creo que nuestra oficina también debería estar relativamente cerca de donde tu vives.

"Por qué?

“Porque no quiero que te vuelvas loca conduciendo con este tráfico.

“Gracias, pero creo que es demasiado tarde. Mi cordura ya está en duda.

"Disparates. Eres la mujer más racional que he conocido.” dijo, y lo decía en serio.

"Por eso me gustas; tu eres tan inteligente, que reconoces algo bueno cuando lo ves.

"Bien. Ahora pongámonos manos a la obra.

14

Miraron en varios lugares, pero ninguno reunía todos los requisitos; algunas eran demasiado pequeñas, otras demasiado grandes; la mayoría de ellos no tenían teléfono.

“No pensé que sería tan complicado.

"Te lo dije."

Buscaron durante todo el día y se detuvieron sólo para almorzar. Paul quería ir a comer a un restaurante elegante, pero siguiendo el consejo de Lorena fueron a una fonda . Era un lugar pequeño. Tenía sólo cuatro o cinco mesas y estaba regentado por una familia; la madre cocinaba, la hija llevaba los platos a la mesa y el padre limpiaba los pisos, recolectaba dinero y hacía todo lo demás.

Estaba limpio y Paul estaba muy sorprendido de lo buena que era la comida.

Se llamaba Comida Corrida y tenía dos sopas; el primero era 1 Sopa de Fideo, que era una pasta fina

parecida a un espagueti en una salsa de tomate líquida. Luego comieron arroz rojo, con la opción de elegir entre un huevo frito o un plátano en rodajas encima; Paul eligió el plátano y Lorena el huevo.

Luego fue Chiles Poblanos. Eran grandes pimientos parecidos a jalapeños, cubiertos con una salsa a base de crema, rellenos de carne molida y queso. Fueron servidos con frijoles fritos al lado.

De postre tomaron café y flan.

"Te gustó?"

"Me encantó."

"Esa es una verdadera comida mexicana."

"Es genial."

Paul se alegró aún más cuando pagó la cuenta. No podía creerlo. Cuando hizo la conversión era algo así como un dólar y medio por persona.

"Es así? Estás segura?" le preguntó a Lorena varias veces.

"Sí estoy segura."

Le dejó una gran propina a la camarera.

Cuando retomaron la búsqueda tuvieron los mismos problemas que antes, pero también encontraron que



algunos de los lugares que ahora buscaban se estaban saliendo del camino, lejos de las grandes avenidas como Insurgentes y División del Norte.

Finalmente encontraron algo. No era una oficina. Era una casa.

Dos pisos, bien mantenidos. Tenía garaje para dos autos y estaba a sólo tres cuadras de la Avenida Universidad.

Sólo tenía una línea telefónica, pero el resto estaba bien.

“Podemos utilizar todo el piso inferior y el garaje para almacenamiento, y el piso superior para oficinas. Qué opinas?”

“Yo digo que lo tomemos”, respondió Paul. Después de la advertencia de Lorena y de la experiencia que tuvieron durante todo el día, supo que era lo mejor que obtendrían.

Hicieron un trato con el propietario sobre el precio, que a Paul le pareció elevado, y el contrato se cumplió rápidamente, pero luego surgieron más problemas; el propietario exigía dos cartas de recomendación, una fianza, un aval como garantía, tres meses de fianza, un alquiler por adelantado, un mes extra como fianza para el teléfono... Jesús, pensó Paul. Crees que estas

alquilando el Palacio de Buckingham?

El hombre también les advirtió que tendrían que obtener permiso del gobierno para usar la casa como oficina antes de poder usarla como tal.

"Bueno, sólo tenemos que volver cuando lo tengamos todo". Dijo Paul, desanimado y cansado.

"¿Quieres que te aparte la casa?"

"Sí."

"Entonces tienes que dejarme un depósito por ello."

Paul le dio el dinero. El hombre le dio una carta escrita a mano.

"Lo mantendré durante setenta y dos horas. No más. Si no regresas para entonces, perderás el depósito", les dijo el dueño de la casa mientras cerraba la puerta.

Paul miró a Lorena a los ojos.

"¿Crees que llegaremos a tiempo?"

"Va a ser difícil. Será mejor que empiece a moverme, no?"

"¿Adónde vas?"

"Voy a ver a unos amigos míos para que me den las

cartas de recomendación. Con suerte, también aceptarán ofrecer la garantía colateral.

"Bueno. Mañana por la mañana sacaré un bono e iré al banco a buscar el resto del efectivo para los depósitos.

“Lo único que será imposible conseguir mañana es el permiso del gobierno. Tardan mucho, si es que los dan.

"Déjame a mí. Tengo una idea. Solo consigue esas cartas y el resto de los documentos que pidió. Okay?

"Okay.

Esa noche fue a cenar con Eugenia.

Su hermana estaba espléndidamente hermosa cuando el gerente del lugar la acompañó a la discreta mesa que ella había solicitado. Estaba en un nivel diferente al resto del restaurante, que era muy elegante, donde estaban a salvo de miradas indiscretas.

"Bienvenido, guapo ". dijo ella, y lo besó en ambas mejillas.

“Te ves encantadora.

"Tú también.

“Y el lugar es genial.

“Verdad? Es una de las mayores tradiciones de México. Nunca podrías decir realmente que has estado en la Ciudad de México a menos que hayas estado aquí.

"Puedo ver porque.

“Pero no vamos a perder el tiempo hablando de restaurantes. Tenemos muy poco tiempo.

"Por qué?

“Porque le pedí a mi esposo que se uniera a nosotros aquí. Estará aquí en cualquier momento, así que date prisa.

"Con qué?

“Date prisa y cuéntame todo lo que pasó con don Octavio. Me muero de curiosidad.

Paul le dijo a grandes pasos. No entró en detalles ni le contó la orden que había oído dar a don Octavio por teléfono. Pero aparte de eso, le contó prácticamente todo.

“Será un buen negocio para ti?” dijo ella.

“Sí, eso creo.

“Bueno, debería haber sido mucho más generoso contigo, sabes? Es un hombre muy rico. Y bueno, nunca te ha dado nada. Y mamá? Qué pasa con nuestra mamá? Te contó algo sobre ella?

Paul decidió mentir. No quería lastimar a Eugenia.

"Poco. Lo siento.

“No lo estés.

“Sin embargo, me advirtió que no dijera que soy su hijo.

“Él hizo eso? Viejo cabrón! No lo creo! Después de todos estos años sin verte, todavía tiene el descaro de pedirte algo así? Y le dijiste que se jodiera, por supuesto.

Eugenia estaba enojada. A Paul le parecía divertida la forma en que ella se enojaba y perdía el control cuando se enojaba. Ella le recordaba a... él mismo.

“No me dio tiempo. Estaba saliendo de la habitación mientras lo dije.

“Bueno, si yo hubiera sido tú, habría corrido tras él y le habría dado un puñetazo en la nariz. Que viejo tan grosero. Él es lo peor.

“Bueno, bueno, bájale. No es tan importante, sabes? Después de todo, yo tampoco lo considero mi padre. Entonces estamos empatados.

"En eso tienes razón.

“Además, tengo un nombre diferente. Así nadie se dará cuenta...

“Amorcito! Aquí estamos!” Eugenia gritó de repente. Se levantó de su mesa y corrió a abrazar a un hombre alto; Era delgado, fuerte, con una espesa

melena de pelo negro encima de la cabeza y llevaba gafas. Tenía un bigote cuidadosamente arreglado. Cuando se acercó a la mesa y extendió la mano, Paul vio la inteligencia de sus ojos. He aquí un tipo inteligente, se dijo Paul.

“Mira amorcito, este es mi hermano perdido hace mucho tiempo.

“Quihubo cuñado”, dijo confiado, con una amplia sonrisa.

“Mucho gusto ”. dijo Paul.

“José Sebastián Sarabia”. dijo el marido de Eugenia.

“Paul Chadwick.

“Se hace llamar Paul Chadwick porque ese era el nombre de la familia gringa que lo adoptó. Verdad Paul?

"Exactamente.

“Pero su verdadero nombre es José Ramón, y esta es la primera vez que viene a México, y no...

“Eugenia, cállate un momento. Shh, ya callate. Déjalo hablar”. ordenó José Sebastián. Luego miró a Paul. “Sabes, es obvio que ustedes dos son hermanos.

Quiero decir, el parecido es asombroso.

“A la misma conclusión llegué la primera vez que vi a Eugenia.

"Cuándo fue eso?

“Hace aproximadamente un mes, la última vez que estuve en Estados Unidos”, dijo Eugenia.

“Por qué no lo dejas hablar?” dijo José Sebastián. Mantuvo sus ojos inteligentes fijos en el rostro de Paul. Tenía una mirada muy intensa, como si estuviera examinando una muestra de algún virus extraño.

“Eugenia tiene razón”. dijo Paul.

"Muy bien. Y ahora cuál es el motivo de tu visita?

"Te ruego me disculpes, pero no entendí...

“Por qué estás en México?”

"Bueno, yo..."

“Pepe, lo prometiste...”

José Sebastián Sarabia miró sorprendido a su esposa y entonces recordó algo. Inmediatamente se relajó.

"Tienes razón. Lo siento, cuñado. Tengo la vieja costumbre de interrogar a la gente. Viene con el



trabajo, ya sabes, y parece que no puedo deshacerme de ello. Lo siento de nuevo.

"No te preocupes. Pero cuál es tu trabajo?"

"Quieres decir que no lo sabes?" Preguntó José Sarabia con tono superior. Parecía realmente sorprendido.

"Sé que usted es Ministro de algo..."

"Soy el Secretario de Gobernación. Ministro de Gobierno, por así decirlo.

"Muy bien.

"Sí, bueno, a mí me nombraron hace poco. El que estaba delante de mí de repente se enfrió..."

"Murió?"

"...después del fiasco con los perredistas, ya sabes..."

"Lo siento, pero no sé mucho al respecto.

"Ah, sí, se me olvidaba que eres gringo, no?"

"Exacto. Es la primera vez que estoy en México.

"Bueno, felicidades por tu español. Es de primera. No tienes ningún acento.

"Gracias. Crecí en Texas y había muchos mexicanos allí.

"Lo sé. De todas formas, el Ministro de Gobierno en México sirve para dos cosas.

"Cuáles son?

"Para darle información al Presidente y mantener la paz en el país. Mi predecesor no hizo ninguna de las dos cosas. Entonces perdió la cabeza.

"Quieres decir que lo despidieron?

"Por supuesto. Qué otra cosa? Ah, claro. Bueno, Paul, vas a tener que dejar todas esas nociones preconcebidas que tienes en la cabeza sobre México. Ya no matamos gente, sabes? Simplemente los despedimos". José Sarabia se rió de su propio ingenio. Eugenia también se rió. Tenía una risa deliciosamente contagiosa y Paul empezó a reír también. Esta carcajada pareció relajar a todos por fin. José Sarabia aplaudió.

"Pero qué tipo de pésimo servicio ofrecen en este garito?

"Lo siento señor, pero estábamos esperando que el distinguido Secretario de Gobernación nos diera el visto bueno". dijo el gerente, con una sonrisa maliciosa y una ligera inclinación de cabeza.

"Bueno, el Secretario de Gobernación tiene mucha

sed. ¿Trae el champán!

"Sí, señor! En seguida, señor!.

“Perdona mi ignorancia Sebastián, pero me gustaría mucho que me explicaras cómo funciona la política en México. Sé muy poco al respecto.

"Sí, lo sé. Es el malestar gringo.

"Disculpa?

“Así llamo yo a ese tipo especial de ignorancia acerca de México que tiene el ciudadano estadounidense promedio. La sociedad más avanzada del mundo, la que tiene tanto conocimiento tecnológico que no sabe qué hacer con él, nunca ha podido entender a sus vecinos. Es asombroso, si lo piensas.

“Especialmente en mi caso, si consideramos mi lugar de nacimiento. No tengo excusa. Por favor, perdóname.

“No es culpa tuya, cuñado; es la sociedad en la que vives.

¿Salud!

“Salud!

El Secretario de Gobernación pareció complacido

por la actitud humilde de Paul. Poco a poco, Paul comprendería que Sebastián Sarabia era un hombre arrogante, engreído e intolerante con cualquiera que no estuviera de acuerdo con sus palabras. Incluso por su forma de hablar, parecía estar enseñando en un jardín de infancia. Era un fanático de sí mismo. Nadie más que él tenía las respuestas, y cuando alguien más intentaba dar una opinión, era inmediatamente descartada como si hubiera sido la opinión de un niño. Paul se preguntó si esa era la forma en que hablaba con el presidente del país.

“Entonces estabas a punto de explicarme cómo funcionaba la política en México.

"Ah, sí. Por supuesto. Bueno, no es tan difícil, la verdad. Por eso es tan extraño que tu país no nos entienda. Somos un país muy sencillo”. dijo con una sonrisa en su rostro que parecía negar sus palabras.

“Verá, nuestro mayor problema histórico ha sido los Estados Unidos de América. Por qué? Porque somos muy independientes. A Washington no le gusta eso. Pero al final tienen que lidiar con nosotros, no? Pero no nos entienden. Por eso dedicamos una enorme cantidad de tiempo a abordar los errores y conceptos erróneos de Estados Unidos. Te diré que es francamente aburrido.

“Esa es su política exterior.

"Exacto.

“Pero preguntaba más acerca del frente nacional. Ya sabes, cuántos partidos tienes, quién tiene el poder, quién es de izquierda y quién de derecha, ese tipo de cosas.

"Oh bien. Eso es muy fácil de responder. Hum, a ver... Voy a tener que darte un curso intensivo sobre política mexicana. Bien, comencemos con el siglo.

En 1900 habíamos tenido treinta años de un solo presidente; Porfirio Díaz. Había sido un héroe durante la invasión estadounidense de 1848 y durante la guerra con los franceses y su emperador Maximiliano.

Porfirio Díaz fue un hombre honesto, que amaba entrañablemente a México y entendía a los mexicanos como pocos políticos en nuestra historia. Los mexicanos también lo amaban. Siempre estuvo pensando en el mejoramiento del país y propició una de las mayores expansiones económicas de nuestra historia. Pero tenía un gran problema; no sabía cuándo decir adiós. Así que se aferró a su poder durante demasiados años. Se convirtió en dictador.

En 1910, un hombrecillo frágil llamado Francisco I. Madero desafió a Porfirio Díaz en las papeletas

electorales. Díaz se declaró vencedor y Madero se levantó en armas contra Díaz. Díaz vio al país entero levantarse y, para evitar lo que sospechaba que se convertiría en un baño de sangre, se exilió en París. Murió allí años después, tras ver cumplida su predicción; De catorce millones de mexicanos, dos millones murieron en esa revolución”, dijo, y esperó a que sus palabras penetraran en la conciencia de Paul.

“Dos millones de catorce”. dijo Eugenia, como para subRoyar las cifras.

"Casi el quince por ciento de toda la población". dijo José Sebastián Sarabia echando más champán en las copas de todos.

“Son muchas personas muertas.

"Sí. Los mexicanos tenemos una relación especial con la muerte, ya ves. Nos importa una mierda”. dijo José Sarabia y sonrió.

"En realidad?

"No claro que no. Pero nos gusta pensar que sí. De todos modos, Madero había ganado la primera batalla, pero después de un año en el poder como presidente, perdió la guerra; fue asesinado en un Golpe de Estado liderado por un alcohólico influenciado por el embajador estadounidense en México en ese

momento.

“Después de la muerte de Madero hubo una enorme lucha por el poder. En todo el país hubo levantamientos de izquierda y derecha contra el asesino de Madero; los generales de todas partes declararon la guerra a la presidencia espuria; Incluso las personas que habían sido enemigos acérrimos de Madero no podían quedarse impasibles y ver cómo un traidor tomaba el poder. El presidente Wilson, que acababa de llegar al poder en Estados Unidos, adoptó una postura ética y se desvinculó él mismo de los actos de su embajador en México. En poco tiempo, el borracho de mierda que había perpetuado el crimen fue expulsado de la silla presidencial y del país. Por cierto, murió de cirrosis en una cárcel estadounidense. Pero su partida dejó un agujero aún mayor en la estructura de poder de la revolución. Había caudillos por todas partes; en el norte estaban Villa y Carranza, y Obregón y Calles; en el sur estaban Zapata y Felipe Ángeles y muchos más. Estaban por todas partes y cada uno tenía una razón válida para disputarse el poder. Durante los siguientes 15 años lucharon entre sí y con los sucesivos gobiernos. Fue un desastre. La gente seguía muriendo y el país no podía encontrar la paz.

El Ministro hizo una pausa.

“Qué tal si hacemos el pedido ahora? Estoy empezando a tener hambre.

“Yo también”, dijo Eugenia.

“Te gustaría compartir un Chautaubriend?” —le preguntó José Sarabia a su esposa. Ella sonrió.

“Qué idea tan maravillosa, mi amor”, dijo con una dulce, dulce sonrisa.

“ Y sopa de hongos ?”

"Oh sí. Cómo logras adivinar lo que quiero todo el tiempo? ella preguntó. Paul la miró fijamente, sorprendido sin fin. Paul no pudo reconocer a su hermana. Toda la energía, la inteligencia, la calidez y la risa que él había llegado a amar en ella, habían sido suplantadas por una actitud abiertamente pasiva, quejosa y manipuladora. Era como si fuera una mujer diferente. Incluso la forma en que miraba a su marido era falsa. Falsa. Esa era la palabra adecuada para definir toda su actitud; ella estaba fingiendo todo el tiempo. Desde que llegó José Sebastián, ella había adoptado un papel. No encontró en Eugenia el motivo de tal cambio. Y no le gustó.

“Y usted, señor?”



“Quiero la Sabanita ”, preguntó Paul. “y Sopa de Fideo

“Buena elección”, dijo José. “Además, tráenos una botella de tinto.

“Rin?

"No. Trae un vino mexicano. Tenemos que mostrarle al hermano de mi esposa la calidad de nuestros vinos mexicanos, no les parece?.

“Por supuesto, señor Secretario. Con su permiso.

El hombre se retiró con una leve reverencia.

“Espero que te guste la comida mexicana.

"Estás bromeando? Me encanta.

"Bien bien. Entonces no todo está perdido.

"Para nada.

“~Salud!

“Salud!

“Amorcito , y luego qué pasó? “ dijo Eugenia con voz de niña.

"Con que?

“Con la revolución, corazón . Cuentas muy bien la historia. Me encanta oírte contarla.

José Sarabia sonrió, satisfecho con el cumplido.

"Ah, sí! Bueno, ahí estábamos, con un país desgarrado en muchos fragmentos sangrientos, levantamientos de izquierda y derecha, con un gobierno central tan débil que corría el riesgo de desaparecer cada dos semanas bajo el peso de cientos de caudillos con sus ejércitos personales por todas partes. Lo peor de todo es que el país no tenía una ideología que le permitiera ganar fuerza. Álvaro Obregón hizo un trabajo extraordinario al deshacerse del más poderoso de los caudillos, pero cuando fue asesinado -a tres cuadras de aquí, por cierto-... Lo mataron justo después de haber sido reelegido para un segundo período en la presidencia. Entonces fue evidente que había que hacer algo para detener el derramamiento de sangre. Fue entonces cuando Plutarco Elías Calles, quien había sido una figura clave durante los años de Obregón y ahora era presidente, tuvo una idea extraordinaria. Uno que daría origen a la herramienta política más perfecta jamás ideada en el mundo".

José Sarabia hizo una pausa teatral.

"Que era?" preguntó Paul.

"El PRI. El Partido Revolucionario Institucional,

por supuesto. Bajo Calles recibió otro nombre, pero la semilla estaba plantada. Reunió a decenas de dirigentes y los invitó a formar un partido político bajo una premisa muy sencilla; No tenía sentido matarnos unos a otros constantemente, les dijo, entonces por qué no compartimos el poder dentro de una sola estructura? De esa manera todos tendremos la cantidad de poder y gloria que merecemos. Así nació en 1929 el PRI, con más de cien líderes regionales respaldándolo. El país fue dividido en zonas de influencia y el poder supremo, la presidencia, debía rotarse entre las diferentes familias o grupos. De esta manera todos estarían seguros de su tranquilidad física y mental.

La idea funcionó tan bien, que muy pronto en México se hizo realidad la máxima declarada por Fidel Castro muchos años después; dentro de la revolución, todo: fuera de la revolución, nada. El partido mismo se convirtió en la revolución.

“Por eso es Partido Revolucionario Institucional...”

“Genial. No lo crees?”

Esa idea provocó los cambios más importantes que el país necesitaba. El cambio social y económico fue posible gracias a la estabilidad que hizo posible el

partido. Y en el proceso perfeccionó su activo más importante; la no ideología. El hecho mismo de que el partido estuviera compuesto originalmente por cientos de líderes de todos los niveles de la sociedad y de muchos tipos diferentes de ideas sobre lo que debería ser el país, hizo imposible la imposición de una ideología única. Todo lo contrario de lo que sucedía en Rusia en aquel momento. Dentro del PRI hay gente de todos los colores. Lo que sea lo tenemos. Y esa no ideología se convirtió el arma más importante de mi partido. Nada ni nadie podrá vencernos.

"Nada?"

“Sólo desde dentro se puede cambiar el partido. Pero quién querría hacer eso? Sería como suicidarse. Controlamos todos los aspectos importantes de la sociedad mexicana, empezando por la economía. Gracias a nosotros el país ha conocido casi setenta años de desarrollo pacífico. Ningún otro país puede igualar ese récord”.

José Sarabia se detuvo para permitir que los camareros recogieran los platos. Había comido mientras hablaba, tragando la comida sin detenerse a respirar, en una actuación fascinante. Estaba tan orgulloso de sí mismo que parecía brillar.

Paul también terminó su enorme y delgada estaca y sonrió. "Esa es toda una historia.

"Y verdadero. El desarrollo de mi partido y su enfoque innovador de la política se estudian en las principales universidades del mundo. Por qué? Porque, como dije antes, es la herramienta política más avanzada jamás ideada. Sabes lo que declaró Felipe González -el presidente del Gobierno socialista de España- cuando asumió el poder? Que su mayor aspiración era convertir a su Partido Socialista en otro PRI.

"Qué pasa con las acusaciones de corrupción presentadas por la oposición?

"Ellos están en lo correcto.

"Lo están?" dijo Paul, sorprendido. Eugenia también levantó la vista, con un tenedor en la mitad de la boca.

"Si seguro. Tenemos corrupción. Tal como lo tienes en Estados Unidos, y lo tienen en Francia, en España y en todas partes del mundo. La corrupción es un problema universal, como ves. No es único de México, ni de los priistas.

Eugenia pareció revivida y terminó de comer con un suspiro.

"Entonces?

“Así que sólo tenemos que hacer ajustes, eso es todo. Ponerlo más difícil para aquellos que piensan que el partido es una forma de enriquecerse. Si lo piensas bien, es un pequeño problema. Es sólo un problema de administración.

“He oído a alguien más expresar exactamente la misma opinión.

"Verás? México saldrá de sus problemas actuales y seguirá creciendo y prosperando gracias a mi partido. Verás.

“Y tal vez seas el próximo presidente?

"Pero por supuesto." dijo Eugenia. “Lo dudas?

"Para nada."

José Sebastián sonrió.

“Bueno, eso está fuera de mi control, por supuesto. Pero con fans como mi esposa a mi lado, quién puede detenerme?

Todos se rieron.

“Y recuerda que cuentas con todo el apoyo de mi padre.

“Brindemos por eso!

Chocaron sus copas.

Catorce meses después, Paul empezó a sospechar que algo no estaba bien.

Durante el último año había trabajado día y noche en su negocio y ahora, además de tener más clientes que nunca en Orlando y San Petersburgo, estaba haciendo una enorme cantidad de trabajos de imprenta para don Octavio Terrazas. Los pedidos de impresión de las empresas de don Octavio mantenían sus máquinas ocupadas 12 horas al día, y se había ampliado comprando otras 5 máquinas offset, una encuadernadora, una máquina de coser, dos cortadoras de papel electrónicas y muchos otros equipos más pequeños que ayudaron a proporcionar la servicios requeridos por las diversas empresas de don Octavio en México.

La cantidad de trabajo involucrado mantenía a Paul muy ocupado y durante la mayor parte del día estaría atendiendo las necesidades de su empresa, que estaba creciendo a buen ritmo. Calculó que, si mantenían el



mismo ritmo, al año siguiente tendrían ingresos de 20 millones de dólares.

Nada mal.

Pero luego empezó a sospechar.

Primero fue el asunto de los encargos de impresión que venían de don Octavio.

Gran parte de ellos no tenían sentido.

Aunque muchos de los pedidos de impresión eran formularios comerciales estándar y material impreso relacionado, la mayoría de los otros trabajos no tenían sentido y muchos de ellos parecían simplemente tontos.

Una de esas pequeñas empresas que don Octavio poseía por decenas, por ejemplo, había encargado medio millón de folletos, tamaño doble carta y luego doblados en dos. Y no tenía mucho impreso.

Otro tenía un pedido semanal permanente de 20 mil folletos sobre “cómo bañar a los recién nacidos”, que regalaban en las calles de México. Como promoción hubiera estado bien, excepto que el folleto no promocionaba a nada ni a nadie, lo cual era extraño.

Otro había ordenado una tirada mensual de 100.000 revistas. Eso no fue extraño; excepto que la revista no tenía publicidad y muy poca gente la compraba porque estaba mal distribuida en México. Paul lo sabía por sus viajes mensuales a México y sus contactos telefónicos diarios con Lorena. La revista no parecía estar ganando dinero. Al contrario, parecía estar perdiendo mucho dinero porque Lorena había visto camiones cargados de la revista tirándolas en las calles de México.

A don Octavio no pareció importarle.

Luego se trató enviar todo el material impreso a un almacén específico que don Octavio poseía en Texas.

Paul había tratado de explicarle a don Octavio -nunca tuvo tiempo de llamarlo de otra manera- que sería más barato y más rápido enviar los pedidos directamente desde Tampa a Veracruz, en barco, y luego de allí en camión a México.

Don Octavio no se negó; simplemente colgó el teléfono, lo que se había convertido en una reacción a la que Paul se había acostumbrado. Cada vez que a don Octavio no le gustaba algo colgaba el teléfono y Paul no podía hablar con él hasta que pasaba aproximadamente una semana. Nunca había vuelto a

ver a su padre. Él y don Octavio hablaban ocasionalmente por teléfono y, aparte de algunas preguntas frías sobre la salud de cada uno, la conversación se limitaba a negocios.

Así que Paul no tenía a nadie que realmente pudiera responder a sus preguntas, ni a nadie a quien expresarle sus sospechas.

En realidad, cualquier cosa que sucediera fuera de su imprenta no era asunto suyo y él era consciente de ello. Una vez que el material impreso salía de su propio almacén, él quedaba fuera de peligro, legalmente y de otro modo.

Aun así, se sentía incómodo.

Algo extraño estaba pasando y no le gustaba.

Habló de esto con Eugenia la siguiente vez que ella lo visitó en Florida.

La reacción que ella tuvo lo sorprendió y lo intrigó incluso más.

Se habían visto constantemente, ya sea en México o en Estados Unidos. Aunque ella nunca le dijo exactamente qué tipo de negocios la traía a veces semanalmente a Estados Unidos, él sabía que ella parecía tener muchos intereses en los estados a lo largo de la frontera. Viajaba a California al menos una vez al mes, a Texas cada dos semanas y ahora, a Florida, iría al menos cada dos meses.

Muchas veces cuando estaba en Florida lo llamaba con anticipación y planeaban sus fechas tan cuidadosamente como un asalto militar, porque la mayoría de las veces ella traía invitados en sus viajes; amigos y socios comerciales a los que tenía que atender. Pero ella se las arreglaba para encontrar tiempo libre y salían los dos a cenar, y cada vez iban a

un lugar diferente ya sea en Orlando, o en Tampa, o en Miami, o en San Agustín o donde fuera que el viajaba para conocerla. En México intentaba hacer tiempo y almorzar con él siempre en la Cafetería del Parque, lo que se había convertido en una especie de ritual.

Esta vez Eugenia y Paul se reunieron en Cedar Key, una pequeña isla frente a la costa cerca de Gainesville, en el Golf de México, donde ella dijo que estaba planeando comprar una casa. Había llegado en avión dos días antes, con un grupo de seis personas. Consiguieron el piso superior del hotel principal de Cedar Key, y cuando Paul llegó, habiendo cometido el error de conducir su propio coche, la llamó desde el mostrador de recepción.

“Oh, me alegro mucho de que estés aquí. No puedo soportar este lugar ni un minuto más. Estuve a punto de tomarme un valium para relajarme, pero ahora que estás aquí soy mucho más feliz. Pero nunca compres una casa en Cedar Key, cariño, porque ni siquiera tienen aeropuerto. Quiero decir, tienen esta pequeña pista de aterrizaje, sabes? Las pistas de mi padre son más largas y más grandes. Me puso muy nerviosa aterrizar aquí. Prefiero estar en los Cayos. Los otros Cayos. Los originales de Miami. Sabes?”

“Obviamente no te gustó Cedar Key.

“Al contrario, querido. Me encantó. De hecho acabo de comprar una casa aquí.

"En realidad?

"Sí. Es un lugar precioso y la gente es encantadora, pero estoy decepcionada porque no es lo que esperaba, sabes? Tengo un problema con Florida. No sé qué es, pero dondequiera que voy veo demasiadas personas mayores, sabes?

Paul se rió.

“Pero, por supuesto, ves gente mayor por todas partes. Florida es la capital mundial de los jubilados, no lo sabías?

"Hablas en serio?

"Sí, lo soy.

“Eso lo explica todo entonces.

“Por qué compraste una casa aquí?

Eugenia respondió con total naturalidad.

“Para la inversión. Pero esperaba algo más. Sabes. No una casa, sino un hogar.

“Qué tipo de lugar estás buscando? Eugenia sonrió.

"No sé. Te lo diré cuando lo encuentre”. ella dijo.

Siempre era así cuando se trataba de sus actividades personales; ella siempre encontraría una manera de evitar las respuestas.

Paul le contó sus sospechas sobre el negocio.

“Creo que alguien le está robando a tu padre”, dijo, y le explicó todo.

Cuando terminó, ella sólo sonrió.

“Les prometo que hablaré con él tan pronto como regrese a México”, dijo. Y ella lo hizo. Paul recibió una llamada del secretario de don Octavio para concertar una cita para reunirse y hablar en México, pero sólo dos días después ella volvió a llamar para cancelar.

No le dieron explicaciones.

Esa misma noche Eugenia lo llamó también con la tremenda noticias.

"Ya la tiene!" ella gritó por teléfono.

"Qué?"

"Mi esposo! Ya la tiene!"

“Tiene qué?”

“La nominación, tonto! Él va a ser el próximo presidente de México.! Enciende las noticias!” gritó y

colgó el teléfono.

Durante los siguientes tres meses Paul no pudo ver ni a Eugenia ni a don Octavio. Ambos estaban demasiado ocupados con el candidato como para distraer su atención ni siquiera por un minuto. Así que Paul se quedó en Florida y se concentró en el negocio.



Durante sus visitas a México, Paul llegó a conocer mejor a su padre. Y cuanto más lo conocía, menos le gustaba.

No porque no fuera encantador. Por lo contrario. Su padre tenía una tremenda capacidad para encantar a la gente cuando quería sacarles algo. Fue toda una actuación que Paul vio varias veces, cada vez más asombrado por la enorme facilidad con la que don Octavio encendía el encanto de repente, como si encendiera la luz, y como la luz misma ese encanto cegaba a todos los sometidos a su brillar. Era abrumador. En un momento don Octavio estaría cavilando y el mal humor oscurecería su rostro y su alma, y todo su ser enviaría señales de peligro. En esas ocasiones, Paul había sentido que estaba parado frente a un animal herido, listo para arremeter y atacar a todo lo que se le acercara. Era como un tipo especial de olor que su padre emitía entonces, como una radiación invisible de odio y crueldad lista para ser liberada.

Y al minuto siguiente activaría el hechizo y la oscuridad desaparecería, la luz sería cálida y acogedora, el humor inteligente siempre dispuesto, el ingenio entrañable, la curiosidad infinita y la capacidad de hacer que su objeto de atención se sintiera como el persona más importante del mundo. Era una actuación extraordinaria que, en sí misma, resultaba fascinante de ver. Fascinante en el verdadero sentido de la palabra, porque Paul siempre sintió la atracción mezclada con repulsión ante las manipulaciones de don Octavio.

En noviembre, Paul fue invitado a celebrar el cumpleaños de don Octavio. La fiesta se iba a realizar en su rancho, una hermosa extensión en un estado al norte del país, a doce horas de la ciudad en auto. Roca del Toro, el rancho, estaba en el estado de Sonora y muy cerca de la frontera americana. Sólo tardaron una hora y quince minutos en llegar volando en el avión de don Octavio.

“Los caballos españoles son los mejores animales de la historia del mundo”, le dijo don Octavio a bordo del avión durante el sobrevuelo. “Son fuertes, inteligentes y extraordinariamente hermosos. Compré diez yeguas de los establos del rey español hace tres años y al cruzarlas con caballos mexicanos estoy

criando un nuevo tipo de caballo. Se llama Azteca. Tiene las mismas ventajas del caballo español, pero nuestros animales tienen una virtud añadida; son prácticamente incansables. Tienen menor luz y altura, es cierto, pero lo compensan con su tenacidad. Verás."

"Son para carreras?"

"Dios mío, no. Sirven para todo: son lo suficientemente fuertes para trabajar con ellos, tan rápidos que puedes competir con ellos, inteligentes para aprender Pasofino, y tan valientes que puedes enseñarles a torear..

"Corrida? Como en un ruedo? Con un toro?"

"Ay, Dios mío, eres muy tonto. Sí. Toreo. Rejoneo , se llama. Nunca has visto un rejoneo ? No, no lo creo. Ustedes, gringos, son raros. Les encanta matar y mutilar gente en el fútbol, pero todos se quejan y lloran como ancianas por matar un par de toros en el ruedo. Y luego salen de allí y se van a comer un buen filete de los millones de vacas y toros que nos comemos todos los días. Eso es realmente extraño.

"Algunas personas piensan que es injusto para el toro.

"Injusto mi trasero. Me gustaría verte allí de pie, en medio de la plaza de toros, sin nada más que una capa

para protegerte de la fuerza bruta y salvaje de un animal que pesa siete veces tu propio peso, un animal que tiene un par de cuchillos afilados en la cabeza, sabe cómo usarlos mejor que tú sabes usar tu pito, y se mueve más rápido que un boxeador bien entrenado. Ahora dime quién tiene la ventaja.

“Pero el torero tiene espada, y capote, y su inteligencia...

“El único que cuenta es el último, mi niño ignorante. La espada no entra a jugar hasta el final de la fiesta, la capa no te protege de nada, ya que ni siquiera un escudo metálico resistiría la fuerza de media tonelada de músculo golpeándote de frente. No. La única diferencia real es la capacidad del hombre para razonar y engañar a su enemigo. De eso se trata la fiesta. El toro también es inteligente, sabes? Muy inteligente. Por eso los toros nunca se usan dos veces en una fiesta; porque aprenden rápido. Se enteran de que detrás de la capa hay un cuerpo y muy pronto empiezan a buscarlo con esos cuchillos. Esos cuchillos son tan sensibles que el toro los utiliza como una especie de antena; pueden medir qué tan lejos está el enemigo y apuntar a un punto preciso de su cuerpo. No muchacho, tienes mucho que aprender”, dijo don Octavio en tono despectivo. Siempre parecía alegrarse

cuando encontraba algo con lo que podía demostrarle a Paul que era un ser humano superior.

Llegaron al rancho unos minutos después, y Paul caminó con él a través del prado mientras don Octavio hacía preguntas a sus sirvientes y daba órdenes que debían cumplirse de inmediato. Un bonito caballo blanco estaba preparado para él y un hombre bajo y gordo lo sujetaba por las riendas. Era un animal de aspecto poderoso, que se movía constantemente, y muy nervioso pateaba y trataba de morder la mano o la cara de su amo todo el tiempo.

Mientras don Octavio se cambiaba de ropa y se ponía las botas y las espuelas, Paul caminaba por el rancho.

Roca del Toro hizo honor a su nombre. Significaba, literalmente, Bull's Rock, y eso es exactamente lo que era: una enorme roca con la forma de un toro alzándose contra el océano.

El rancho de su padre, enorme y espectacular como todas sus posesiones, fue construido en lo alto del acantilado más alto de Roca del Toro, cerca de Puerto Peñazco, frente al Mar de Cortés. Mar de Cortés y Golfo de California eran los dos nombres utilizados para denominar a la misma franja de océano que

separaba Baja California del continente en México.

Había tres formas de acceder a la mansión situada en lo alto del acantilado. Uno era por tierra, y que era utilizado por la gente que venía de Puerto Peñazco. La segunda era por el océano tomando un bote a través del Mar de Cortés -que era tan pacífico que parecía más un lago que un mar- y luego amarrar el bote al pequeño puerto deportivo construido en la base del acantilado, donde guardaba don Octavio su yate y sube cien metros en línea recta. Don Octavio había construido ascensores especiales al costado del acantilado, pero la sal del mar corría la maquinaria y se estropeaban todo el tiempo.

El otro modo, por vía aérea, era el mejor y el más sencillo. Don Octavio había comprado suficiente terreno alrededor de su casa para construir una pista de aterrizaje. Paul y don Octavio habían llegado de la Ciudad de México alrededor de las cinco de la tarde, por lo que don Octavio tuvo oportunidad de descansar antes de la gran fiesta que iba a celebrar ese fin de semana.

El rancho fue construido con piedra volcánica, con el edificio principal alrededor de un ruedo de piedra. Todos los enormes ventanales daban al ruedo y al océano, por lo que la vista desde cualquier parte del

edificio era completamente espectacular. Había un enorme salón junto a la entrada principal, y luego un arco con escaleras que conducían al segundo piso y a las habitaciones privadas de don Octavio.

La forma en que el edificio había sido construido con piedra volcánica le daba un aspecto de poder antiguo, como una pirámide, lo que, junto con los acabados más lujosos que el dinero podía comprar, lo convertía un rancho muy impresionante. Alfombras ricas y profundas; gruesos tablones de maderas raras en las paredes y en los muebles; pinturas de Rivera, Orozco, Siqueiros, Pollack, un dibujo de Picasso y un pequeño Dalí, una escultura de Rodin de una mano sobre un soporte y muchas otras obras de arte de personas de las que Paul nunca había oído hablar. El mobiliario era grande y muy cómodo y estaba exquisitamente cuidado. Luego había una mesa muy grande, hecha de madera gruesa como un puño, donde podían sentarse cómodamente veinte invitados, y una barra con barandillas de cobre completada con elegantes escupideras de latón y un espejo que reflejaba la luz de los puntos enterrados en el techo. Las paredes estaban pintadas de brillantes colores tierra y el cuero de los muebles brillaba silenciosamente.

El resultado final era un salón confortable, cálido y al mismo tiempo abrumador por toda la riqueza que mostraba con orgullo.

Los invitados empezaron a llegar alrededor de las siete. El rancho se inundó de luces. Cuando Paul regresó de su gira, el salón ya estaba lleno de gente.

De repente se oyeron gritos desde el ruedo. Don Octavio estaba montado en su caballo, y hacía alarde de lo difícil, poderoso y peligroso que era el animal. Le gritaba al animal y el caballo corcoveaba tratando de deshacerse de su montura. Entonces los gritos de don Octavio amainaron. El animal se calmó y comenzó a realizar los trucos pasofino que le había enseñado su entrenador; paso , paso doble, retroceder, esquivar... el animal lo hacía todo. Para finalizar la exhibición, don Octavio hizo arrodillar a su caballo para poder desmontar. Fue un espectáculo convincente. Luego entró en el salón para tomar una copa y recibir las felicitaciones de sus invitados.

“Qué te pareció el caballo?”, preguntó don Octavio sentándose al lado de Paul en la barra. Algunas otras personas los rodearon.

“Espléndido”, lo admite Paul.

“Es uno de los primeros aztecas. Pronto esos



caballos serán famosos en todo el mundo, ya lo verás.

“Don Octavio, quién podría dudarlo. Un hombre como usted no podría producir un caballo menor”, dijo uno de los invitados, un hombre con gafas gruesas. Su deseo de complacer a don Octavio era embarazoso porque era muy obvio.

Don Octavio ignoró el complemento. Bebió su cuba libre como si fuera agua. Estaba sudando ahora. Con sólo una camisa y su ropa de montar parecía viejo, frágil, pequeño...

“Apuesto a que no subirías al ruedo con un toro”, dijo don Octavio.

Paul sintió el desafío y no pudo negarse. Fue un desafío directo para poner a prueba su virilidad. Era un juego que a don Octavio le gustaba jugar. Paul no estaba dispuesto a dejarlo ganar .

"Sí, lo haría.

"En realidad? A ver". Don Octavio se giró, cogió un radio de mano y dio órdenes a los peones del rancho para que sacaran un novillo .

“No tengas miedo, muchacho. Un novillo es un toro joven, muy pequeño. Él no te matará.

“No necesito una capa?” dijo Paul, desdeñoso.

“Por supuesto”, la sonrisa de don Octavio era pícara. “Aquí hay uno”, dijo, y metiendo la mano debajo de la barra le arrojó a Paul una capa doblada.

Paul salió al ruedo e intentó exhibir la capa como había visto hacer a los toreros. Se sentía ridículamente fuera de lugar y torpe, pero antes de que tuviera más tiempo para pensar en ello se abrió la puerta de los establos y salió un novillo. Inmediatamente corrió tras Paul, quien apenas tuvo tiempo de esconderse detrás de un burladero .

Quedó completamente sorprendido por la velocidad del animal. Y no parecía pequeño en absoluto. Paul sabía que era joven y pequeño, pero ciertamente no lo parecía. Se lo pensó dos veces antes de abandonar la protección del burladero, pero podía imaginarse al anciano riéndose a carcajadas allí arriba con el resto de sus invitados. Salió al ruedo.

El toro inmediatamente fue por él. Paul sostenía la capa frente a su cuerpo, torpemente, y el toro lo embistió de lleno. Tenía cuernos pequeños, sin embargo, y no le hirió. Paul cayó sobre su trasero, pero se puso de pie de inmediato. El toro volvió a atacarlo. Paul apenas tuvo tiempo de apartarse en el último segundo, y entonces entendió algo; el toro bajó la cabeza para embestir y durante fragmentos de un

segundo perdió de vista a su objetivo. El animal se programó para alcanzar el objetivo que estaba mirando y luego bajó la cabeza y durante uno o dos segundos perdió de vista el objetivo. Así los toreros conseguían engañar a los animales, que seguían el movimiento del capote sobre la arena mientras el torero permanecía quieto.

El toro atacó de nuevo y Paul volvió a moverse en el último momento.

Funcionó! El novillo pasó rozándolo con su cuerpo.

Animado, Paul arrojó la capa a la arena. De todos modos, no sabía cómo usarla. Se enfrentó al toro armado únicamente con sus nuevos conocimientos. Y se lo pasó muy divertido. En dos ocasiones más el torillo lo alcanzó, pero nunca más del todo, y una vez el novillo se movió en sentido contrario y Paul tuvo que agarrarlo por los cuernos. Pero el resto de las veces que el toro embistió, Paul pudo saltar a tiempo. Encontró irresistible la tentación de mostrar su nueva habilidad. Se puso las manos en la cintura, levantó la cabeza y llamó al toro, desafiándolo, y esperó hasta que el toro bajó la cabeza y luego se apartó de su camino. Cuando empezaba a divertirse mucho, la voz de don Octavio se escuchó por un altavoz.

“Saca ese novillo y trae más caballos”, dijo.

Los ayudantes del rancho saltaron al ruedo de inmediato. Uno de ellos le dio una palmada en la espalda a Paul.

“Bien hecho”, dijo, y corrió hacia el toro.

“Qué te pareció eso?”, le preguntó Paul a su padre, allá en el salón.

“Fue vergonzoso. No sabes nada de toreo.

"Me enseñaste que la idea es engañar al animal".

“Sí, pero con arte, no con payasadas. Un toro adulto te habría convertido en una pulpa.

Paul no discutió eso.

Su padre entró al ruedo, se montó en un caballo diferente y comenzó a trotar alrededor del ruedo. Uno de los ayudantes entró al ruedo empujando un carro construido como un toro. Incluso tenía una cabeza de toro real, disecada. El ayudante empujó el carro para imitar la embestida de un toro, y don Octavio condujo su caballo de tal manera que evitara ser golpeado en el último momento por los cuernos. Don Octavio estaba haciendo a caballo más o menos lo que Paul había hecho a pie unos minutos antes. Lo estaba haciendo, por supuesto, con mucho talento para el espectáculo,

pero Paul sabía que él también podía hacerlo con un poco de práctica.

Entonces don Octavio empezó a colocar rejonos en el lomo del toro mecánico. Los rejonos eran pequeñas lancetas con un arpón de acero en la punta. El arpón ayudaba a que los rejonos permanecieran en su lugar, enterrados en el lomo del toro. El ayudante empujó el carro cada vez más rápido y varias veces golpeó al caballo. La batalla llegó a un punto en el que parecía que el toro estaba ganando. Entonces, en un momento aterrador que detuvo toda charla y ruido en el salón, don Octavio clavó el rejón en el hombro de su ayudante, en el pequeño cerca del cuello.

El joven cayó al suelo, la sangre brotó como una fuente. Paul salió corriendo a ayudarlo.

“Un accidente, fue un accidente. Se movió en el sentido equivocado. Fue un accidente”, gritaba don Octavio. “¿Cómo está, dime cómo está!

“Necesitamos llevarlo a un hospital. Ahora!” dijo alguien.

"Rápido! Llévalo a la ciudad! Rápido! Ve y llama al chófer. Muévanse!", gritó don Octavio a nadie en particular, y varias personas corrieron a obedecerlo.

Don Octavio permaneció todo el tiempo sobre su

caballo. Finalmente bajó y Paul vio algo parecido al placer en sus ojos y una leve sonrisa en sus labios mientras cuatro o cinco empleados llevaban a su compañero herido al coche.

“Procura que reciba la mejor atención”, dijo don Octavio, sacando su billetera y sacando de ella un fajo de billetes. “Y si necesitas algo, llámame. Te estaré esperando aquí”.

El auto despegó.

Mientras regresaban al salón, don Octavio le susurró a Paul.

“El hijo de puta se lo merecía. Estaba tratando de exhibirme, de hacerme parecer como un tonto ridículo”.

Entonces Paul lo entendió; Don Octavio lo había hecho a propósito.

“¡Vamos! La fiesta debe continuar!” dijo don Octavio con una enorme sonrisa en el rostro, calmando a sus invitados.

“Los accidentes ocurren todo el tiempo cuando se trata de las fuerzas de la naturaleza, amigos míos, y nunca olviden que los toros y los caballos son una fuerza de la naturaleza. Salud a todos!”, dijo, y

levantó su copa.

La fiesta se reanudó y muy pronto el "accidente" del empleado quedó en el olvido.

Las festividades no podrían estar completas sin una exhibición de peleas de gallos, la música de seis bandas de marichi contratadas para tocar las 24 horas seguidas, la enorme variedad de comidas y bebidas, y los bailes y cantos tradicionales de las fiestas mexicanas.

Durante toda la noche, Paul se mezcló con el invitado, coqueteando aquí y allá con chicas guapas, peleando verbalmente con hombres bigotudos que resentían su nombre gringo y hablando brevemente de negocios con uno o dos viejos amigos de don Octavio, que sabían que era un socio americano de Octavio.

Eugenia y su esposo nunca llegaron porque, como explicó don Octavio, estaban demasiado ocupados con la campaña presidencial.

La fiesta nunca perdió su vigor. Parecía volverse más densa, más pesada. Cuando la gente perdía el control por la cantidad de alcohol que habían tomado, los guardias de seguridad de don Octavio sí restablecían el orden muy rápido y discretamente.

“Tenemos una creencia en este rancho”, explicaba don Octavio a un distinguido matrimonio. “Y es que nuestros invitados deben tener un exceso de comida y bebida. Nuestros bartenders tienen un pedido específico; cada vez que vean a un hombre -o a una mujer, en todo caso- ya borracho, deberán servirle bebidas aún más generosas.

"Ah, de verdad? Y eso por qué?", dijo la mujer sorprendida por la información. “En mis propias fiestas hago exactamente lo contrario; si alguien está borracho, no le sirvas más vino”

“Sí, señora, pero verá, cuando hace eso, falta a su deber de anfitriona. Y tienes un borracho en tus manos. Yo, en cambio, no sólo no fallo como anfitrión; beben hasta caer. Literalmente. Y no tengo que lidiar con borrachos testarudos.

“Interesante idea”, dijo el marido. “Neutralizarlos con exceso de vino, no de fuerza excesiva.

"Exactamente!" Don Octavio aplaudió como un niño pequeño para subRoyar lo contento que estaba de que se hubiera entendido su idea. “Este hombre es realmente inteligente!” dijo, y levantó su copa. Su entusiasmo infantil hizo sonreír a la pareja.

A las tres de la madrugada, don Octavio charlaba



con otra pareja más junto a la chimenea cuando uno de los empleados se acercó a hablarle al oído.

Don Octavio se levantó inmediatamente, se disculpó y salió del salón.

Paul lo siguió.

Don Octavio se movía rápido a pesar de su edad, y Paul lo perdía en los recovecos laberínticos del rancho.

Lo atrapó junto a los establos.

Allí estaba don Octavio, llorando como un bebé, rodeado de los peones del rancho.

Frente a ellos, en el suelo del establo, yacía el gran caballo blanco que don Octavio había montado esa misma tarde.

Estaba muerto.

“Qué pasó?” dijo Paul.

“El caballo tuvo un cólico. Y el médico no pudo salvarlo. “susurró un empleado. “Murió muy rápido.

Don Octavio lloró fuerte y profundamente por su animal muerto, como si llorara por un amante muerto. Durante diez minutos lloró y sollozó pidiendo su caballo, y luego se retiró a su alojamiento privado sin

decir una palabra a nadie.

Desde allí dio la orden de que se terminara la fiesta y que el caballo fuera enterrado profundamente en medio del ruedo.

Al día siguiente el rancho quedó en completo silencio. Don Octavio estaba angustiado y -algo inusual en él- no se afeitó. Estaba de luto por su caballo y quería que todo el mundo lo viera.

El lunes don Octavio se levantó temprano y comenzó a mover a su gente, insistiendo una y otra vez en lo importante que era la gente que llegaría más tarde ese día. El resto de la mañana había estado muy ocupado dentro y alrededor del rancho .

La tripulación de tierra de la pista de aterrizaje había aumentado durante la noche, de 4 a 25. Los otros 21 eran miembros de un pelotón de soldados enviados por la estación naval de Baja. Llegaron a las cinco de la mañana y a las 05.30 ya se habían hecho cargo de las operaciones y limpiaron el campo. Incluso llevaron y colocaron luces de emergencia en caso de un corte de energía.

Al mediodía las avionetas empezaron a descender del cielo intensamente azul, y hacia las 13.00 había siete avionetas en tierra, de tamaños que iban desde

un Cessna de dos plazas, hasta el espléndido Mitsubishi que había sido el último en llegar. Obviamente llevaba a alguien que los soldados reconocieron porque se pusieron firmes cuando un hombre en uniforme bajó las escaleras. Paul estaba observando todo esto desde una de las terrazas del rancho y tenía curiosidad por saber con quién se reuniría su padre esta tarde, lo que requería toda esta elaboración. Como siempre, su padre simplemente había ignorado sus preguntas sobre el tema. Luego, como a Paul realmente no le importaba, abandonó el asunto, y eso a su vez molestó a su padre, quien lo acusó de no prestar suficiente atención. Jesús, pensó Paul, seguro que somos complicados, no?

De todos modos, cuando el general desembarcó, a los invitados se les mostró el camino al comedor donde una comida muy opulenta estaba lista para ellos, pero cualquiera que fuera el asunto que los reunió, puso a estos hombres muy ansiosos. Casi inmediatamente pasaron más allá de la comida.

Don Octavio ordenó salir a todos. Cuando Paul se iba don Octavio lo agarró del brazo y le dijo que se quedara. Cuando uno de los invitados murmuró alguna objeción, don Octavio se limitó a decir:

“Paul es mi hijo”.

El hombre miró directamente a Paul, muy sorprendido. Sin embargo, no tanto como el propio Paul, porque era la primera vez que su padre lo reconocía en público. Intentó con todas sus fuerzas actuar indiferentemente y no mover un solo músculo de su cara. Lo logró bastante bien y el otro hombre, de poco más de cincuenta años, de comportamiento poderoso y constitución como un pequeño tanque, se encogió de hombros y ocupó su lugar en la mesa.

Cuando los siete hombres -más Paul- estuvieron solos en la habitación, se sentaron alrededor de la gran mesa de caoba. Dejando su bebida sobre la mesa, el general fue directo al grano.

"Está bien, qué vamos a hacer con él?"preguntó. Estaba mirando directamente a don Octavio, pero la pregunta era para todos.

Los demás hombres alrededor de la mesa se miraron y permanecieron en silencio.

"Entonces?" -dijo el general imperioso- Qué vamos a hacer con él? preguntó de nuevo. Esperó unos cinco segundos antes de continuar. "Porque si ustedes, los civiles, no tienen una respuesta, ciertamente sabemos cómo resolver este tipo de problemas".

"Ah sí? Y cómo podría ser eso? preguntó con voz aguda un hombre muy pequeño, que llevaba gafas gruesas y tenía un caso muy grave de acné en una cara que parecía asustada por ello. Paul lo reconoció inmediatamente como el famoso "Frenchie", cuya foto aparecía constantemente en los periódicos debido a su posición como mano derecha del Presidente de México. Este hombre pequeño y feo tenía fama de tener un coeficiente intelectual muy alto y muy retorcido. Según sus críticos -que eran legiones- el hombre era un bastardo retorcido. Según sus seguidores -que eran muy pocos- el hombre era un genio para la manipulación. Y la política, que era lo mismo. Lo que nadie había cuestionado jamás era su inquebrantable lealtad al Presidente del país, gracias a quien Frenchie había dejado su puesto de oscuro profesor de algo llamado Política Transexual en una universidad francesa, y había venido a México para convertirse en la mano derecha y la hombre de mayor confianza del presidente. Como Jefe de Gabinete, todo lo que iba a la oficina del Presidente tenía que pasar primero por él.

"En el ejército tenemos algo que se llama disciplina".

"Oh, general, por favor, no estamos tratando con

uno de sus soldaditos de juguete , si'l vous plais . Estamos tratando con el próximo Presidente de esta nación. Entiendes lo que digo?" dijo Frenchie. Paul comprendió de inmediato por qué lo despreciaban tanto. Su vocecita, que salía de un rostro feo en un cuerpo diminuto, tenía el poder totalmente congelado de la autoridad absoluta. Trataba como a un niño al general Espinoza, Ministro de Defensa. Era obvio que Frenchie devolvía la repugnancia que inspiraba su presencia física al tratar a todos como intelectualmente inferiores. Un hombre con esos atributos ciertamente era digno de odiar, especialmente cuando demostraba tener razón.

“Entienden con quién estamos tratando?” insistió Frenchie.

"Sí. Un hijo de puta que quiere destruirnos". respondió un hombre muy anciano. Era enorme, tanto en estatura como en años. Tenía cerca de cien años, sesenta de los cuales había estado al frente del más poderoso sindicato mexicano. Don Miguel Alonso murmuró a través del cigarro que siempre tenía en la boca. Ya no fumaba, pero esos puros se habían vuelto muy famosos en el ambiente político mexicano, en registros de anécdotas desde que Fidel Castro asumió el poder en Cuba en 1959; Durante un tiempo, el viejo

(ya entonces) sindicalista mexicano estuvo sin sus Habanos favoritos, una marca de cigarros que había llegado a representar lo mejor de lo mejor del tabaco cubano. Después de seis meses sin cigarros, el anciano pronunció un discurso abrasador en contra de Castro y, a la noche siguiente, tenía una caja llena de cigarros en su escritorio. Desde entonces, cada mes recibía su provisión mensual de Habanos. Y desde entonces nunca volvió a mencionar el nombre de Castro.

“Quiere destruir todo lo que hemos construido. Quién carajo se cree que es?” dijo el anciano, murmurando lo suficientemente alto como para ser escuchado por toda la habitación. Mantenía los ojos semicerrados como si se estuviera quedando dormido y hablaba en voz baja, pero esas palabras saliendo de la boca de un hombre que había logrado mantenerse en el poder a través de 50 años de política mexicana era la peor condena posible.

“Pues sí don Miguel. Tienes toda la razón”. dijo Frenchie . “Pero no olvides que tú eres quien lo eligió. Quiero decir, en público. Cómo lo llaman ustedes los mexicanos? Destape . Sí. C'est ne pas? ”

Don Miguel masticó su cigarro y no respondió.

“Lo que no tengo claro”, dijo un hombre gordo. “Es por eso que no podemos simplemente pagarle. Quiero decir, tiene un precio, verdad? Todo el mundo lo hace.”

"Excepto que su precio es tan alto que ni siquiera tú podrías pagarlo". dijo don Octavio.

“Estoy seguro de que ninguno de nosotros está sufriendo por el dinero. Quiero decir, personalmente gané tanto dinero en los últimos años que apenas sé qué hacer con él. Así que estoy seguro de que podemos ofrecerle a nuestro hombre un muy buen trato. Okay?" Fue entonces cuando Paul finalmente reconoció al hombre que hablaba. Su nombre era Fernando Cisneros. Era dueño de la corporación más grande de México; sus participaciones incluían más de 500 empresas diferentes, desde televisión, radio, comunicaciones, transporte, bancos, casas de bolsa, hospitales, minería de cobre. siderúrgicas, alimentarias y últimamente incluso empresas de satélites en EE.UU. Según Forbes, era el hombre más rico de México y el cuarto hombre más rico del mundo.

"Equivocado."dijo don Octavio.

"Por qué? Quiero decir, cuánto pide? “No se trata



del cuánto, sino de lo que desea”.

"Bueno, está bien. Quiero decir, qué quiere?"

Don Octavio miró por la pared de cristal que dominaba el acantilado. Él esperó. Ese era su truco favorito para apoderarse de una conversación y dominarla.

“Qué quiere, don Octavio?” La pregunta la repitió con calma el seis hombres, gobernador de un estado cercano a la Ciudad de México. Fue otro de los hombres legendarios de la política mexicana. Había sido el Ministro del Interior más respetado durante los 60 años de reinado del partido dominante. Su astuto uso de las redes de inteligencia que había creado lo convertía en el equivalente de Edgar Hoover en Estados Unidos y, al igual que Hoover, don Luis nunca había querido otra cosa que mantener el país en paz a toda costa. Al igual que Hoover, había estado contento con su trabajo en las fuerzas del orden y nunca tuvo otra ambición. La aparente gloria de la presidencia no era para él. Se había conformado con mantener un estricto control sobre el aparato de inteligencia, que al final controlaba la actividad política en México. Hoover y él eran muy parecidos, excepto que a don Luis le gustaban las niñas en lugar de los niños, y todo el tiempo había sido más

inteligente porque su fama no era pública, como la de Hoover; rara vez fue fotografiado -sólo cuando quería- y los periódicos y medios de comunicación lo trataron con un respeto cercano a la adoración porque a él le correspondía aprobar su existencia legal. Había sido él, como supo Paul más tarde, y no el jefe oficial de Gobernación, que en ese momento estaba sentado en silencio frente a él, quien había llamado la atención de todos los demás sobre la información crucial acerca del candidato presidencial.

"Él quiere la inmortalidad". dijo don Octavio con una sonrisa torcida en su rostro.

"Todos queremos eso. En lo profundo de nuestro corazón", dijo don Luis.

"Pero lo obtendrá como presidente de este país. Fue elegido para cumplir una función que pocos hombres han tenido en ningún lugar. Será inmortal. Su nombre será parte de la historia de México para siempre". dijo Frenchie, inclinándose hacia adelante con su pequeño cuerpo contra la mesa. Era tan pequeño que parecía un niño castigado.

"Ser presidente no le basta. Él también quiere ser amado. Quiere ser bien recordado. Quiere ser otro Benito Juárez. Quiere tener la gloria de salvar este

país. Quiere cambiar las estructuras económicas y las estructuras políticas. Quiere transformar a México de tal manera que lo que no pudimos hacer en los últimos setenta y cinco años, él lo logrará en seis”.

“Todos fuimos jóvenes alguna vez. Todos queríamos eso para México. Todavía lo quiero -murmuró don Miguel, y esta vez sí encendió su cigarro. Una nube pesada y maloliente ocultó su rostro por un segundo.

“O sea, qué carajo, sí, todos queremos tener un México mejor, pero traicionar a tus amigos no es la manera de hacerlo. Quiero decir, ha olvidado quiénes somos? No lo entiendo. Claro, está bien, que trabaje con los pobres, que les dé sus tortillas gratis y lo que sea, pero por qué nos quiere destruir?”, dijo Fernando Cisneros.

“Él no quiere eso, específicamente ...” dijo don Octavio.

“Qué diablos quieres decir con eso? Has leído sus ideas sobre cómo cambiar el país? Quiero decir, este hombre está loco! Quiere cambiar la Constitución! Quiere quitarle el poder a la gente que lo tiene ahora y dárselo a gente que no tiene idea de cómo gobernar un país. Quiere rehacer toda la estructura económica,

eliminando todos los mecanismos que tenemos actualmente. Quiere dar todo el poder judicial y electoral a los estados, para que cada uno pueda ser totalmente independiente de la capital. Eso acabaría con nuestro control en ambas cámaras. Y, lo peor de todo desde mi punto de vista, es que quiere procesar a muchos de nuestros amigos que han podido hacer negocios con el gobierno durante muchos años. Retroactivamente. Eso nos incluye a todos. Mire, quiero decir, si él es capaz de hacer lo que propone en esos escritos suyos, estamos todos perdidos. Y nuestro trabajo de muchos años se irá por el desagüe. O sea, tenemos que hablar con este señor”, dijo Fernando Cisneros.

"Me alegro de que todos hayamos recibido una copia de este archivo". dijo Frenchie.

“Por supuesto”, dijo don Luis “hay que recordar que esos archivos fueron tomados de su computadora personal. No podemos mencionarle ni una palabra a él ni a nadie más porque él sabría instantáneamente dónde los conseguimos y cómo los conseguimos. Esta bien?”

“Has considerado que estos escritos podrían no ser más que puros sueños? Todos debemos recordar que, después de todo, es un hombre joven. La realidad

debe imponerse, tarde o temprano”, dijo don Octavio, haciendo un último esfuerzo. “Hemos tenido candidatos impetuosos en el pasado. Recuerdas a Echeverría? Don Gustavo se arrepintió el resto de su vida el día que lo eligió”

“Esto es diferente-, empezó a decir don Luis, cuando Frenchie lo interrumpió.

“Estoy de acuerdo con usted, don Octavio. La realidad siempre llega. El problema, como ve, es el momento oportuno. Es el candidato oficial. Se convertirá en el próximo presidente en unos... 11 meses y 10 días. No creo que tengamos tiempo de cambiar de opinión o de dejar que la realidad se imponga, como usted ha dicho. Esos escritos están demasiado bien estructurados para ser algo nuevo en su mente. Esto es algo en lo que ha estado pensando durante mucho, mucho tiempo. Muchos años. Tantos, de hecho, que me sorprende que haya llegado a donde está ahora a pesar de todos los filtros que se supone que debe tener el partido. Todos estamos sorprendidos, sí, pero también se nos acaba el tiempo para hacerle afrontar la realidad de su posición. Verá, el presidente no puede permitir que su sucesor investigue a su propia familia. Quiero decir, eso es una violación de todas las reglas que han estado

vigentes durante los últimos sesenta años. Estoy en lo cierto?

Todos asintieron, incluido don Octavio.

“Y si está dispuesto a romper todas las reglas, también deberá estar consciente de que hay un precio que pagar. No hay novedades inesperadas para él en ese frente. Él mismo lo dice en la página 277 de su proyecto”. Frenchie sacó algunas hojas de papel de su maletín. Se colocó bien las gafas sobre la nariz y empezó a leer”... estemos completamente seguros de que todos los cambios producen una reacción en quienes los afectan. Cuanto más fuertes sean los cambios, más fuertes serán las reacciones. Tendré que tomar medidas para disminuir los efectos de esas reacciones, inmediatamente después de recibir poder...”

Frenchie miró alrededor de la mesa. Se quitó las gafas y se secó la frente con un pañuelo.

“Entienden ustedes, señores, lo que estoy diciendo? No tenemos tiempo para esperar a que la realidad se imponga. Él ya está planeando tomar medidas para evitar una reacción nuestra, inmediatamente después de tomar el poder. No hace falta que le diga que el Presidente está muy preocupado por este

acontecimiento, sobre todo porque es él quien, al final, aceptó su elección de candidato. El Presidente se siente engañado y mentido por Sebastián Sarabia". Frenchie dijo esto mirando directamente a don Octavio.

"Todos sentimos lo mismo" dijo don Octavio "y ya que estamos hablando de mi yerno, y del hombre en quien puse toda mi confianza, y el pequeño apoyo que pude brindarle a través de todos ustedes "Buenos amigos, todo esto me preocupa especialmente".

"Las preocupaciones no solucionarán el problema".

"Soy perfectamente consciente de ello, general".

"Y que?"

"Tendré que hablar con él".

"Solo hablar no nos dará ninguna garantía..."

"Les ofrezco que tendrá que cambiar sus planes".

"Y si no lo hace?"

"Entonces tendrás su inmediata renuncia como candidato", dijo bruscamente don Octavio.

Eso provocó un frío silencio en la habitación.

"Está seguro?" dijo el general. "Sí, lo soy."

“Bueno, entonces. Eso solucionaría ese problema”.  
dijo Frenchie .

“Cómo manejaríamos su renuncia? O sea, no es como despedir a un maldito gerente, no?”, dijo Cisneros.

“Dimitirá por problemas de salud. No te preocupes. No dirá una palabra. No se atrevería”.

"Pero tiene que hacerlo pronto, don Octavio, o nos encontraremos con una serie de problemas diferentes".  
dijo don Luis.

"Cuáles son?"

“La Constitución, por ejemplo. Verá, legalmente hablando, para poder colocar a un candidato diferente a tiempo para que entre en la carrera, debe hacerse antes de que termine el año. Eso nos deja menos de 40 días para reemplazar al candidato”.

"Eso no es mucho tiempo, de verdad".

"Entonces tenemos que decidir ahora mismo quién lo reemplazará, no?" dijo Frenchie . "Quiero decir, por si acaso".

“Tiene el presidente alguna idea?”

"Sí. Le gustaría volver a su primera opción”



“Sigo pensando que es demasiado joven, pero da igual. Déjalo en paz”, dijo don Miguel, con los ojos aún cerrados.

"Alguna objeción?" preguntó don Luis. Nadie en la mesa dijo una palabra.

"De acuerdo entonces. Está arreglado. Puede decirle al presidente que todos estamos de acuerdo con su elección". dijo don Luis. "Queda sólo la cuestión de la implementación. Puedo encargarme de eso".

Todos se levantaron y caminaron en grupo hacia la pista de aterrizaje. Don Octavio y don Luis caminaban detrás de todos, del brazo. El General estaba charlando con don Miguel sobre su nuevo rancho en Tamaulipas. Frenchie había tomado la delantera y caminando furiosamente rápido ya estaba en las escaleras de su avión cuando todos salían de la casa. Sin darse vuelta entró al avión y las puertas se cerraron.

“Ese enano es un verdadero dolor de cabeza, no?” dijo don Miguel en voz alta, caminando con un bastón.

“Todos los enanos lo son. Es una cuestión de personalidad”, dijo el general, que tampoco era muy

alto. Caminaba lo más despacio que podía para seguir el paso de don Miguel.

"No puedo esperar para deshacerme de ese hijo de puta". dijo Fernando Cisneros.

"Tranquilo, Fernando, tranquilo. Recuerda que pronto se irá. Prevaleceremos." dijo don Luis, detrás de ellos.

"Así es." dijo don Miguel. "Tienes que quedarte quieto para estar en la foto".

Todos subieron a sus respectivos aviones y media hora después ya se habían ido todos. Don Octavio permaneció en el aeródromo hasta que partió el último de sus invitados.

Cuando don Octavio entró a la casa, dejó escapar un grito profundo y espeluznante y comenzó a romper todo lo que encontraba a la vista.

"Ese hijo de puta...ese hijo de puta...ese gradísimo hijo de puta..." seguía gritando mientras rompía muebles.

Cuando hubo liberado suficiente rabia fue directo al teléfono para llamar a su hija. Eugenia accedió a verlo a las doce de la noche. A esa hora, dijo, Sebastián estaría en casa.

Inmediatamente él y Paul abordaron el avión y volaron de regreso a la Ciudad de México.

Como era habitual durante sus arrebatos, don Octavio no habló con Paul ni con nadie, por lo que todo el vuelo de regreso transcurrió en un silencio siniestro.

Había un helicóptero en el aeropuerto de la Ciudad de México esperando para llevar a don Octavio a su casa. El anciano subió a bordo sin decirle palabra a Paul.

“Tomaré un taxi desde aquí”, dijo Paul.

Su padre simplemente cerró la puerta y el helicóptero despegó inmediatamente.

El propio Paul voló de regreso a Florida al día siguiente.

Luego, los últimos días de diciembre de ese año, recibió una llamada telefónica desde México.

"La he encontrado". el hombre dijo.

"La encontraste? A quien?

"Tu madre. Sé dónde está.

Paul casi había olvidado ese pequeño asunto. Era algo en lo que no quería pensar. Le molestaba demasiado. La noticia lo dejó aturdido por un tiempo y aturdido escuchó al detective mexicano decirle dónde y cómo se habían conocido.

Paul murmuró algo como claro, está bien, anotó algunos nombres y números y colgó el teléfono todavía mareado.

Sin duda fue una noticia bienvenida, pero muy inesperada. Había fantaseado muchas veces con encontrar a su madre y obtener las respuestas a todas las preguntas que tenía dentro de él, pero ahora que la posibilidad era una realidad, sintió ganas de correr y

escondarse. De repente, tuvo miedo. Y él no sabía por qué.

El detective le había dicho que estaba en un pueblo llamado Urique, que estaba en el interior de la Barranca del Cobre. Encontró fácilmente la Barranca del Cobre en un mapa de México. Estaba en el estado de Chihuahua, al noroeste de México. Después de un poco más de llamadas a agentes de viajes averiguó el resto: para llegar a Urique tenía que volar hasta la ciudad de Chihuahua, luego tomar el Tren del Pacífico, bajarse en algún lugar en la parte más alta de la Sierra, y de allí bajar directamente a caballo o en burro hasta el final, hasta el fondo del cañón.

Es un lugar curioso para encontrar a tu madre, se dijo.

Al día siguiente estaba en el avión.

Al llegar a Chihuahua llamó al detective que se hospedaba en otra habitación del mismo hotel. Llegó una hora más tarde con dos boletos para el tren del Pacífico que saldría a la mañana siguiente.

"Cuanto antes lleguemos allí, mejor", afirmó.

"Estoy de acuerdo. En mi caso lo entiendo. Pero en el tuyo cuál es la prisa?"

"Tu lo descubrirás."

El viaje en el Tren del Pacífico fue largo y tedioso, lleno de turistas estadounidenses visitando el gran Cañón del Cobre. El tren subió las montañas de la Sierra Madre que dividía en dos el país, y llegaron a Batopilas a las cinco de la tarde, a tiempo para ver el atardecer. Tendrían que pasar la noche en un hotel construido junto al acantilado que domina el inmenso cañón. Mientras el detective se marchaba para organizar el transporte para la mañana siguiente, Paul salió a la terraza para contemplar la vista.

Fue impresionante la forma en que el cañón abrió las montañas y se extendió hasta el horizonte. El aire era dulce, puro y muy ligero, y Paul llenó sus pulmones disfrutando de la sensación. Había algo de nieve en las cimas de las montañas. Se acercaba el invierno y el tiempo se hacía más frío. Así las cosas, se quedaría unos minutos en la terraza con sólo la camiseta puesta. El cielo parecía más pequeño en comparación con ese enorme corte en el suelo a cientos de pies debajo de él. Sintió inmediatamente la presencia de un poder mayor.

Fue miedo? Ansiedad? Qué? No podía explicarse a sí mismo lo que sentía, por lo que le echó la culpa a la anticipación de conocer a su madre. Había un par de

halcones volando con los vientos del cañón, más abajo que la terraza, y Paul los observaba desde arriba bajar y bajar hasta perderlos de vista, pero la imagen de aquellos halcones volando sin esfuerzo sobre la tierra herida se quedaría con él por mucho tiempo. Parecían simbolizar lo que sentía al estar allí frente a esa impresionante vista. Él mismo era como un pájaro atraído a la tierra por un poder mucho mayor que él.

“Tuvimos suerte. He contratado un viaje en camión”. dijo de repente el detective.

"A dónde vamos?"

"Todo el camino hasta el fondo del cañón".

“Allí está Urique?”. dijo Paul.

"Sí. Solía ser un pueblo minero.

"Solía hacerlo?"

"Seguro. Ya sabes, cuando los españoles estaban aquí".

"Y ahora?"

"Ahora, bueno, digamos que les gusta cultivar cosas".

"Pareces saber mucho sobre este lugar".

"Yo debería. Hace cinco años -cuando recién salí de

la academia- estaba destinado aquí mismo en Batopilas”.

"En realidad? Para qué?"

“Drogas. Narcos. Opio, cocaína. Marihuana. Tu dilo. En estas montañas se crían muchas cositas”.

"Por que te fuiste?"

"Me cansé. Y me estaba volviendo loco. No estábamos llegando a ninguna parte. Un día destruyes cinco campos y a la mañana siguiente tienen veinte más, mejores y más grandes. Esto, mientras mataban a muchos de mis amigos de la agencia. Buena gente. Gente honesta y limpia. Fueron los primeros en irse, sabes? Puedo nombrarte al menos siete de mis amigos que murieron aquí. Todo por nada." El detective hizo una pausa y señaló con la cabeza hacia el cañón. “Allí, en las montañas, sólo tienes una opción: vivir o morir. Si eliges vivir tienes que llegar a un entendimiento con los narcos, te guste o no. Tienen el poder y funciona así; Se presentan en tu habitación un día muy temprano en la mañana con una maleta llena de dinero. Dólares, en efectivo, de diez y de veinte, billetes viejos, imposibles de rastrear. Te dejan ver esa enorme cantidad de dinero cuando apenas te despiertas, luego te muestran sus armas y luego te



dejan elegir. Te quedas con el dinero y todos están contentos. Lo rechazas y en ese momento te mueres. Punto."

"Difícil"

"Sí. Especialmente cuando eres un niño recién salido de la escuela, lleno de ideales y esperanzas. Especialmente cuando sabes que tu superior está sobornado, porque es el único que podría haberles dado la información de cuándo y cómo encontrarte. Y sobre todo cuando también sabes que sus superiores también están en ello, porque son los únicos que podrían darles tiempos y movimientos de determinadas operaciones. Etcétera. La recaudación llega tan alto que no lo puedes creer. Descubres que no tienes a dónde huir. Entonces hay que llegar a un acuerdo. O te mueres".

"Cuál fue tu acuerdo?"

"Yo aceptaría la mitad del dinero y ellos recibirían algunos golpes. Les gustó ese trato porque no significaría mucho para ellos y yo salvaría las apariencias..."

"Con tus superiores?"

"No chingues, no! Guardar las apariencias conmigo mismo, sabes? Con mi conciencia. Al menos eso

pensaba al principio. Pero después de siete meses de este trabajo de mierda de destruir cinco campos por día y al ver veinte surgir frente a tus ojos, y no poder ir con toda la fuerza contra ellos porque no tenía la gente ni la autoridad ni el equipo, además de ese pequeño asunto del acuerdo, dije a la mierda. Me estaba volviendo loco, sabes? Los indios están contentos de tener drogas porque se ajustan a algunas de sus creencias religiosas, y los mestizos obtienen las plantas casi gratis. Los chicos de la ciudad los compran al por mayor por unos pocos dólares, los procesan y ellos a su vez los venden a un comprador más grande que es quien los lleva al otro lado de la frontera. Cuando llega al comprador minorista, el adicto a la droga, el precio de la droga ha aumentado tanto que las ganancias resultan alucinantes. Y ves estas enormes fortunas yendo y viniendo, y al mismo tiempo ves a tus amigos siendo asesinados por ser honestos, y todo por qué? Por un montón de imbéciles enfermos que no pueden mantenerse alejados de la droga. Que se chinguen, digo yo.

“Así que te fuiste”.

"Lo mejor que he hecho en mi vida. A nadie le importa de todos modos, así que..."

Permanecieron en silencio por un rato, solo

escuchando el viento frío que soplaba suavemente desde el cañón.

Entonces el detective dejó escapar un ruido que podría ser una risa o un grito, Paul no estaba seguro de qué.

"Es gracioso, sabes?"dijo el detective. "Mira, hasta donde puedes ver todas estas montañas y tierras pertenecen a una tribu de indios llamados Tarahumaras. Minas, bosques, ríos, vistas fantásticas, campos agrícolas... Una propiedad inmobiliaria muy rica, no te parece?

"Sí."

"Y sabes quiénes se mueren de hambre?"

"Ellos son?"

"Exacto. Y sabes por qué?

"No tengo la menor idea".

"Porque son pinches indios, por eso". -dijo el detective con amargura, y sacó su enorme corpulencia de la terraza al interior del hotel.

El detective los metió en la parte trasera de un camión abierto que transportaba productos y personas por el cañón. La gente era principalmente Tarahumaras que se mantenían alejados de los mestizos o los blancos.

Fue un viaje largo y duro en la parte trasera abierta del camión. El clima cambió rápidamente. Desde la nieve y el frío intenso que encontraron en la cima del cañón, hasta el sol semi-tropical muy caluroso en el fondo del cañón.

El sol se estaba poniendo cuando llegaron a Urique, que no era más que un pueblo muy pequeño junto a un río.

Paul y Beto no se habían dicho una palabra durante el descenso. Paul no tenía ganas de preguntar nada y él y el detective estaban demasiado ocupados intentando sujetar el camión. Una vez que llegaron al pequeño pueblo, el detective salió a buscar a un compadre suyo que vivía en el pueblo.

El pequeño pueblo estaba polvoriento y sucio. Las casitas de adobe estaban a medio construir, las calles torcidas y llenas de agujeros, los muros exteriores desmoronados y necesitados de pintura, los niños embarrados y corriendo desnudos por las calles, persiguiéndolos con perros flacos y hambrientos... todo hablaba de abandono y desesperación. Todo parecía viejo y decadente, como si las cosas hubieran sido construidas siglos atrás. Incluso los nuevos edificios parecían incorrectos de algún modo, como una mujer vestida para la fiesta equivocada.

Paul trató de no mirar de cerca esta miseria. Fue doloroso porque le hizo recordar su primera infancia, la pobreza en la que él y su madre adoptiva vivían antes de casarse con el señor Chadwick. Él también había jugado en la tierra. Y no le gustaba ver a esos niños hacerlo ahora, especialmente porque sabía que no tenían esperanzas de salir alguna vez de la cuneta, como él había podido hacerlo.

"Que averiguaste?"

"Tenemos que esperar hasta mañana."

"Por qué?"

"Porque ella está en la montaña con los indios. Pero todos bajarán mañana."

"Bajar?"

"Sí. Para la fiesta de navidad. Celebraciones navideñas. Verás, por eso tuvimos que venir aquí tan rápido. Los Tarahumaras abandonan sus cuevas y bajan de las montañas sólo dos o tres veces al año. Mañana es uno de esos días.

"Y cómo sabes que ella está con ellos?"

"Porque lo sé, ya? De todos modos, lo sabremos pronto, no?"

El detective le presentó a su compadre Pedro, quien los llevó a su casa, donde fueron recibidos muy solemnemente por el resto de la familia. La madre de Pedro, una india baja y fuerte, apenas les habló pero inmediatamente ordenó a sus hijas que prepararan comida para los visitantes. La forma en que actuaron las mujeres mostró cuán importante era para ellas la presencia masculina: mantenían los ojos bajos, no respondían a los hombres en la casa y ni siquiera comían hasta que todos los hombres habían comido.

"Tortillas." decía Pedro, y su madre y las dos pequeñas corrían a buscarlos.

"Te gusta mi casa?" Pedro preguntó mirando a Paul directamente a los ojos, desafiándolo a decir la verdad. Paul miró alrededor de la casa de adobe,

examinó la vieja estufa de carbón donde las mujeres estaban ocupadas preparando la comida, vio el piso de tierra y los muebles de madera maltratados, fijó su mirada en una de las hamacas que colgaban de las paredes y fue lo más honesto posible.

“Lo que más me gusta es tu hamaca.” él dijo.

"En realidad?" dijo Pedro sorprendido.

"En realidad"

"Es tuya.

"De ninguna manera."

"Sí. Tómallo como un regalo de mi familia.

Paul no discutió más. Vio en el detective y en los ojos de Pedro que se sentiría herido si no aceptaba el regalo. Pero se sintió culpable de ser objeto de esta generosidad injustificada y sacó su reloj.

“Lo aceptaré si aceptas esto de mí.

Los ojos de Pedro se abrieron de par en par.

"Eso es demasiado. Ese es un reloj muy caro.

"No, no es. Pero de todos modos no es tan bonito como la hamaca.

Pedro miró al detective, quien asintió una vez.

Pedro miró a Paul, tomó el reloj con atención y luego sonrió.

“Salud, compadre.

“Salud.

“Chingao, me gusta beber con gente como tú.

"Qué quieres decir.?"

"No nos tienes miedo". dijo Pedro. “Y no vienes aquí para compadecernos. Me gusta eso. No me gustan esos pendejos de la ciudad que vienen aquí y tratan de enseñarnos cómo vivir. Bola de Pendejos.!"

“Pendejos!” -repitió el Beto.

Bebieron de nuevo. Paul pagó una caja de cervezas y durante un rato charlaron como viejos amigos. Paul aprendió muchas cosas, principalmente sobre la costumbre de Pedro de pescar en el río con dinamita. En su español entrecortado, Pedro seguía contando las mismas historias una y otra vez mientras sus ojos se volvían más vidriosos por la cerveza. Las mujeres habían pasado a la habitación contigua y desde allí vigilaban las necesidades de los hombres.

Paul escuchó a Pedro hasta que le dio sueño.

“Escucha, creo que será mejor que me vaya a



dormir. Ha sido un día largo y estoy cansado.

“Aún es temprano.

“Lo sé, pero estoy agotado. Viajar en esa camioneta me hizo sentir como una piedrecita dentro de una maraca.

“Está bien, hablaremos un poco más mañana, de acuerdo?

"Si seguro.

“Te gustaría ir a pescar mañana?

"No puedo.

"Oh, es cierto. Me olvidé. Mañana es la fiesta. Bueno, tal vez después de que hables con tu mamá..." dijo Pedro. Se levantó, salió a trompicones de la cocina y entró en el dormitorio. El detective tomó una de las hamacas y se quedó dormido casi de inmediato.

Paul también lo hizo, en la hamaca -ahora suya- que colgaba cerca de la estufa.

Temprano a la mañana siguiente lo despertó el aroma del café y los frijoles. Despertó a Beto y después de un rápido baño en el río que corría por la parte trasera de la casa, fueron a buscar a Pedro. Lo

encontraron dormido en brazos de una mujer gorda. El resto de las mujeres estaban ocupadas alrededor de los fogones, cocinando en silencio para no despertar a Pedro.

“Órale, compadre . Levántate rápido. Tenemos que irnos." dijo el detective, sacudiendo a Pedro.

Los tres comieron huevos revueltos, con tortillas y frijoles y café con canela, y antes de salir de casa, Paul intentó agradecer a la madre y a las hermanas de Pedro, pero las mujeres escondieron el rostro y no respondieron.

“Son sólo mujeres. Vamos." dijo Pedro. Por alguna razón estaba ansioso.

Caminaron por la calle junto al río. A lo largo de la orilla ya había gente nadando, en su mayoría niños en ropa interior o desnudos.

"Simplemente sigue el río". Pedro les dijo. “Verás el lugar donde bailan los gobernadores tarahumaras.”

“Estarán allí ya?

“Suelen llegar de noche, para empezar a bailar con el amanecer. Ya deberían estar allí. No te los puedes perder.

Y tenía razón.

Aproximadamente dos millas río arriba, había una curva, luego un punto de cruce bajo y luego algo así como una isla, una gran roca en medio del agua. El peñón estaba lleno de indios, en su mayoría vestidos con sus vestimentas tradicionales.

"Ella debería estar allí". dijo el detective.

Comenzaron a cruzar el río, pero fueron detenidos por dos indios bajos y de aspecto muy poderoso. Eran delgados, pero sus cuerpos parecían duros y fuertes como una piedra.

"Dónde?" preguntó uno de ellos con la curiosa forma en que algunos indios hablaban español. Paul los había escuchado el día anterior mientras viajaba en el camión. La mayoría de los tarahumaras no hablaban español correctamente, por lo que hablaban exactamente como un trabajador de una fábrica de Detroit que visita México y trata de impresionar a su chica con su español .

"Estamos buscando una mujer". dijo el detective.

"Mujer? Qué mujer?"

"Se llama Beatriz"

"La mujer no está aquí". -dijo el indio inmediatamente, tan rápido que sólo podía significar

que estaba mintiendo.

“Bueno, ella está aquí. Y soy oficial de policía, así que será mejor que nos digas la verdad”. Beto sacó sus credenciales.

“Judicial?” dijo uno de los indios con miedo y desconfianza.

"Así es, imbécil".

Los dos indios hablaban en voz baja. Entonces uno de ellos dijo:

“La mujer, para qué la quieres?”

"No es asunto tuyo"

"Ella es mi madre." dijo Paul, tratando de tranquilizarlos.

“Madre, sí, ella es madre”.

"No no. Ella es *mi* madre." Paul insistió. Entonces vio a uno de los indios abriendo mucho los ojos.

“Tu mamacita?”

"Exactamente. Soy su hijo.

Los indios volvieron a hablar entre ellos, muy rápido.

"Regresa. Vuelve a la ciudad. Espera ahí." dijo el

primero.

“Vuelve ahora”, dijo alentadoramente el segundo.

Entonces regresaron al pueblo a esperar.

Caminaron por la plaza principal del pueblo, frente a la iglesia. Al mediodía tuvo lugar una boda. La iglesia se llenó de asistentes, mientras afuera los niños jugaban.

"Mira eso." dijo el detective, señalando con la barbilla calle abajo.

Había una banda tocando mientras seguían a pie a un hombre montado a caballo. El hombre estaba inclinado hacia adelante sobre el animal, y varias veces pareció a punto de caer. En la mano derecha llevaba una botella y de vez en cuando le daba un trago. Aunque estaba completamente borracho, cada vez que la banda dejaba de tocar él levantaba la cabeza, gritaba para que siguieran tocando y seguía bebiendo.

Esta extraña procesión recorrió la calle principal del pueblo frente a la iglesia hasta que salieron los recién casados. Fueron precedidos y seguidos por sus familiares, quienes los rodearon y crearon un escudo

protector alrededor de la pareja. Todo el mundo estaba atento al borracho que iba a caballo. Dentro de este capullo de gente, los recién casados marcharon por la calle hasta la casa de la novia, donde todos entraron para la fiesta. De vez en cuando salía un niño a mirar al borracho y la madre lo arrastraba hacia el interior de la casa agarrándolo de la oreja.

"Tócalo más fuerte!" ordenó nuevamente el hombre del caballo a sus músicos, quienes tocaron una vez más una de esas canciones mexicanas de amor, infidelidad y corazones rotos. El borracho no hizo nada más. Seguía caminando calle arriba y calle abajo, balanceando su cuerpo estupefacto sobre el caballo, cantando las mismas canciones una y otra vez.

"¿Qué está sucediendo?"

"Se le fue viva la paloma." dijo el detective, sonriendo. "Perdió a la chica que amaba. Estúpido."

"¿Por qué todo el mundo tiene tanto miedo?"

"Tienen miedo porque es un puente para don Octavio" El corazón de Paul dio un vuelco.

"¿Un puente para quién?"

"Para don Octavio. Así lo llaman todos. Su nombre

es Octavio Terrazas y es el hijo de puta de todos. El narco más grande de México”.

La mente de Paul se puso a toda marcha. Beto no tenía forma de saber que era el hijo de Octavio Terrazas. O sí?

"Qué es un puente?" se escuchó a sí mismo preguntar.

“Mierda hombre, no entendiste nada? Un puente es el intermediario para los distribuidores. Compra a los pequeños agricultores de las montañas y lleva la mierda a los grandes comerciantes.

"Veó."

“No ves nada. Tú también eres un idiota”

“Que te chinguen.

“Pendejo gringo”

“Pinche chimuelo”, dijo Paul, recordando cómo lo llamaban los niños del barrio cuando, siendo niño, empezó a perder los dientes de leche. Chimuelo significaba desdentado. El insulto desconcertó tanto al detective, que no supo qué responder y al cabo de un momento se echó a reír, mostrando su dentadura dorada. Paul no se rió. Tenía la boca seca y sentía el corazón muy pesado.

En ese momento llegó uno de los indios del río y le pidió a Paul que lo siguiera.

Paul lo hizo.



21

Cruzaron el río y subieron a las montañas. Paul fue conducido a una cueva. Entró solo.

En el interior había un fuego y una mujer con un vestido largo caminaba alrededor de él, arrojando ramas y hojas a las llamas mientras murmuraba lo que parecían oraciones.

Se detuvo tan pronto como entró y se volvió para mirarlo.

"Entra, mi hijito. Ya es hora". dijo.

Se acercó más. Ella le hizo la señal de la cruz en el rostro y luego lo abrazó con fuerza. Ella lo besó por toda la cara y él intentó responderle, pero estaba entumecido por la sorpresa y la ira, y unas ganas tremendas de llorar como un bebé, todo al mismo tiempo. Era una mezcla de emociones que nunca antes había sentido.

"Por qué...?"

"Por qué? Silencio. Tenemos muchas cosas que

decirnos y lo haremos. No te preocupes. Aunque me han dicho que se acerca el momento de dejar este cuerpo, tendremos tiempo suficiente para ti y para mí. Hijo mío. Mi querido hijo.

“Vamos a sentarnos junto al fuego. Pero antes de que suceda cualquier otra cosa, primero déjame limpiarte de cualquier espíritu maligno.

"Qué quieres decir?

“Sólo siéntate ahí por un momento”. dijo ella y agarró un ramo de flores secas de una caja de cartón que estaba en el piso, arrojó algunas al fuego y con el resto comenzó a frotar todo el cuerpo de Paul mientras murmuraba sus oraciones.

La limpieza duró unos diez minutos, en los que arrojó más flores e incienso al fuego y oró intensamente. Paul apenas podía seguir sus palabras, pero parecía hablar con alguien que estaba con ellos en la cueva.

"Eso es todo. Ahora estás limpio. Pero hay que tener cuidado con el hombre de los caballos. Él aparece como una sombra oscura en tu vida. Él es la muerte misma. Él va a intentar hacerte daño. Es un hombre malvado”, dijo.

“El hombre de los caballos?” Paul se sorprendió. El

único hombre con caballos que conocía era, por supuesto, su padre.

"Sí. Y mi hermano Pluma Blanca también me dijo que debes hacerme muchas preguntas. También dijo que eres un alma limpia. Le dije que la tendrías. Tú eres mi hijo." dijo y sonrió por primera vez. Sus dientes eran tan blancos que parecían falsos. Su sonrisa inundó su rostro de luz e hizo que sus ojos brillaran de juventud.

"Por qué, madre? Por qué?" Fue lo único que Paul pudo murmurar. Sintió que lo ahogaban emociones que nunca había experimentado hasta ese mismo momento.

"Es una larga historia, hijo mío.

"He recorrido un largo camino para escucharlo".

Ella lo miró a los ojos durante mucho tiempo antes de comenzar a hablar.

"Cuando conocí a tu padre tenía sólo 13 años. Yo era una niña, entiendes? Un día me vio caminando por la calle y me siguió. Él inició el noviazgo, pero cuando supo que mi propio padre estaba muerto, me robó.

"Él te robó ?"

"Sí. Esa era y sigue siendo una costumbre en muchas partes del país. De todos modos, me llevó a su casa y me hizo su mujer. Me trató bien, me compró ropa y hasta me trajo un pastel de cumpleaños cuando cumplí quince años. Tuve una infancia muy pobre, pero era hija única de un diplomático que había perdido toda su fortuna y posición en los años treinta, después de la revolución. Así que lo que tu padre me dio lo sentí como un regalo y como algo que se me debía, entiendes? Yo era descendiente del primer virrey que vino de España; mi padre y su familia habían sido miembros prestigiosos de la sociedad, y mi propia abuela había sido debutante con Porfirio Díaz.

"Y eras hermosa...

La anciana volvió a sonreír. Sigues siendo hermosa, pensó Paul.

"Sí, lo era. Eso era algo que tu padre no podía soportar. Mi belleza siempre lo ponía celoso y solía tenerme dentro de casa. Rara vez salía sin él. Solía mostrarme a todos sus amigos, como si fuera un juguete nuevo con precio. Y yo, siendo niña, pensaba que estaba enamorada de él.

“Yo era, como él solía llamarme, su princesa. Y yo me sentía como tal, teniendo sirvientes, cocineros y chóferes a mi disposición. Él me compró todo lo que quería y conseguir todas esas posesiones materiales era para mí, como dije, algo que el mundo me debía. Lo que no entendí entonces fue que esas cosas materiales me convertían a mí también en una posesión más.

“Un día quedé embarazada. Tu padre estaba furioso. No quería que quedara embarazada porque perdería mi figura. Eso es lo que él dijo. Entonces me llevó con un médico amigo suyo, supuestamente para que me examinaran, y el buen médico me hizo un aborto.

“Esa fue la primera vez que pasó esto, y desde ese momento mi vida empezó a cambiar. Empecé a ver a tu padre de otra manera. Comencé a darme cuenta de su verdadero yo.

“Me realizaron otros dos abortos. Pero yo quería tener hijos, necesitaba ser madre, así que comencé a convencer a tu padre. Me llevó varios años, pero finalmente lo convencí, y fue entonces cuando naciste tú. Estaba feliz de ver que era una niña. Poco después naciste tú. Y por alguna razón le disgustaba que fueras un niño. Desde el principio no le agradaste. A partir de

entonces tu padre no pudo soportar verme feliz contigo.

"Por qué?

“No hay ningún motivo. Sólo estaba celoso de ti.

“Y Eugenia?

“Al poco tiempo nació tu hermana Eugenia. Ella no fue una amenaza para él, supongo. Tal vez porque mi amor por ti estaba fuera de su control. No sé. Vino a verme un día y me dijo que te iba a enviar lejos. Que tu hermana estaba bien, era una niña y podía quedarse conmigo, pero que tú tenías que irte de interno a un lugar lejano. Lo rechacé. Cuando insistió, le dije que era malvado y por primera vez comencé a creer que eso era cierto.

“A partir de ese día comencé a rebelarme a sus órdenes. Ya no compartiría su cama. Un día lo encontré dándote un arma cargada para que jugaras. Entonces entendí que te quería muerto. De alguna manera te habías interpuesto entre él y yo y él no podía soportar eso.

“El enfrentamiento final se produjo una noche cuando llegó a la casa con otra mujer. La casa era muy grande y la llevó a su oficina. Había traído a otras mujeres a la casa desde que comencé a quedar

embarazada. Fingí no verlo, incluso cuando él hacía mucho ruido para asegurarse de que lo sabía.

“Esa noche me ordenó que fuera a su estudio y cuando llegué estaban los dos desnudos y la chimenea estaba encendida y la mujer estaba de rodillas y lo tenía en la boca, y... y entonces me vio con una fea sonrisa en el rostro y dijo: “Mira puta, así le complace una verdadera mujer a su hombre”.

“Me volví loca y traté de arrancarle los ojos. Él simplemente se rió y me golpeó con los puños y luego con el cinturón. La mujer lo estaba ayudando. Luego me quitó la ropa y me forzó. Me lastimó mucho. La mujer se reía. Dijo que me iba a convertir en su puta, y que iba a traer hombres de la calle para cojerme. Le dije, muy tranquilamente, que lo iba a matar. Dejó de reírse y dijo que me iba a dar una lección, y salió de la habitación diciendo que te iba a matar él a ti.

“No sé cómo, pero agarré una barra de chimenea, golpeé a la mujer en la cabeza y creo que la maté. Luego lo alcancé por las escaleras. Le golpeé tres veces. Hasta que dejó de moverse. Te agarré y salí corriendo de esa casa. Mi principal instinto fue salvarte. De alguna manera tu hermana no me preocupó. Todavía no sé por qué, pero siempre supe que ella estaría a salvo. Quizás porque era una niña y

él no sentía ningún desafío por parte de ella. No sé. He recordado esos horribles segundos muchas veces a lo largo de los años y todavía no entiendo muchas de mis reacciones. En cualquier caso mi preocupación en ese momento era sacarte de allí, a un lugar seguro. Así que te agarré y corrí.

“Pero no tenía un lugar adonde ir. Para entonces mi madre ya había muerto y yo no conocía al resto de la familia. Además, si me hubiera quedado en la ciudad me habría encontrado. Así que tomé el autobús hasta el lugar más lejano que se me ocurrió.

“Traté de cruzar la frontera hacia Estados Unidos, pero la policía me atrapó dos veces junto al río. Antes de que pudiera intentarlo por tercera vez vi a uno de los empleados de tu padre mirándome desde el otro lado de la calle. Nos había encontrado! Tenía que hacer algo urgente. El único lugar al que podía ir eran las montañas, pero no podía llevarme un bebé. Te habría matado. Así que hice un trato con una mujer que se había encariñado contigo. Le di todo el dinero y las joyas que me quedaban si ella te cuidaba hasta que yo pudiera localizarte. Luego me fui a las montañas. Luego, cuando pude regresar, la mujer ya no estaba. Tu padre todavía nos estaba buscando, así que regresé a las montañas y he estado aquí desde



entonces. Nunca, ni por un segundo, dejé de amarte y de extrañarte. “

"Intentaste encontrarme?"

“Muchas veces, pero tuve que ser muy discreta porque quería que tu padre creyera que ya estábamos muertos. Y supe que Eugenia estaba bien y sana. Cuando no pude encontrarte, le hice saber de tu existencia”.

"Entonces fuiste tú quien envió esa carta".

"Sí. Y doy gracias a Dios por concederme mi más ferviente deseo. Que era este, estar aquí con mi hijo y verlo tan bueno, fuerte y hermoso”.

Paul abrazó a su madre. Ella le devolvió el abrazo y lloraron durante mucho tiempo abrazados.

Hablaron y lloraron y hablaron incansablemente durante el resto de la noche.

Ella le contó cómo se había convertido en curandera para tratar las enfermedades de los tarahumaras, y él le habló de su negocio de imprenta; ella le contó cómo los tarahumaras vivían esparcidos en las montañas, en cuevas muy parecidas en la que estaban ahora, y él le habló de sus computadoras y de todas las cosas que podía hacer con ellas; ella le habló de plantaciones, y semillas, y agua, y pobreza, y él le habló de autos rápidos, y restaurantes lujosos, y de sus viajes a Europa...

Cuando salió el sol, ella lo miró muy seria y cariñosa y le dijo

“Quiero que me hagas un favor”.

"Por supuesto. Lo que quieras."

"Seguro?"

"Absolutamente."

"Bueno. Ven conmigo."

Aproximadamente un kilómetro río arriba, al otro lado, había una depresión en las montañas. Unos quince ancianos, algunos muy ancianos, bailaban alrededor de enormes vasijas de barro cubiertas de ramas y hojas. Eran los gobernadores de los tarahumaras.

"¿Qué están haciendo?"

"Curar el Tesguino"

"¿Qué es el Tesguino?"

"Verás."

Cruzaron el río por un camino poco profundo y se acercaron a los gobernadores. Algunos de los hombres saludaron a Beatriz con un respetuoso movimiento de cabeza, otros se acercaron a ella y le murmuraron suavemente al oído. Algunos de ellos dijeron hola a Paul, y cuando él extendió la mano ellos la tocaron con la suya pero no cerraron los dedos; simplemente acariciaron las puntas de sus dedos con los de ellos. Después de la segunda o tercera vez, Paul empezó a hacer lo mismo.

Su madre lo dejó mientras iba a hablar con los gobernadores, entonces Paul fue a mirar dentro de las

vasijas de barro.

El Tesguino era una cerveza que elaboraban a base de maíz. Cuando Paul miró dentro de las vasijas de barro, pudo ver el agua del maíz burbujeando debajo de las hojas. La fermentación estaba teniendo lugar.

Beatriz lo llevó por el recodo del río donde se estaban reuniendo muchos hombres. Muchos ya estaban desnudos.

“Quítate la ropa”, dijo.

Beatriz empezó a quitarse la ropa. Paul se quitó la camisa y los pantalones y se paró en ropa interior junto a su madre. Les enseñó que todos iban a nadar, pero entonces uno de los tarahumaras gritó algo en rarámuri y todos acudieron en masa junto al río. Dos de ellos agarraron algunos platos y empezaron a pintarse el uno al otro. Muy pronto todo el mundo estaba pintando a alguien más.

"Ven aquí." Beatriz le dijo a Paul, llevándolo al interior del río.

De repente, Beatriz agarró uno de los platos de pintura y aplicó barro de colores en la cara de Paul.

"Tú también serás rarámuri" dijo Beatriz.

El barro coloreado que usaban los indios era de cuatro colores: marrón, rojo, blanco y negro. Estaba hecho con vegetales y minerales -para el rojo usaban rábanos, y para el blanco usaban tiza, por ejemplo. La textura de la pintura era suave y fresca. Paul se sorprendió de lo bien que se sentía contra su piel.

Beatriz lo dejó en manos de los tarahumaras y pronto estaba completamente desnudo, parado sobre el río, y cuatro manos indias lo pintaban todo. Cerró los ojos. Al principio se sintió incómodo e indefenso al estar desnudo, pero pronto el barro de colores de su cuerpo fue secándose por el sol y el viento, y la sensación fue completamente nueva, como ninguna otra que hubiera experimentado. El agua fría del río en sus pies y piernas, el viento que soplaba desde las montañas, el poderoso sol brillante en sus ojos, el barro en su piel secándose... sintió en ese momento como si fuera una unidad con todo, que el río y el sol y el viento y el barro se habían convertido en una extensión de él, y sentía que no tenía nada de extraño estar cubierto de barro. Era como si todos los elementos de la naturaleza se concentraran en él, en su piel y en sus ojos. Era como volverse uno con la naturaleza y como la naturaleza convertirse en él. Él era parte de todo eso y nunca se había sentido más

vivo que en ese momento. Sintió un nuevo tipo de energía surgiendo a través de su cuerpo; Muy parecido a la sensación de estar excitado, pero de una manera sensual, no sexual. Todos sus sentidos estaban activados al máximo de sensibilidad y recibían miles de nuevas percepciones, que luego se convirtieron en emociones. Se sentía ligeramente borracho y gozosamente feliz, y el cosquilleo del barro en su piel lo hacía completamente consciente de cada centímetro de su cuerpo, de todos los centímetros al mismo tiempo, y cada movimiento que hacía lo sentía a lo largo de toda su piel. Si movía el dedo del pie derecho, el movimiento resonaba hasta la base de su cerebro, como si fuera un eco interminable. Su rostro estaba cubierto de barro rojo y blanco, a excepción de sus ojos y boca, y cuando sonreía el barro de su rostro parecía hundirse aún más profundamente en su piel, en sus músculos, en sus huesos. De alguna manera su desnudez ya no parecía importante: el barro se convirtió en su protección, su escudo, y se sentía poderoso, fuerte, invencible...

“ Órale cuate. No te dejes llevar” dijo el detective, con una mirada divertida en sus ojos. Paul apenas lo reconoció cuando abrió los ojos. El barro seco cambió

tanto su apariencia, que salvo la voz Beto no estaba allí. Paul se preguntó si él mismo habría cambiado tanto.

"Tú también?"

"No me habría perdido esto por nada del mundo. Ahora que?"

"Ahora espera aquí. Tenemos que cumplir un mandato" dijo el detective señalando a otro hombre pintado a su lado. Era Pedro, reconocible sólo por su gran sonrisa blanca.

Una manda era una promesa religiosa, inquebrantable. Por medio de la manda un hombre juraba a la Virgen, o a Dios, o a cualquier otro de los santos de la iglesia, dejar de beber por ejemplo; o no volver a golpear a su esposa; o dejar de cometer cualquiera de esos miles de pequeños y grandes pecados que el hombre comete cada día. Cuando un hombre se "juraba" en una "manda", nadie se metía con eso.

"No puedo ir?"

El detective se rió

"No, no puedes. Este es nuestro castigo. Puedes esperar aquí o puedes ir adelante a la iglesia. Nos

vemos allí."

"Está bien.

Todos los demás hombres pintados se reunieron al lado de la montaña y luego comenzaron a correr colina arriba hasta que desaparecieron detrás de las rocas y los árboles.

Paul permaneció allí por un rato, de pie en el río y disfrutando del agua fresca que corría a su alrededor. Esperó a que regresara su madre, pero pronto se cansó de ver a los viejos bailando alrededor de la cerveza en las vasijas de barro. Nadó en el río hasta salir totalmente limpio. Luego se vistió y caminó hacia la iglesia.

Cuando estaba cerca de la plaza, escuchó gritos y alaridos y al girarse vio al hombre pintado corriendo por las calles del pueblo, asustando a propósito a los animales, a los niños, a las mujeres y a todo aquel que se cruzara en su camino.

Los hombres pintados corrieron hacia el patio de la iglesia. De repente, decenas de hombres salieron de la iglesia armados con palos y empezaron a golpearlos. Los hombres que salían de la iglesia iban vestidos a la medida y llevaban cruces para identificarse como cristianos, mientras que los hombres pintados



representaban a los infieles. La pelea se escenificó sólo en el sentido de que todos sabían de antemano lo que iba a pasar y quién iba a ganar al final, pero la paliza que recibieron los infieles fue real; estaban siendo castigados por sus pecados contra la tribu, y los golpes con los palos pronto empezaron a hacer sangrar las caras y las cabezas.

Finalmente el sacerdote católico salió de la iglesia llevando un enorme crucifijo y todos dejaron de pelear. Los hombres pintados se levantaron del suelo y, cubiertos de polvo y sangre, abrazaron a sus enemigos. Luego entraron a la iglesia para la misa.

Muy pronto el patio frente a la iglesia se llenó de tarahumaras que habían bajado de sus cuevas en la sierra para participar en la fiesta.

Paul encontró a su madre en el patio de la iglesia, cuidando a los tarahumaras heridos en la pelea, y comenzó a ayudarla tanto como podía aplicándole vendas y limpiando heridas abiertas. Encontró a Beto sentado junto a un muro de piedra, jadeando. Su cara era una masa de sangre, pero a él, como a todos los demás, no parecía importarle la paliza; al contrario, parecía feliz por la sangre que derramaba y orgulloso por el dolor que soportaba.

Paul pensó que todos estaban locos.

Mientras tanto la fiesta empezó oficialmente cuando la banda empezó a tocar. Durante este día se flexibilizaron las reglas de la tribu y todo estaba permitido entre los tarahumaras. Pronto las mujeres estaban arrolladas por beber el Tesguino, y los borrachos discutían entre sí, algunos se abrazaban y otros lloraban mientras la banda seguía tocando. Esto duró toda la noche.

A la mañana siguiente la plaza estaba llena de cuerpos dormidos tirados en el suelo.

A media mañana, Paul y Beatriz caminaban por la plaza entre los cuerpos cubiertos con pesadas mantas de lana.

“Ve conmigo, por favor”, le dijo Paul a su madre.

"Ir? Dónde?"

"A Florida. Para vivir conmigo”.

“Y qué haría allí?”

“Yo te cuidaría”

“Estarías decepcionado, cariño. No me queda mucho tiempo de vida, sabes?”

"Qué quieres decir?"

"Me han dicho que me queda muy poco tiempo con este cuerpo".

"Más razón para que vengas conmigo".

"Sí?

"~Sí! Puedo llevarte a los mejores médicos de Estados Unidos.

"Para qué?

"Para que puedan curarte.

"No estoy enferma."

"Pero pensé que habías dicho..."

"Que me queda poco tiempo en este cuerpo, pero eso no significa que esté enferma.

"Qué significa entonces?

"Que voy a morir pronto. Eso es todo."

Paul miró a los ojos de su madre. Estaban serenos y tranquilos, y no había ni una pizca de duda en ellos. Ella hablaba en serio.

"No hay nada que temer a la muerte, cariño. Es parte de vivir. La vida es un proceso que tiene un principio y un final, como todo. Nuestras almas usan estos cuerpos como instrumentos, como herramientas, y esas herramientas envejecen y se estropean, pero el espíritu no. El espíritu es siempre joven y nuevo, siempre y cuando dejéis que sea joven y nuevo. Cuando dejas que tu espíritu se ensucie, entonces tu

alma envejece un poco. Pero si limpias tu alma te vuelves uno con el universo y te aceptas a ti mismo como parte de todo lo demás, y entonces ya no temes a la muerte. Muchos hombres tienen miedo a la muerte porque han vivido sus vidas en contra de la naturaleza. Vivir contra la naturaleza es rechazar el conocimiento de que todo y todos dependen de todo lo demás para vivir. El árbol que produce oxígeno no puede existir sin el sol y el agua, y el animal que comemos no puede existir sin el oxígeno, el árbol, el sol y el agua. Somos parte de una cadena de dependencias y la muerte es parte de esa cadena.

“Pero sólo porque la muerte sea inevitable no significa que tengamos que aceptar morir. Vivimos más porque no lo hacemos”.

"Tienes razón. Pero me refiero al propósito de la vida, no sólo a extender el tiempo de vida.

“No podía ir a ningún otro lado. Durante demasiado tiempo mi propósito de vida ha estado aquí. He vivido entre los tarahumaras durante casi treinta años y me he ganado su confianza porque he tratado de mostrarles maneras de cuidarse mejor, de la misma manera que tú estás tratando de cuidarme a mí. Y luego me di cuenta de que necesitan cambiar algunas de sus costumbres, sí, pero cambiarlas para qué?

Cambiar para que puedan vivir acaparando cosas? No serían felices.

“Son felices ahora?”

“En cierto sentido, sí. Tienen una fuerza interior que no deja de sorprenderme. Esa fuerza la obtienen al estar en contacto con otro nivel de conocimiento”.

"Estás feliz?"

“Estoy en paz”, dijo. Rápidamente añadió: “Cuéntame, cómo te sentiste ayer durante tu baño en el río? No te sentiste nuevo y poderoso? No sentiste que el universo mismo entraba en tu ser? No te sentiste tan fuerte como para poder cargar el mundo sobre tus hombros?”

"Sí, lo hice. Como supiste?"

“Porque estabas limpiando tu alma, más que tu cuerpo.

“Es ese el propósito de la ceremonia?”

“Uno de ellos, sí. Limpiar tu alma es una de las cosas que he aprendido de ellos”. ella dijo. “Otra cosa que he aprendido es que hay diferentes niveles de conocimiento. Uno es el material, pero ese es limitado. Otro, el que prefieren, es el inmaterial. Ése es más alto si se quiere, porque es infinito; no está

limitado por realidades físicas.

“Puede ser, pero mientras tanto se mueren de hambre.

"Eso es verdad. Y créanme, he intentado durante muchos años cambiar eso. Viven en la miseria toda su vida y ven a sus hijos morir de hambre y, sin embargo, tienen una fuerza interior que yo no tengo. Míralos. Los desprecio porque se niegan a cambiar sus costumbres. Y los amo por la misma razón. Es una locura, verdad? Sus maneras los hacen nobles y amables, estúpidos y brutales al mismo tiempo. Sus cuerpos están sucios, pero sus almas están limpias. Puedes entender esto?"

"No."dijo Paul.

“He aprendido muchas cosas de ellos, y de la misma manera que yo ahora estoy esperando mi muerte física, ellos también. Todos están esperando desaparecer. Por eso no hacen nada para cambiar sus vidas. Para qué? De todos modos, su fin está cerca”.

"Qué hay contigo? No quieres vivir?"

"Por supuesto que sí. Pero mi ciclo ha terminado. He vivido mi vida, buena o mala, y traté de hacer lo mejor que pude en todas las opciones que tenía. He cumplido mi propósito. Extrañé ver crecer a mis hijos,

y ese es el único dolor que no he podido digerir. Hay muchas cosas que no podemos deshacer. Por ahora estoy terminando mi tiempo con este cuerpo, y pronto habrá tiempo para pasar a otro ciclo”.

Paul miró a su madre a los ojos y supo que no había nada que pudiera decir para hacerla cambiar de opinión.

"No quiero perderte ahora".

“No lo harás, cariño. Siempre estaré contigo”

"Prometido?"

"Sí."

"Juralo?"

"Lo juro"

Caminaron hasta el río en silencio. Entonces Paul pensó en algo. sacó su billetera.

"Quiero ayudar. Dime que puedo hacer." dijo, colocando los billetes en la mano de su madre.

“Si puedes enviar medicinas. Y comida. Mantas y cosas así. Ah, y juguetes para los niños. Envía muchos juguetes para los niños”.

"Lo haré. Te prometo que lo haré."



"Bien ahora. Ambos tenemos promesas que cumplir, no?"

"Sí. Sí."

El agua del río corría limpia y fría cuando Paul abrazó a su madre. Aunque deseaba que este momento durara para siempre, sabía que era demasiado tarde para recuperar el tiempo que habían perdido y sintió una gran pena porque no se habían encontrado antes.

A pesar de lo que ella dijo, él sabía que era una mujer muy fuerte. Era una dama noble que había sufrido bastante. Lo más importante es que había ido más allá de su sufrimiento y lo había convertido en algo más grande que ella misma. Por eso la admiraba mucho y se sentía orgulloso de ser su hijo.

En el viaje de regreso a Chihuahua, Beto estaba muy feliz a pesar de su ojo morado, su nariz hinchada y sus nuevas cicatrices. Paul, envuelto en sus propios pensamientos, no le preguntó el origen de esta felicidad. Pero veinticuatro horas después, cuando Beto llevó a Paul al aeropuerto de Chihuahua, Beto no pudo soportar más su secreto.

"Algo pesado está ocurriendo". susurró en la casa de Paul.

"Qué quieres decir?"

“Los indios se están armando. Vamos a tener otra revolución”. Dijo Beto, y lo abrazó alegremente a la manera mexicana, con muchas palmadas fuertes en la espalda. A Paul le dolió durante dos días.

Cuando regresó de Chihuahua, Paul estaba en un estado frenético, porque ya estaba totalmente convencido de que estaba en problemas.

Al conocer a su madre, se alegró de saber que era una dama. Pero su madre fue para él una prueba más de que don Octavio tenía una habilidad especial para hacer daño a la gente. Parecía disfrutarlo, como cuando le había clavado el rejón en el cuello al trabajador.

Y Paul sospechaba que ahora su propio cuello estaba en juego. Tenía una mejor idea de la personalidad y las actividades de don Octavio, y definitivamente comenzó a despreciar el día en que lo conoció.

Ya sabía que Don Octavio estaba muy involucrado en la política de alto nivel en México y lo había estado durante mucho tiempo. Había hecho su enorme fortuna por un camino sencillo; sus empresas hacían tratos favorables con los funcionarios del gobierno

mexicano todo el tiempo. En México era de conocimiento común que él estaba detrás de muchas de las actividades corruptas que se llevaban a cabo. Debido a su influencia, todos lo consideraban intocable. Según el detective Roberto, su querido padre también estaba detrás de algunas de las drogas que se enviaban a Estados Unidos. Para colmo, Paul había sido testigo de cómo ordenaba matar a un hombre. Y se había comportado como un loco pervertido con la madre de Paul.

Un hombre encantador.

Todos esos hechos hicieron que Paul estuviera seguro de que algo extraño estaba sucediendo con el material de impresión que estaba enviando a las empresas de don Octavio, pero no podía identificarlo. No estaba seguro de qué era, pero estaba seguro de algo; fuera lo que fuese, era ilegal como el infierno, y ahora él estaba involucrado en ello, lo quisiera o no.

Él no lo quería, por supuesto.

Había decidido hacía mucho tiempo que no le gustaba infringir las leyes. Creía que una sociedad legal es una sociedad civilizada, y una sociedad civilizada es el mayor logro de la humanidad. Pero más allá de las convicciones y creencias personales, el

quid de la cuestión era que si tenía que infringir una ley, quería hacerlo plenamente consciente de sus acciones. No le gustaba la idea de involucrarse cada vez más en algo ilegal sin su consentimiento.

Por alguna razón no le apetecía pasar el resto de su vida en prisión, así que sabía que si quería evitar ese prometedor futuro tras las rejas era mejor que averiguase qué estaba pasando. Y rápido.

Lo primero que debía hacer, decidió, era echar un vistazo al lugar al que enviaba todos esos pedidos de impresión.

El almacén de Houston estaba todo menos escondido. Estaba en una avenida principal, a lo largo de uno de los últimos desarrollos en la parte oeste de la ciudad. El edificio había sido construido recientemente y estaba muy iluminado y recién pintado.

El edificio en sí tenía una estructura común con muchos otros almacenes en todo el mundo; era cuadrado y no tenía ventanas. Aparte de eso, estaba pintado de azul y crema, y tenía una gran cortina de metal en la calle lateral. Parecía tan limpio y pacífico que Paul incluso dudó de estar en el lugar correcto.

Miró a su alrededor. El lugar no tenía señales de

ningún tipo excepto un pequeño número encima de la cortina.

“1325”

Ese era el lugar. Paul inspeccionó el edificio desde el interior de su coche de alquiler. Había estado enviando decenas de millones de hojas impresas a ese edificio durante el último año, y era la primera vez que lo veía.

Después de unos minutos se fue. Necesitaba encontrar una manera de acceder a ese edificio para poder ver lo que estaba sucediendo dentro.

Regresó a su hotel, pensando en ello.

Llamó a Sharon a Florida y le dio información precisa con instrucciones; debía llamar inmediatamente al almacén y advertirles que se les había enviado una caja por error. Podrían pedirle al repartidor que devolviera la caja inmediatamente? Si había algún problema, que el repartidor llame a Florida por cobrar.

Luego salió y buscó lotes de autos usados hasta que encontró el vehículo perfecto. La furgoneta era un Volkswagen y la pintura estaba buena, a pesar de que tenía casi veinte años. Pagó quinientos veinticinco con su tarjeta de crédito.

Llamó a la agencia de alquiler de coches, les dijo dónde podían encontrar su coche y luego, a bordo de la furgoneta, fue a casa de Sam a comprar un par de sillas de plástico y una caja de hojas de papel bond, cinco mil por caja. Lo envolvió en papel marrón para la entrega y le colocó etiquetas con la dirección del almacén.

Se detuvo en K-Mart y se compró una cámara, cinco rollos de película y la camiseta más fea y colorida que pudo encontrar. También consiguió un par de anteojos de espejo y una gorra con OILERS impreso en el frente.

Había un pequeño centro comercial al otro lado de la carretera donde estaba el almacén, y allí es donde Paul estacionó su camioneta de observación. Colocó la furgoneta en el aparcamiento de tal forma que pudiera observar el movimiento en el almacén.

Observó toda la noche en vano. No pasó nada, pero tomó muchas fotografías para referencia futura.

A la mañana siguiente aparecieron dos personas alrededor de las nueve y eso fue todo. Una era una rubia esbelta y guapa que llegó conduciendo un Mazda azul. El otro era un hombre corpulento, de unos cuarenta años, con mucho pelo (barba, bigote,

todo) que llegó en un Miata flamante.

Paul salió a las once, fue a su hotel a dormir y ducharse y volvió a las cuatro y media de la tarde.

A las cinco, las mismas dos personas salieron del almacén, subieron a sus coches y se marcharon. Desde lejos no parecían muy amigables el uno con el otro.

La segunda noche observó hasta quedarse dormido, y a la mañana siguiente vio cómo el mismo cupé seguía la misma rutina que el día anterior. Ningún otro empleado ni ningún otro trabajador.

Eso significaba algo, aunque Paul no sabía qué.

Regresó a su habitación, se vistió con su camisa de colores, las gafas de espejo y la gorra. Cuando se miró al espejo se sintió lo suficientemente seguro como para parecerse a cualquier otro trabajador ilegal que intenta pasar desapercibido.

Almorzó en un restaurante de comida rápida al otro lado de la carretera desde el almacén. Esperó hasta las tres antes de hacer su movimiento.

Condujo la camioneta hasta la gran cortina del almacén y, en caso de que estuvieran mirando a través de una cámara, hizo un gran espectáculo mirando el número. Llevó la caja de papel al hombro y tocó en el



timbre.

Esperó.

No pasó nada.

Volvió a llamar.

No pasó nada.

Estaba pateando la cortina antes de que finalmente se abriera una pequeña ventana.

“Sí?”, dijo la mujer rubia.

“Tengo una entrega para... veamos... Corporación de Comercio Internacional. Es este el lugar correcto?”

“Sí”, dijo ella. Ella lo miró fijamente.

“Está bien!” dijo y se preparó para entregar. Pero la mujer rubia no se movió.

“Es el lugar correcto, verdad? Corporación de Comercio Internacional? le preguntó de nuevo.

“Sí.” dijo ella y no se movió. Paul se preguntó qué le pasaba. Estaba drogada o algo así?

“Está bien, podrías abrir la puerta? Esta caja pesa, sabes?”

“Sí.” ella dijo. Ella cerró la ventana. Entonces no pasó nada.

Paul esperó unos diez minutos bajo el ardiente sol de Houston, hasta que se cansó y empezó a patear la cortina de nuevo.

La rubia regresó.

"Sí?" dijo, actuando como si no lo hubiera visto antes. Que ...?

"La caja, señora. Recuerda?"

"Oh sí." dijo. Empezó a levantar la cortina presionando un botón. Lo levantó lo suficiente para que Paul pudiera inclinarse. Cuando lo hizo, se encontró observando muy de cerca sus piernas y quedó felizmente sorprendido por lo que vio. Llevaba una microfalda y ahora Paul podía ser testigo legal del hecho de que no llevaba nada más debajo de esa falda. Sus medias duras y deliciosas parecían temblar anticipando algo.

"Oh, vaya!" él dijo.

"Sí." dijo ella, sin prestarle atención.

"¿Dónde quieres esto?"

Ella señaló hacia arriba.

"Allí arriba?"

"Sí"

Paul se preguntó si tenía muerte cerebral. Sabía alguna otra palabra en inglés?

Subió las escaleras a un lado de la entrada. Paul siguió esas exquisitas piernas hacia arriba, y cuando estaba disfrutando al máximo, el grandullón peludo salió de la oficina. Tenía puesta una camiseta sucia. La camiseta decía OUCH!

"Qué es eso?" dijo, señalando la caja que llevaba Paul.

"Tengo una entrega aquí para la Corporación de Comercio Internacional.

"De quien?"

Paul fingió ignorancia.

"Me supera. Déjame ver... de Art in Printing Incorporated.

"Oh, sí, llamaron. Dijeron que hubo una confusión.

"Ah sí?" dijo Paul.

"Sí. Algún problema con eso?"

"No. Pero qué quieres que haga con la caja?"

"Devolverlo."

"Vas a pagar por ello?"

"No haré. Ellos te pagarán".

"Seguro?" Jesús. Estaba empezando a hablar como la rubia.

"Sí. Llámalos por cobrar si quieres".

"Podría usar tu teléfono?"

"Seguro. Adelante." dijo el hombre. Luego desapareció por otra puerta.

Pretty Legs estaba en la oficina. Tenía puestos los audífonos para los oídos de un walkman, lo que explicaba por qué tardó tanto en abrir la puerta antes. Estaba trabajando en la computadora. Sus hermosas piernas estaban escondidas debajo del escritorio.

"El hombre dijo que podía usar el teléfono?" dijo Paul.

La chica ni siquiera levantó la vista de la pantalla del ordenador.

Paul llamó a Florida y, mientras hablaba con Sharon, memorizó todo lo que se le ocurrió. Las oficinas estaban muy bien amuebladas y había una pared de cristal que daba al almacén. Era un lugar grande. Techos altos. Había al menos veinte filas de mesas baratas hasta la pared del fondo y en cada mesa había montones de material impreso que Paul les

había enviado.

“Sí, señora? Recibí esta caja aquí en la Corporación de Comercio Internacional en Houston, Texas, y me dijeron que hubo un error y que la llamara”. dijo todo en un solo suspiro, disimulando un poco su voz con la esperanza de que Sharon no lo reconociera.

“Sí, de hecho. Enviamos la caja equivocada, así que por favor envíenosla de vuelta...” dijo, y mientras explicaba, Paul siguió inspeccionando el edificio.

No había claraboyas ni otras puertas visibles. Parecía que la única forma de entrar al almacén era a través de esa cortina metálica. No había actividad en ningún lugar dentro del edificio y Paul comenzó a aceptar que sus instintos, como siempre, le estaban dando la razón.

Algo sospechoso estaba sucediendo en el paraíso.

"Sí", dijo al teléfono.

Era difícil entrar en el lugar. Por otro lado, tener un solo acceso difícil al edificio los había hecho descuidados; no había ningún sistema de alarma a la vista ni otras formas de seguridad.

"Sí." dijo Paul, a pesar de que Sharon había colgado

su aparato desde el primer sí que pronunció.

En ese momento el tipo grande y peludo volvió a la oficina. Miró directamente a Paul, como preguntándose qué diablos sigues haciendo aquí. Paul decidió que era mejor moverse antes de que el tipo sospechara.

"Sí, bien. Te cobraré el importe total de este paquete, de acuerdo? Bueno, ahora cuídate", dijo y colgó.

El tipo grande levantó la caja de papel que Paul había dejado en el suelo. Le dio la vuelta y lo inspeccionó. Cuando estuvo satisfecho se lo devolvió a Paul.

"Todo bien?" dijo.

"Sí, está bien, gracias". Respondió Paul.

Pretty Legs no se movió, no dijo una palabra, ni siquiera respiró con más fuerza, pero de alguna manera el aire se puso muy tenso y Paul se dio cuenta de que había algo de rencor entre esos dos.

El tipo grande lo acompañó fuera del almacén y Paul se apresuró a regresar a su camioneta.

Manejó durante diez minutos y luego regresó y estacionó a una cuadra de distancia.

A las cinco y cinco, Pretty Legs salió del almacén, subió a su coche y se fue.

Paul salió tras ella y tuvo suerte: ella se detuvo en un supermercado.

Siguiendo esas piernas bonitas, Paul tomó un paquete de cerveza y una bolsa de chips de tortilla antes de chocar accidentalmente con ella junto a las cenas congeladas ya preparadas.

"Lo siento", dijo.

"Sí", dijo ella.

"Ey! Te conozco." dijo Paul.

"Sí?" dijo ella, y por primera vez lo miró directamente. Paul se había quitado las gafas de espejo y la gorra y a ella pareció gustarle lo que vio.

"Si seguro. Trabajas en el almacén, verdad?"

"Sí.

"Oh, genial. Qué mundo tan pequeño, no? Esto es genial. Soy nuevo en Houston y no tengo amigos. Yo soy Paul." dijo con su mejor sonrisa.

"Hola." ella dijo. Bingo! Dijo una palabra nueva! Paul se sintió aliviado.

"Tienes un nombre?"

"Soy Beth", dijo con una voz tan sensual que Paul sintió que le hacía cosquillas en la piel.

"Ese es un nombre muy bonito".

"Gracias."

"Eres modelo?" él dijo.

"No. Por qué?", respondió Beth con una sonrisa de satisfacción.

"No recuerdo haber visto una mujer más hermosa en todo el estado de Texas. Deberías ser modelo. O al menos una animadora de Dallas". Probó la vieja línea, intentando ser simpático, pero la sorpresa fue suya cuando ella respondió seriamente.

"A decir verdad, he intentado conseguir un trabajo de animadora, pero hay tantas chicas hermosas por ahí que es imposible.

"De verdad?"

"Sí. Quiero decir, son muñecas. Todas ellas." dijo.

Sigue contándome mamácita, pensó Paul.

Ella lo hizo. Mientras recorrían los pasillos del supermercado, ella le contó su larga historia de pruebas, esperanzas y engaños con los Dallas



Cowboys. Cuando llegaron a la caja, Paul tenía su número de teléfono, su dirección y una cita para cenar con ella el viernes siguiente, después del trabajo.

El viernes ella le contó muchas cosas.

Resulta que Beth era una secretaria temporal, que reemplazaba a la habitual que estaba esperando a su bebé. La normal era la esposa de Roy, el tipo grande y peludo. Beth llevaba menos de dos semanas en el trabajo.

"Pero te diré que ya parecen dos años".

"En realidad? Por qué?"

"Roy."

"¿Qué pasa con Roy?"

"No puede mantener las manos quietas.

Quién puede culparlo? pensó Paul, pero lo que dijo fue

"¿Qué cabrón!"

"Sí. Quiero decir que es asqueroso. Su esposa está dando a luz y lo único que este tipo quiere es agarrarme de las piernas".

"¿Lo has denunciado?"

"A quien? Él es el jefe, recuerda".

"Qué hay de las autoridades? Hay leyes contra este tipo de cosas, sabes?"

"Lo sé. Si las cosas empeoran, lo haré, pero por ahora puedo manejarlo. Y además, necesito el trabajo."

"Pero qué haces exactamente? Vi que hoy no parece haber mucho trabajo. Quiero decir, son sólo ustedes dos, verdad?"

"Sí. Pero Roy dice que el próximo lunes estaremos muy ocupados porque es la hora de entrega."

"Qué es eso?"

"Bueno, no estoy segura. Pero Roy dice que el lunes habrá un grupo de chicos ayudándonos a hacer los paquetes."

"Es eso lo que estabas haciendo hoy?"

"Oh, no. Estaba trabajando en la base de datos de las empresas a las que enviamos cosas".

"Hay muchas?"

"No. Sólo alrededor de un ciento de empresas, y todas ellas en México. Así que mantener la base de datos es fácil. Pero Roy no sabe nada de ordenadores, sabes? luego ella parpadeó. "Pero qué hay de ti?"

"Qué hay de mí?"

"No hablas como un repartidor, sabes?"

"No lo soy." Respondió Paul, distraído, antes de darse cuenta de lo que estaba preguntando ella.

"No?"

"Lo que quiero decir es que estoy empezando mi propio negocio de entrega a domicilio, sabes? Contrato el trabajo sobrante de UPS, Federal Express y de todos los grandes.

"Reallyj. No sabía que podías hacer eso". Yo tampoco, pensó Paul.

"Basta de negocios. Te gusta bailar?"

"Me encanta bailar."

"Bueno, vamos.

Después de bailar un rato la llevó a casa. Vivía en un apartamento muy lujoso. Paul no creía que ella pudiera permitírsele sólo con su trabajo como secretaria, pero no dijo una palabra al respecto.

Ella lo invitó a subir a tomar una copa, pero en cuanto cerró la puerta se puso seria.

"Mira Paul, me gustas mucho y si lo deseas podemos pasar todo el fin de semana juntos. Pero si lo

hacemos o no, tienes que prometerme algo.

"Seguro.

"Prométeme no volver a llamarme nunca más.

"De veras? Por qué?"

"No te concierne, pero estoy involucrada con otro hombre y, ya sabes, simplemente no quiero tener complicaciones emocionales en mi vida. Este fin de semana es el único momento que podríamos tener. Ya tu sabrás..." Ella dijo. Y ella lo decía en serio.

Paul no creía en su miedo a las complicaciones emocionales. Parecía el tipo de chica a la que le encantaba tener complicaciones emocionales. Quizás el otro tipo era el que pagaba el alquiler. Sin embargo, acordó no volver a llamarla después de que terminara el fin de semana si ella aceptaba una sola condición.

"Cual es?"

"Que me dejarás ver el interior de una de esas cajas antes de que vaya a México.

"De qué estás hablando? Qué cajas?"

"Las cajas en el almacén?"

"Qué es esto?, dijo. Ella lo miró atentamente. "No eres un repartidor, verdad?"

"No. La verdad es que soy hijo del dueño del almacén, y del negocio. Roy es sólo un empleado.

"Oh sí?

"Sí.

"Cuál es el nombre de tu padre?"

"Octavio Terrazas. Y mi hermana es Eugenia Terrazas, y está casada con Sebastián Sarabia.

Ella se cruzó de brazos, apaciguada. "Por qué no le preguntas a Roy?"

"Porque creo que está involucrado en algo torcido. Pero necesito tener pruebas. Por eso quiero comprobar el movimiento en el almacén antes de ir a la policía. Me entiendes?"

"Sí.

Ella pareció pensarlo bien.

"Qué hay de mí?"

"Si te mantienes alejada, no te pasará nada".

Ella pensó rápido.

"Si Roy va a la cárcel, podrías hablar con tu padre? Para que me de su trabajo?"

"Ciertamente."

Ella lo pensó un poco más.

"Trato hecho.

No fue hasta el jueves por la noche que Paul recibió la llamada de Beth. Estaba segura de que al día siguiente los camiones de UPS iban a recoger las noventa y siete cajas que habían empacado.

“Has podido mirar dentro de las cajas? Sabes qué ponen dentro?

"De ninguna manera. Roy las cuida como un halcón. La tripulación vino por la noche, cuando yo no estaba allí. Nunca pude ver nada ni a nadie. Pero esas cajas están listas para salir.

“Tienes llaves del almacén?

"Estás bromeando? De todos modos pensé en algo.

"Qué?

“Lo mejor que puedes hacer es estar cerca del almacén mañana alrededor del mediodía. Creo que puedo convencer a Roy para que nos traiga una hamburguesa para el almuerzo, sabes? Y en ese momento podrás entrar y echar un vistazo por ti

mismo. De todos modos, yo no sabría qué buscar”.

"Okay, pero qué pasa con UPS?

"Que hay con ellos?"

“A qué hora llegarán a recoger las cajas?

"Oh Dios. No tengo ni idea.

“Bueno, llámalos temprano en la mañana y diles que vengan después de las tres.

“Y Roy?”

“Dile a Roy que UPS te llamó para decirte que estarán por la tarde.

“Oye, eso me gusta.

Paul estacionó su camioneta a una cuadra del almacén cinco minutos antes de las doce. Y dos horas y media después finalmente vio el coche de Roy saliendo del almacén.

Paul corrió hacia el edificio. Beth ya lo estaba esperando y había levantado el telón.

"Apurate! Pasa por esa puerta”.

Paul lo hizo. Las cajas ya estaban selladas, por lo que tuvo que buscar un cuchillo. Usó un

destornillador que encontró en el suelo. Abrió una de las cajas. Estaba llena de material impreso. Había suficiente espacio dentro de la caja para que pudiera pasar la mano por el papel y lo hizo, asegurándose de que no quedaran espacios vacíos. No había ninguno. Pero estaba seguro de que tenía que haber algo más dentro, por lo que vació todo el contenido en el suelo rápidamente.

No había nada más que papel.

Marcó la casilla. Estaba limpio.

Volvió a pasar la mano por el papel, asegurándose de que fuera el mismo material impreso que había enviado.

Lo era.

Estaba a punto de darse por vencido cuando algo llamó su atención. Más tarde pensaría que si no hubiera estado buscando algo mal, no lo habría captado. Una esquina de una hoja de papel estaba doblada como una oreja de perro. Por costumbre empezó a desdoblar la hoja, pero luego lo pensó y separó todas las hojas de una en adelante.

Finalmente, lo encontró.

Debajo de varias hojas de papel había sobres



blancos pegados con cinta adhesiva. Paul abrió uno, consciente de que se le estaba acabando el tiempo antes de que Roy regresara.

Dentro había dinero.

Cuenta el dinero, rápido! Dos mil.

Realmente tenía que actuar rápido. Volvió a empaquetar el dinero, volvió a colocar el papel en la caja, la selló y la colocó al final de una fila de cinco.

Salió corriendo del almacén justo a tiempo.

El Miata de Roy dobló la esquina cuando Paul estaba llegando al otro lado de la calle.

De regreso a su hotel, Paul trabajó toda la noche para tratar de encontrarle sentido a todo esto.

Nunca esperó encontrar dinero dentro de esas cajas. En efectivo. En billetes pequeños. Pero lo había hecho y ahora no necesitaba ser un genio para darse cuenta de que era dinero sucio, dinero de la droga, enviado fuera del país por UPS. Entrega segura a tu puerta. Jesús.

Le llevó el resto de la noche descubrir todo el truco.

Don Octavio compraba drogas a productores locales en las montañas de Chihuahua y las enviaba a

organizaciones dentro de los Estados Unidos de América. Estas organizaciones pagaron en efectivo. Esas enormes cantidades de billetes pequeños debían colocarse en algún lugar. Transportarlos de vuelta a través de la frontera hacia México era difícil y peligroso. Las maletas con esas cantidades de dinero eran una gran tentación para cualquiera.

Aquí es donde entró Paul.

Su material impreso era recibido en el almacén y luego distribuido en esas cajas más pequeñas, cada una de las cuales pesaba menos de 30 libras. Luego colocaban el dinero dentro, entre las hojas de papel, en sobres como el que había abierto Paul.

Si cada sobre contenía la misma cantidad que había contado, cada caja contenía alrededor de treinta mil dólares cada una.

Treinta mil veces noventa y siete cajas enviadas hacían un total de... lo que sea. Casi tres millones de dólares.

Las cajas serían entregadas individualmente a las empresas de don Octavio en México. Si alguien en la frontera las abriera para marcar las cajas, vería sólo la parte legítima, que era el material que Paul estaba

imprimiendo. A menos que se molestaran en comprobar hoja por hoja, nunca verían los sobres.

Los responsables de las empresas en México sacaban el dinero de las cajas y depositaban los dólares en efectivo en sus cuentas bancarias como parte de sus propias transacciones diarias. Como se trataba de cantidades relativamente pequeñas, nadie en los bancos se dio cuenta. Luego transferirían el dinero de una empresa a otra hasta que quedara totalmente limpio, y en ese momento regresaría a Estados Unidos a través de Eugenia y sus grandes expediciones de compra de bienes raíces. Menos los gastos de todos estos movimientos, don Octavio estaba recuperando probablemente entre 0,60 y 0,70 centavos por dólar. Totalmente limpio. Si se invirtieran sabiamente, se duplicarían en diez años.

Hermoso.

Según los registros mantenidos en la base de datos que manejaba Beth, en el último año Roy había enviado alrededor de cien cajas tres veces al mes a México. Eso significaba que don Octavio había recuperado al menos cien millones de dólares desde entonces.

Y Paul estaba metido hasta el cuello en todo esto.



El peligro en el que se encontraba era obvio, y la única manera de salir de la trampa en la que estaba era acudir a la policía, pero para ello necesitaba llegar con algo más que solo palabras; necesitaba pruebas de las drogas que don Octavio enviaba al país, entonces la policía podría actuar contra él y Paul quedaría libre de culpa.

Y sólo había una manera de saberlo. Tuvo que hacerlo completamente solo por varias razones; como no sabía hasta dónde llegaban las conexiones de su padre en el gobierno, no podía correr el riesgo de que lo mataran por una filtración; y no quería terminar en un programa de protección de testigos, por lo que tenía que asegurarse de que la policía actuara por su cuenta.

Pero como hacerlo?

Paul decidió empezar en el rancho de su padre. Estaba tan cerca de la frontera que Paul estaba seguro de que no era una coincidencia.

Voló a Puerto Peñasco, alquiló un auto y se registró en un motel de tamaño mediano donde pudo estacionar su auto justo al lado de su habitación.

A la mañana siguiente se dirigió a Roca del Toro para inspeccionar el acceso al rancho.

Conducía como si fuera un turista más y lo que descubrió le hizo relajarse un poco. Desde la carretera parecía muy fácil entrar en el lugar; era tan grande, que tenía mil lugares donde cualquiera podía pasar desapercibido. Los límites del rancho estaban claramente marcados por un alto muro de piedra que rodeaba todo el recinto. Y la piedra misma proporcionaba un soporte excelente, por lo que ni siquiera necesitaba una cuerda ni ningún otro tipo de herramientas. Sólo necesitaba una linterna.

Pensó que iba a ser muy fácil.

Con eso en mente y silbando, se fue a almorzar a la playa más cercana. Comió en un pequeño restaurante rústico que estaba frente al mar. Mientras tomaba una cerveza Corona fría, los hijos del dueño saltaron a las olas y sacaron su almuerzo. Utilizaban una pequeña red que manejaban entre los dos con gran destreza y práctica.

Comió, tomó dos o tres cervezas más y luego

contempló el atardecer desde la playa. El cielo se puso violentamente rojo y Paul recordó algunas de las historias que le había contado su padre y la forma encantadora en que se comportaba cuando quería. Entonces Paul recordó también su encanto, y sus reacciones infantiles cuando era feliz... Si don Octavio hubiera sido sólo ese hombre, Paul lo habría amado entrañablemente como a un padre. Pero no lo era: don Octavio también era otra persona; alguien peligroso, mezquino y cruel.

Fue un final triste para su corta relación.

El propio Paul estaba triste porque hacía mucho tiempo que había aprendido a convertirse en un mejor hombre después de conocer a alguien, a cualquiera. Siempre trató de aprender de sus éxitos y de sus fracasos para poder volverse un poco menos ignorante y mejorar siempre que pudiera.

Haber conocido a don Octavio no lo había mejorado. Su propio padre no le había dado ni siquiera ese pequeño regalo. Al contrario, Paul se sentía sucio, tacaño y menospreciado por haberlo conocido.

Sentado allí en la vieja silla de madera frente al océano, Paul se dio cuenta de que en su mente don

Octavio había llegado a representar todo lo que él despreciaba. En cierto sentido, Don Octavio se había convertido en el Mal mismo.

Paul siempre había pensado en el mal como algo abstracto, como algo no del todo real que le sucedió ahí fuera, a otra persona. Ahora cada vez que pensaba en don Octavio pensaba sólo en cosas malas y se daba cuenta de que el mal estaba tan omnipresente porque era muy atractivo y encantador. Igual que su padre. Mal en el sentido de las cosas malas que alguien cometió contra un inocente. En ese sentido don Octavio ciertamente encajaba en la descripción porque Paul lo había visto cometer actos crueles contra inocentes; una y otra vez. Nunca fue accidental; para don Octavio el solo hecho de hacerlo a propósito era para él como un desafío, y siempre estaba plenamente consciente del daño y el dolor que estaba causando.

Cuanto mayor es la conciencia, mayor es el mal cometido.

Pero no como un psicópata enfermo, uno de esos animales dementes que andan por ahí destruyendo gente. No calificaban como malvados; no eran más que escoria enferma de humanidad. No sabían lo que estaban haciendo.



Don Octavio era otra cosa. Siempre que se proponía causar dolor, lo hacía con una enorme conciencia. De hecho, parecía casi afligido. Pero lo hizo de todos modos.

Siempre tuvo la posibilidad de hacer el bien y siempre elegiría hacer el mal. La mayor diferencia entre don Octavio y un multikiller enloquecido era que el multikiller era un animal enfermo incapaz de pertenecer a la sociedad en general. Don Octavio, por el contrario, fue producto de su sociedad y destacó por ser parte dominante de esa sociedad.

“Sí - pensó Paul cada vez más enfurecido. - Es un hombre malvado. Y necesito detenerlo”.

Sintiéndose bien consigo mismo y como un soldado que va a luchar por una buena causa, Paul condujo hasta el feudo de su padre.

No se molestó en esconder el coche. Simplemente lo estacionó junto a la pared de piedra, se subió a él para llegar a la parte superior de la pared, se levantó y luego saltó al césped.

Sin problema.

Ni siquiera necesitó sacar su linterna; la luna era tan

brillante que podía ver claramente su camino. Se movía rápido, intentando no hacer demasiado ruido.

Cuando se acercó al edificio principal del rancho, decidió que lo mejor sería al otro lado del edificio, hacia la pista de aterrizaje. Recordó que al final de la pista había algunos edificios casi totalmente ocultos por los árboles. No había nada especial en esos edificios; Parecían bastante abandonados y necesitados de atención. La imagen que tenía en su mente era la de un techo en ruinas. Si los recordaba era precisamente porque eran muy poco atractivos. Aunque en ese momento no lo registró en su conciencia, esos edificios eran una discrepancia directa con todo lo demás que poseía su padre. Entonces, razonó, si todo lo que posee don Octavio está tan bien cuidado, casi hasta la obsesión, por qué ese edificio era tratado con tanta indiferencia?

A menos que su padre quisiera que todos pensaran que no le importaban esos edificios. Exactamente lo contrario de la verdad, si Paul tenía razón.

Le llevó casi diez minutos llegar a la pista de aterrizaje y otros cinco caminar hasta el final.

No había visto ni oído nada más que el viento, los grillos y sus propios pasos, pero a medida que se

acercaba al edificio empezó a oír voces, risas, vio luces y olió a humo.

Alguien estaba cocinando.

Caminando cada vez con más cuidado, se dirigió al primer edificio. Había sido construido con tablas de madera en bruto y podía ver el interior a través de una ventana abierta.

Estaba oscuro y parecía vacío.

Las voces y las risas se hicieron más fuertes a medida que se acercaba al segundo edificio. Estaba rodeado en tres de sus paredes por fardos de heno para los caballos, las vacas y otros animales que tenían en el rancho.

Paul trepó a la hierba y, al encontrar un agujero donde el techo se unía a la pared, echó un vistazo al interior.

Había alrededor de una docena de hombres repartidos. Uno cocinaba en una pequeña parrilla eléctrica, cuatro jugaban a las cartas sobre una mesa y el resto trabajaba en un avión que estaban desmantelando en el centro del hangar.

Paul observó más de cerca. No estaban desmantelando el avión. Lo estaban armando. Y no

era un avión; era un planeador. Estaban construyendo un planeador con madera y tela. Era un planeador grande; aproximadamente el doble del tamaño de los planeadores que Paul había visto antes. Y a juzgar por la velocidad con la que los hombres lo estaban construyendo, obviamente tenían una enorme experiencia.

Entonces Paul empezó a entender lo que estaba pasando.

Los hombres que jugaban en la mesa estaban todos armados; por lo tanto estaban vigilando a los muchachos que construían el planeador. El cocinero podría estar en cualquier lado. Por supuesto, saber esto no significaba nada; todavía eran el enemigo. Pero Paul se sintió de alguna manera mejor por tener que ser más astuto que sólo cuatro tipos armados, y no doce.

Observó mientras los mecánicos armaban su rompecabezas gigante. Parecía como si todo hubiera sido hecho en otro lugar y luego traído aquí sólo para ensamblarlo. Esto significaba que los mecánicos básicamente tenían que juntar piezas, atornillar tuercas, pegar y clavar tela ya cortada y montada.

Tres horas más tarde los siete mecánicos estaban

dando los últimos retoques a las alas. La única parte que Paul no esperó a ver fue la pintura; cuando empezaron a aplicar pintura negra con un compresor de aire, debido al ruido infernal que hacía, Paul pensó que era un buen momento para mudarse de allí.

Paul acababa de saltar del heno cuando uno de los guardias abrió una puerta. El guardia tenía la mano dentro de la cremallera y estaba alcanzando su pene para orinar, cuando Paul aterrizó a apenas un metro de él.

“Hijo de la chingada! ”, gritó el guardia y se orinó en los pantalones.

Paul corrió lo más rápido que pudo hacia el primer edificio, mientras el guardia regresaba corriendo para recuperar su arma y el resto de los guardias.

Pero a mitad de camino Paul se detuvo en seco y decidió que estaba jugando mal. Al fin y al cabo, era hijo de don Octavio. Y mucha gente lo había visto con el anciano unas semanas antes. Entonces Paul dio media vuelta y caminó muy tranquilamente hacia el hangar.

Cuando llegó a la puerta, los guardias estaban a punto de salir de allí con sus rifles AK y sus calibres 45 en las manos.

“Qué carajo estás haciendo?”, gritó Paul. “Es así como vigilan el rancho de mi padre? Jugando a las cartas y emborrachándose”, dijo con toda la autoridad que pudo reunir.

Tres de los guardias le apuntaron con sus armas, pero Paul los desestimó con una mirada fría.

“Y tú quién eres, cabrón?”, dijo uno de ellos.

“Soy el hijo de don Octavio, pendejo ”, dijo Paul con la misma insolencia que había visto usar a su padre.

“Ahh, sí es cierto. Ya me acuerdo.” dijo uno de ellos. “Vino con don Octavio a su última fiesta de cumpleaños. Vino en el avión”. Sonrió y bajó el arma.

Bien, pensó Paul. Uno menos.

“Estás seguro?”, dijo otro.

“Por supuesto. Lo recuerdo porque vino a los establos cuando murió el caballo”.

“ Exacto. Cuando mi padre estaba... molesto”, dijo Paul.

Los otros hombres se miraron unos a otros, dudando. Paul vio su indecisión y los presionó más.

“Bajen las armas, inmediatamente!”, ordenó. Los

hombres le obedecieron.

“Quién está a cargo aquí?”

“Yo”, dijo uno de ellos. No estaba muy convencido, así que Paul decidió concentrarse en él.

"Cómo te llamas?"

“Soy el Comandante Ramírez”.

“Entonces, por qué jugaba a las cartas, Comandante? Esperando que venga la policía a buscarlos a todos?” dijo Paul y entró en el hangar. Los guardias lo siguieron.

“Nooo, patrón. Que pasó. Estábamos esperando a que terminaran esos cabrones, sabes? Para que podamos llevarlos de regreso al aeropuerto”.

“Por qué no dejaste a nadie afuera, vigilando?” El hombre no respondió.

“Te estoy haciendo una pregunta. Por qué no dejaste a alguien afuera para que vigilara mientras estabas aquí adentro?”, le gritó Paul a la cara. La piel del Comandante se puso roja y azul, pero aún así no respondió. Él simplemente bajó los ojos.

El resto de los guardias se dispersaron por el hangar y uno de ellos salió a mirar.



Paul pasó por encima del planeador. Estaba terminado. La pintura todavía estaba un poco húmeda y por eso brillaba un poco, pero la pintura estaba mate. Cuando se secase, el planeador se derretiría fácilmente en el cielo. Y debido a su tamaño y los materiales con los que fue construido, sería indetectable para cualquier radar.

Paul miró a los mecánicos. Todos escondieron los ojos y nadie se volvió para mirarlo. Paul decidió que aún debería estar enojado, así que miró de cerca el planeador, tratando de encontrar algo de qué quejarse. Lo encontró en un pequeño trozo de tela que se había despegado cuando le aplicaron la pintura.

"¿Qué es eso?" empezó a preguntar, cuando uno de los mecánicos se apresuró a arreglar la tela.

"¿Que estás tratando de hacer? Matar al piloto?", dijo Paul, y de inmediato se arrepintió al ver las miradas que los mecánicos intercambiaron con los guardias. No dijeron una palabra, pero Paul se dio cuenta de que había cometido un error. Pero ¿donde? Cuando mencionó al piloto? Fue eso todo?

"¿Tú!", dijo, señalando con el dedo al Comandante .

Ramírez.

"¿Yo?"

"Sí, ven aquí".

El comandante se acercó a Paul con cautela.

"Mi padre no tuvo tiempo de explicar cada pequeño detalle de cómo funciona esta operación. Dijo que me lo dirías. Entonces, dime."

"Tu padre no me ha ordenado que lo haga", dijo el Comandante.

"No lo es, pero te lo estoy ordenando. Quieres ir en mi contra? Dijo Paul mirando al hombre. El Comandante meneó la cabeza en silencio.

"Entonces, dime."

"Es un planeador"

"Puedo ver eso. Quién es el piloto?"

"Ese es el punto. No tiene piloto".

"Cómo lo controlas?"

"Radio. "

"Rango?"

"Entre 100, 150 kilómetros. A veces más. Depende del viento, por supuesto.

"Capacidad de peso?"

"Aproximadamente una tonelada. Casi."

“Una tonelada de kilos?”

“Qué más?” dijo el hombre, y sonrió por primera vez.

Una tonelada de kilos equivalía a casi dos mil libras. Eran muchos kilos de polvo blanco.

“Dónde está la carga?”

“No te lo dijo tu padre?”, preguntó el hombre. Cada vez sospechaba más, pero Paul descartó esto por considerarlo irrelevante. Qué van a hacer? Sobre sus cabezas flotaba la amenaza de don Octavio.

“No, no lo hizo. Tienes algún problema con eso?”

“No. Es sólo que él es el único que sabe cuándo llega el cargamento”.

“Entonces?”

“Sí. Pregúntale a los otros muchachos si no me crees”.

Paul llenó los espacios en blanco fácilmente. Después de que el avión que soltara el planeador, sería muy fácil controlar su descenso. Entre 100 y 150 kilómetros era un tramo largo desde cualquier punto de vista. Así conseguían que la droga cruzara la frontera. Indetectable, perfectamente silencioso y

seguro. Luego, una vez en tierra, el planeador podría ser desmantelado en quince minutos. Y la carga y el planeador desaparecerían sin dejar rastro.

Muy eficiente.

Paul necesitaba hacer tiempo mientras pensaba cómo salir de allí. Entonces recordó el papel que estaba desempeñando; se suponía que debía estar haciendo una inspección del lugar. Así lo hizo.

Paul caminaba por el hangar criticando todo lo que estaba fuera de lugar, sucio o roto. El Comandante lo siguió como un perro, hasta que otro hombre entró corriendo al hangar. Cuando vio a Paul, se alejó de él, e inmediatamente Paul supo que estaba en problemas.

El hombre que acababa de entrar hizo un gesto al Comandante para que se acercara. Paul siguió caminando, fingiendo ignorancia e inocencia. Hablaron en murmullos y Paul sintió sus ojos en su espalda.

Entonces sintió un arma. "Adivina qué?"

"Qué?"

"Tu padre dice que no tiene hijos", dijo el Comandante, y empezó a trabajar en Paul.

“Ya no te conozco”, dijo, y esos fueron los primeros sonidos que escuchó Paul después de recuperar la conciencia.

Él pensó que ella le estaba hablando y trató de responder, pero la mordaza en su boca le impidió emitir ningún sonido. Y las cuerdas que le ataban las manos y los pies a la espalda le impedían moverse. Estaba acostado de lado y le hormigueaban los brazos. Tenía las piernas entumecidas y apenas podía respirar debido a la sangre que le salía de la nariz rota. El Comandante seguramente se había divertido golpeándolo.

Paul no recordaba haber sentido mucho dolor mientras le golpeaban; Sólo ahora empezaba a doler. Mucho. Por todas partes.

“Realmente no sé quién eres.” dijo la voz, y Paul se concentró en enfocar sus ojos.

Eugenia se encontraba frente a su padre en el gran salón. En la penumbra, la enorme sala parecía aún

más imponente; cada adjetivo se volvió superlativo: más grande, más elevado, más vacío, más rico, más oscuro... incluso los sonidos se volvieron más fuertes y profundos, como en un escenario, con una resonancia especial.

Paul los observaba desde detrás de la chimenea. Después de la paliza los guardias lo habían atado allí, tratando de taparse el trasero por si don Octavio cambiaba de opinión y lo reconocía como su hijo. Se había quedado dormido y ahora las voces lo habían despertado.

"Seguro lo haces. Yo soy tú y tú eres yo. Somos uno y lo mismo, niña", dijo don Octavio. No parecía diferente del día anterior, ni del día en que Paul lo conoció. No parecía afectado por el dolor de su hija, que era evidente en los ojos, el rostro y el cuerpo entero de Eugenia. Estaba encorvada, tenía el rostro pálido y el pelo fuera de lugar. Pero don Octavio no. No le había molestado la muerte de Sebastián y no le importaba la forma en que sus guardias habían golpeado a Paul.

"Tú eres yo, cariño. No lo olvides"

"No. Ya no", dijo.

"Qué dijiste?"

“Dije que ya no”, dijo Eugenia y sus ojos, hinchados y enrojecidos, parecían tener un vacío tremendo, como si le hubieran quitado el propósito y el rumbo en la vida.

Don Octavio miró severamente a su hija.

"Ya no? Estás equivocada. Habrá mas. Este fue sólo un incidente desafortunado. No deberías dejar que te afecte.

“Dices un incidente desafortunado? Que mataran a Sebastián no fue un incidente desafortunado. Fue un asesinato. Asesinato a sangre fría.

“Él no escuchaba razones. Nos habría destruido a todos. Sabes que intenté hablar con él. Pero él no quiso escuchar”.

“Así que le quitaste la vida”.

“No fui yo”.

“Sí, fuiste tú”.

"No. Fue una decisión tomada por todas las personas que habrían sido arruinadas por él. Era un traidor.

“No, no lo era. Era un hombre que intentaba cumplir con su deber.

“Su deber era con nosotros! Tenía que respetar y honrar a sus amigos. Lo colocamos donde estaba y planeaba volverse contra nosotros. Eso es traición”.

“Él les habría permitido limpiar sus negocios. Te habría dado tiempo para arreglarlo todo. Él te lo dijo”.

"Y entonces que? Seguir viviendo gracias a su misericordia?

“Qué más podrías querer? Tienes más dinero y más poder del que podrías disponer. Ni siquiera tirándolo podrías perderlo todo. Te he ayudado a garantizar que tu patrimonio esté seguro, que nada pueda realmente hacerte daño. Estamos fuera del alcance de cualquiera. Y tú lo sabes. Sebastián no era una amenaza para ti.

“No has aprendido nada de mí? Después de todos estos años?

"No. Dime de nuevo"

“El poder y la riqueza son tan frágiles como una rosa. Un día lo tienes y al siguiente ya no está. La única forma de conservarlo es cuidándolo. Tienes que seguir luchando por ello.

“Contra quién? Incluso tu propia familia?

“Sí! Cualquiera que pueda suponer un peligro para sus intereses debe ser destruido. Incluso tu propia



familia. No lo entiendes? La única forma de sobrevivir es recordar que la conservación es lo más importante que tienes. Sin eso, no eres nadie. Sin eso, no eres más que uno de esos indios que piden monedas en la calle. No comprenden la importancia de la conservación. Pero tú y yo sí.

“Entonces, si alguien actúa en contra de mis propios intereses, tengo que responder.

“~Sí! Esa es mi chica! Exactamente. Si alguien actúa en tu contra, de cualquier forma, ya sea pequeña o grande, debes detenerlo de inmediato. Esa es la única manera que tienes de asegurar tu bienestar”.

Paul vio a Eugenia alejándose del bar. Recorrió el lugar donde había dejado su bolso. Lentamente, lo recogió.

“Te vas a dormir?” dijo don Octavio, satisfecho con él mismo.

“No”, dijo Eugenia, mientras sacaba una pistola, que tranquilamente apuntó a don Octavio.

“Qué es esto? Qué haces?” dijo, repentinamente pálido.

“Acabas de decirlo. Debes ocuparte de cualquier persona que pueda suponer un peligro para ti.

Inmediatamente.

Don Octavio dejó caer su vaso, que rebotó en la alfombra.

“Te estaba protegiendo!

"Oh, no. Te estabas protegiendo a tí. Recuerdas? Conservación?

“Soy tu padre!”, dijo don Octavio, tratando de esconderse detrás el bar.

"Entonces? Eso no te impidió seducirme cuando tenía diecinueve años.

“Eso es porque te amo. Eres el único ser al que he amado alguna vez!

“Siempre y cuando estuviera dispuesto a jugar tu juego. Pero no más.

“No amabas a Sebastián! Tú misma me lo dijiste!”, gritó don Octavio, arrodillándose y observándola desde detrás de la barra. Paul lo vio recogiendo una botella. Estaba actuando. Estaba exagerando su miedo para hacerla que se confiara. Paul intentó quitarse la mordaza que tenía en la boca.

"Es cierto. No lo amaba. En primer lugar. Porque estaba enferma y pensaba que el amor era lo que tú

me habías enseñado que era. Pero eso cambió y aprendí a amarlo cuando me mostró que la vida sin un propósito es una vida vacía. Me mostró el verdadero significado del amor. Y adivina qué? El verdadero amor es exactamente lo contrario de lo que tú me enseñaste”, dijo Eugenia, mientras recorría la barra buscando a don Octavio. Sostenía el arma con ambas manos y caminaba hacia adelante con cuidado.

Paul intentó advertirla sobre la emboscada que don Octavio estaba preparando. Sus ruidos guturales lograron llamar su atención sobre él. Eugenia retrocedió lo suficiente para hacer que el ataque fallara. La botella pasó a uno o dos centímetros de su cabeza.

El ruido fue ensordecedor.

Don Octavio salió de detrás de la barra a cuatro patas e intentó llegar a la enorme puerta de madera. Parecía un insecto gigante corriendo en busca de refugio.

Eugenia lo pateó y lo puso boca arriba. “Levántate!”, dijo.

“No me mates! Por favor, no me mates!”, dijo suplicando, y al mismo tiempo intentó quitarle el arma.

Ella le disparó.

Cuatro veces.

La cuatro dieron en el cuerpo de don Octavio.

Y luego se hizo el silencio. Un silencio profundo, pesado y sólido.

Paul vio a Eugenia parada junto al cuerpo de don Octavio. Ella lo observó durante largos minutos, inmóvil, y siguió apuntándole con el arma como esperando que él se levantara y la atacara nuevamente. Cuando estuvo segura de que él ya no se movía, dejó caer el arma y se dejó caer en el sofá.

Apoyó la cabeza en las rodillas y parecía llorar.

Paul volvió a intentar aflojar la cuerda y el ruido que hizo la obligó a sentarse y coger el arma.

Caminó detrás de la chimenea y apuntó con su arma.

“Paul viste todo?”

Él no respondió.

Por un momento pareció que iba a dispararle, pero luego bajó el arma.

"Bueno, me alegro. Alguien necesita decir la verdad”.

Eugenia saltó el muro, tomó uno de los cuchillos y regresó para cortar la cuerda.

“Fuera de aquí”, dijo.

"Y tú...?"

“Necesito quedarme aquí. Necesito encargarme de todo”.

Paul la abrazó. Eugenia estaba rígida como una tabla, pero pareció ablandarse un poco al cabo de unos segundos.

“Te amo, Eugenia”.

"Lo sé. Y yo también te amo, Paul. Siempre serás mi hermanito.

“Siempre”, repitió.

“Toma, toma esto”, dijo, colocando la pistola en su mano. "Y tú?"

“Ya no lo necesito”

Paul la miró a los ojos y no vio nada más que vacío. Había un gran espacio oscuro detrás de sus ojos, como si cada pensamiento, emoción y sentimiento hubiera sido vaciado y no pudiera ser reemplazado. Había algo allí, pero Paul no podía entender muy bien qué era.

"VETE!", gritó.

Paul se alejó. Al salir del rancho desarmó a un guardia. Desde lejos, una vez en el desierto, vio arder el rancho .

Entonces comprendió lo que había visto en los ojos de Eugenia.

## Epílogo

Cuando Paul terminó con su relato hubo un largo período durante el cual ninguno de los dos tuvo ganas de moverse.

Ella no sabía qué decir. Qué le dices a un hombre que ha vivido algo así? Que lo sientes? Que las cosas mejorarían?

Porque no lo harían. Eso es algo que ella sabía con seguridad. Sabía que las heridas de la carne sanan rápido y se olvidan rápidamente. Pero las heridas del alma nunca lo hacen. Sabía que las cicatrices producidas por el dolor emocional nunca, nunca sanan. Siempre están abiertas, dispuestas a pudrirse a la menor provocación.

Lo sabía porque el suicidio de John la había dañado durante demasiados años.

Todavía no podía entender la muerte de John y después de tantos años todavía le dolía casi tanto como el primer día. Como puede ser? Por qué un hombre maravilloso, lleno de amor y energía, lleno de

inteligencia y fuerza, guapo y exitoso, decidió un buen día terminar con su vida? Sin ningún propósito en absoluto, sin ninguna razón que ella o alguien cercano a él pudiera entender?

Por qué?

Ah, sí. La nota que había dejado. Un papelito estúpido en el que pide perdón y luego se mete una bala en la boca.

Por qué?

Ahora sabía que no podía responder a su pregunta, y podría estar preguntándole esto a Dios todos los días hasta el día de su muerte y tal vez incluso después y aún así no obtendría una respuesta.

Fue una de esas cosas que suceden. Justo lo que le había pasado a Paul. Sin ningún motivo.

Aceptar este hecho le hizo darse cuenta, verdaderamente por primera vez, de que no estaba sola en este mundo. Que había otras personas como ella, supervivientes emocionales dañados de un mundo que no respondía ninguna pregunta.

Esa podría ser la razón por la que se había sentido atraída por Paul desde el momento en que lo vio. Porque su alma herida había reconocido la de él.



Tal vez, sólo tal vez, hubo una respuesta a sus silenciosas oraciones. No llegó de la forma que ella esperaba, sino de una forma totalmente diferente.

Buscó las llaves en su cinturón y, sin decir palabra, liberó a Paul.

FIN

